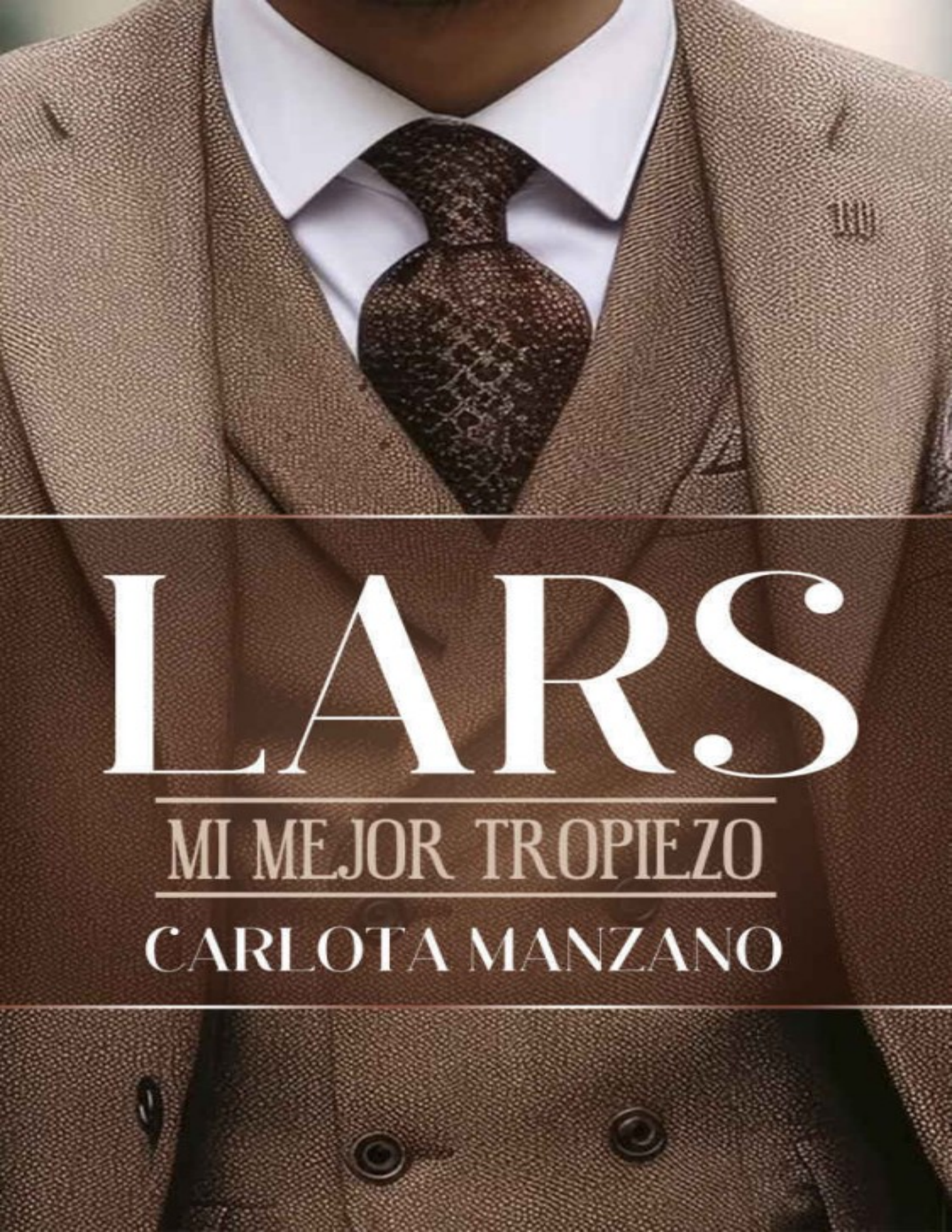


LARS

MI MEJOR TROPIEZO

CARLOTA MANZANO

LARS

MI MEJOR TROPIEZO

CARLOTA MANZANO

Primera edición.
Lars, mi mejor tropiezo
Carlota Manzano
©octubre, 2025
©imágenes por Freepik y AdobeStock
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Epílogo

Capítulo 1



«Los caminos se acercan y se alejan, rozan el encuentro, pero este no se da hasta que no llega el momento perfecto».

Lars

Las calles pasaban lentamente por delante de mis ojos. Mi mirada iba captando todos los nuevos detalles: las formas de los edificios, los colores que destacaban, los distintos comercios, la cantidad de vehículos que circulaban en este momento por la gran avenida por la que íbamos, y el tráfico que nos rodeaba.

Algunas de las personas que caminaban por las aceras hablaban por teléfono, otras parecían tener un sensor porque se movían con fluidez con la vista fija en las pantallas de sus móviles. No chocaban con nada, ni con nadie. También las había que conversaban con sus acompañantes y las que caminaban con pasos acelerados para llegar a su destino.

En ese lugar había muchas cosas nuevas para descubrir, pero mi estancia sería demasiado breve como para disfrutarlas. Era la primera vez que visitaba el país y esa ciudad del norte de España. Notaba las diferencias, tanto las mínimas como las notables. A simple vista me resultaba curioso y llamativo, y eso que veníamos del aeropuerto y no me había dado tiempo a apreciar de cerca todo lo que veía.

—¿Cuánto queda? —Quiso saber, Lewis, sentado a mi lado.

—¿Qué edad tienes? —Finn le respondió con otra pregunta.

Mantuve la vista hacia la ventanilla, mientras mis labios se curvaban hacia un lado.

—Ya estamos otra vez… —se quejó Lewis.

—Exactamente —remarcó Finn—. Desde que nos hemos montado en el coche de alquiler, he perdido la cuenta de cuántas veces me lo has preguntado. —Sacudió la cabeza.

—Joder, es que el trayecto se me está haciendo muy largo. —Bufó Lewis —. ¿A ti no? —llamó mi atención.

—Voy bien —le contesté—. Empieza a tomártelo con calma y distráete con lo que nos rodea —le pedí.

—¿Con qué en particular? ¿Con los vehículos o los atascos? —Se sorprendió.

—Si solo ves eso, tienes un serio problema. —Tensé la curva de los labios.

—Vamos, Lars, no me creo que no tengas ganas de llegar —me habló indignado—. Lo que, por cierto, me recuerda que no me has dicho cuánto queda. —Se dirigió de nuevo a Finn.

—Acomódate, todavía falta para que lleguemos. Aunque en distancia no estamos muy lejos, el tráfico que hay nos está retrasando. —Fue su contestación.

—Estupendo —soltó un suspiro Lewis—. Nos saldría más a cuenta ir caminando —negó.

—Por primera vez en muchas horas acabas de darme una buena idea. —Giré la cabeza hacia él.

—Perdona, pero yo siempre tengo ideas brillantes. —Arqueó una ceja.

—Por supuesto. —Imité su gesto—. Finn, acércate a la acera cuando veas un sitio donde puedas parar.

El aludido me miró a través del espejo retrovisor, donde quedó reflejada su expresión molesta por mi sugerencia e intención.

—No hemos venido aquí para que te deje tanta libertad. —Se opuso.

—Eso lo decido yo —hablé con tranquilidad.

—Lars, no puedes llegar caminando —insistió.

Eran esas cosas las que me tocaban los cojones. Podría dulcificarlo, pero no sería tan realista. Siempre que viajábamos, a Finn le costaba soltarme, por decirlo de alguna manera. En cambio, yo, estaba deseando perderme por donde me apeteciera.

En nuestro país de origen, Bélgica, no me encontraba con el mismo problema. Finn solía mantenerse cerca para lo que necesitara en mi día a día, pero hacía muchas excepciones dándome la independencia y autonomía que yo necesitaba. Allí estaba habituado y conocía el entorno, eso era suficiente para que se quedara tranquilo.

—No llegaré a pie —le aseguré—. Aunque no veo dónde estaría el problema si lo hiciera. —Hice una pequeña pausa—. Tengo la dirección,

seguiré la ruta hasta allí y nos encontraremos dos calles antes —añadí para no empezar una discusión en la que al final él saldría perdiendo.

—Bien empiezas —negó Finn.

—¿No querías dejar de escucharme? —intervino Lewis— Es la solución perfecta.

—Perfecto sería que cerraras la boca —se quejó al ver que mi amigo apoyaba mi decisión.

—Eres un grano en el culo. —Lo picó Lewis y a continuación rio.

—Tienes suerte de que no sea el tuyo —gruñó Finn.

A pesar de su reticencia a no separarse de nosotros, me hizo caso y en cuanto pudo empezó a cambiar de carriles para circular cerca de la acera.

—¿Contento? —me preguntó al pararse.

—Mucho. Solo serán unos minutos.

—Os enviaré la ubicación cuando llegue, id directos hacia mí.

Después de asentir, abrí la puerta trasera y me bajé, con un feliz Lewis siguiéndome. Me despedí de Finn con un golpe en el techo del vehículo y empecé a caminar mezclándome con la gente, con mi amigo al lado.

La temperatura en esa época del año era muy distinta a la que estaba acostumbrado. Nos encontrábamos a mediados de octubre y para mí hacía calor, sensación que horas antes no sentía. No podía compararse con el clima habitual del lugar donde vivía, al que había que añadirle las lluvias y la constante humedad alta que llegaba a partir del otoño.

Lewis sacó su teléfono para teclear la dirección del hotel al que nos dirigíamos, hasta que Finn nos enviara un mensaje con la ubicación en la que nos encontraríamos.

—Me gusta. Es una pena que llevemos tanta ropa con esta temperatura cálida —dijo, inhalando con fuerza.

—No hemos venido preparados —comenté quitándome la chaqueta del traje.

—¿Y eso se supone que es un problema? —habló con diversión— Mientras que tengas la cartera, podemos deshacernos de todo el equipaje.

—¿La mía solo? —Arqueé una ceja.

—Por supuesto —respondió riendo—. Un café no estaría mal, ¿no? —me sugirió.

—Segunda buena idea del día, pero ves preparando «tu dinero». —Sonreí al escuchar su carcajada.

—Al final te lo alegro —dijo animado.

Nos desviamos del camino para ir hacia una cafetería. El idioma no suponía un problema para ninguno de los dos, por mi parte dominaba a la perfección todos los que mencionaré a continuación, y alguno más.

Bélgica es culturalmente bilingüe. Las lenguas oficiales son: el neerlandés, el francés y el alemán. Estos son los idiomas comunes y principales del país, aunque el español también destaca por detrás de los anteriores y del inglés.

Sobre el neerlandés cabe destacar que Bélgica está dividida por este idioma con el dialecto flamenco. Este se concentra en la región de Flandes,

que abarca principalmente la mitad septentrional del país, o lo que es lo mismo, toda la zona norte. Por otro lado, existen otros dialectos del neerlandés, como por ejemplo el que se habla en los Países Bajos: el holandés.

La variedad es extensa; la diferencia con las lenguas oficiales radica en la pronunciación, el vocabulario y la forma de hablarlo. La base con los idiomas oficiales es la misma, comparten muchas palabras y frases, pero hay miles de expresiones y palabras que son completamente diferentes en los dialectos flamencos.

Una vez dentro de la cafetería, pedimos dos cafés con leche para llevar, que por supuesto tuve que pagar yo. Lewis no hizo ni el intento de sacar la cartera.

—Ya te advertí que este viaje lo hacía a cuerpo de rey, con todo por delante. —Me hizo un guiño y negué.

—Así vives siempre. —Arqueé una ceja.

—Porque trabajo duro como tú, no te digo. —Rio.

Después de que me hiciera varios comentarios más para picarme, los que yo ignoré, el chico del otro lado del mostrador nos dio nuestras bebidas. Nos despedimos de él cuando endulzamos los cafés a nuestro gusto y, con los vasos en las manos, nos giramos para ir hacia la salida.

No dimos ni un paso más, al menos Lewis.

—Ha faltado poco —dijo mi amigo, sujetando el vaso por encima de su cabeza.

Había tenido buenos reflejos porque al volverse se había encontrado de frente con una mujer, con la que había chocado.

—Lo siento. —Se disculpó ella, mientras se agachaba.

Bajé la mirada para ver su monedero en el suelo, algunas monedas se habían esparcido alrededor. Lewis volvió a reaccionar rápido y me dio su vaso para que lo sujetara, para ayudarla.

—No pasa nada. —La tranquilizó en su idioma, mientras recogía las monedas.

—Estaba distraída y no me he dado cuenta de que ibas a girarte —negó ella—. Gracias. —Le sonrió cuando le dejó las monedas en la palma de la mano.

—No hay de qué —asintió él—. Solucionado. —Le devolvió el gesto sonriente.

Desconecté de la escena que se estaba desarrollando frente a mí. Le devolví el vaso a mi amigo y caminé unos pasos para sacar el móvil de la chaqueta del traje que tenía doblada en un brazo. Finn me había enviado un mensaje con su ubicación y accedí a ella para llegar hasta él.

—¿Vamos? —me preguntó Lewis, apretándome un hombro.

Asentí enseñándole la pantalla del teléfono y salimos de la cafetería.

—¿Se ha quedado tranquila la mujer? —Me interesé.

—¿Lo dudas? —Me sonrió con picardía—. Tengo mucho más encanto que tú, tío. —Rio.

—Voy a ignorar ese comentario —dije distraído mirando la pantalla del teléfono.

—Vamos, Lars —habló con humor—. No puedes negar que tú eres el responsable, el serio, el que tiene un carácter que te hace temblar en muchas ocasiones. Yo soy todo lo opuesto a ti, menos en la responsabilidad en mi trabajo. No tienes mi chispa. —Rio—. Y Charlie es un término intermedio entre nosotros dos. —Se encogió de hombros.

Charlie era nuestro amigo desde hacía tantos años que no tengo recuerdos en los que él y Lewis no estuvieran a mi lado. Nuestras familias siempre habían estado muy unidas, y los tres crecimos siendo la sombra de los otros.

Me llevé el vaso a los labios y, ante mi silencio, Lewis se centró en la señal que nos indicaba por dónde teníamos que ir.

—Pues era verdad que estábamos cerca del hotel —comentó y asentí.

Finn se había parado a esperarnos a cuatro calles de distancia, las que recorrimos rápido bebiéndonos los cafés.

—¿Os ha venido bien? —nos preguntó, apoyado en la puerta del conductor con los brazos cruzados.

—Genial —le confirmé, con una pequeña sonrisa.

—El primer contacto con esta zona ha sido excelente —dijo Lewis, haciéndole un guiño.

Finn sacudió la cabeza y se impulsó para entrar al coche. Lewis y yo volvimos a ocupar los asientos traseros, donde me puse la chaqueta del traje. Pocos minutos después paró en la entrada del hotel y nos bajamos los tres. Un empleado se acercó a nosotros y Finn le dio la llave para que se encargara del vehículo.

Observé el imponente edificio ante mí y no pude evitar pensar que cada viaje, por rutinario que pareciera, siempre escondía algo nuevo

esperándome tras sus puertas.

—Señor Maes, es un gran honor tenerlo con nosotros. —Se dirigió a mí el hombre trajeado que salió a mi encuentro.

—Se lo agradezco. —Acepté su mano como saludo.

—Lo tenemos todo preparado para que su estancia sea satisfactoria. —Me sonrió—. Si son tan amables de acompañarme a la recepción… el trámite será muy breve, después podrán descansar.

Asentí y, cuando se presentó a mis amigos y a mí por su nombre, lo seguimos hacia la entrada del hotel. En el interior, mientras caminaba por la zona principal, observé la decoración y todos los detalles. El lujo destacaba por todos lados.

—¿Qué ha querido decir con lo de que lo tienen todo preparado para una estancia satisfactoria? —me preguntó Lewis inclinándose hacia mí para que solo Finn y yo lo escucháramos.

—Ni idea, yo con una habitación que tenga cama y baño tengo suficiente. —Lo miré de reojo.

—Pues me da a mí que tendrás mucho más. Este tío es capaz de hacer que toquen a tu puerta las mejores mujeres, unas detrás de otras. —Carraspeó.

—Y tú no estarás atento desde tu habitación para unirte a la fiesta, ¿no? —le preguntó Finn.

Arqueé una ceja mirándolos a los dos y opté de nuevo por ignorar sus comentarios. Nos quedamos callados los tres, mientras Finn y Lewis compartían una pequeña sonrisa.

—Ya está. —Regresó el hombre—. Aquí tienen sus habitaciones. —Nos dio las llaves—. Cualquier cosa que necesiten, estaré encantado de atenderlos personalmente. —La alegría con la que finalizó no podía ser más notoria.

—Gracias, lo tendré en cuenta —asentí.

—Ya les han subido los equipajes a las habitaciones. Disfruten de la estancia. —Nos deseó.

Fui el primero en moverme, seguido por Finn y Lewis. Con una despedida rápida hacia el hombre, caminé directo al ascensor.

Lo que más me urgía era quitarme el traje para ponerme otra ropa más fresca, la más informal que guardé en la maleta. Lo siguiente sería salir con Lewis y Finn a descubrir los alrededores, por donde comeríamos. Hasta media tarde no tenía que empezar a atender los asuntos que me habían traído hasta aquí, así que podíamos tomárnoslo con calma.

Capítulo 2



Ivy

Levanté la mirada dirigiéndola al ventanal que tenía a mi derecha, para observar la calle.

Hacía unos diez minutos que había llegado a la misma cafetería en la que estuve por la mañana. A diferencia de ese momento en el que entré y salí rápido con un vaso de café en la mano, en esa ocasión, me había pedido un chocolate que me estaba tomando tranquilamente en el interior, sentada a una mesa.

Eran las seis y media, mis amigas debían estar cerca.

—Perdona. ¿Están libres las sillas?

Giré la cabeza hacia el hombre que me había preguntado.

—Una sí, las otras dos son para mis amigas —dije, señalando la de mi lado y una de las dos de enfrente.

—Gracias. —Me sonrió—. Si no tienes predilección por alguna, me llevo esta misma. —Tomó la que tenía más cerca.

—Tranquilo. —Le devolví el gesto, asintiendo.

Mi sonrisa se amplió cuando vi cómo se sentaba a unas mesas de distancia y su pareja —di por hecho que lo era— lo hacía sobre de las piernas del hombre.

Habían ocupado la única mesa libre, de la que poco a poco fueron desapareciendo las sillas. Eché un vistazo rápido a mi alrededor, viendo a los grupos de personas que charlaban y reían. La cafetería estaba al completo. El murmullo de las conversaciones se mezclaba con el aroma dulce del cacao. Me gustaba aquel rincón, pequeño y cálido, en contraste con la tarde gris que se veía a través del cristal.

Cogí la cucharilla y la llené de la nata que decoraba la parte superior del chocolate.

—Eres una golosa. —Escuché la voz risueña de Paula, mientras saboreaba la nata—. ¿Cuántos te has tomado ya? —me preguntó acercándose.

—Con lo tarde que llegáis, bien podría ser el segundo. —Señalé la taza.

—Yo tengo excusa. —Rio ocupando la silla solitaria de delante—. El autobús se ha retrasado. —Se encogió de hombros.

Se inclinó hacia mí e hice lo mismo, para encontrarnos en el centro de la mesa, donde nos dimos dos besos en las mejillas.

—¿Has pedido al entrar? —le pregunté.

—Sí. Otro chocolate.

—¿Cómo te ha ido el día?

—La última hora antes de salir del trabajo, estupendamente, las anteriores, dejémoslo en cuestionable. —Puso los ojos en blanco.

—Por las ganas que tenías de terminar. —Sonreí.

—Ya te digo, hacía bastante que no tenía tantos días libres —soltó un suspiro, apoyando los codos en la mesa y la cara en las manos.

Estábamos a miércoles, Paula se había cogido fiesta el jueves y el viernes para ampliar el fin de semana. Hasta el lunes no regresaba al trabajo.

—No me des envidia —negué.

—Porque quieres. —Arqueó una ceja—. También podrías cogértelos, perfectamente. Te recuerdo que eres tu propia jefa.

—Por eso mismo tengo que ser responsable, depende de mí ganarme el dinero para final de mes. —Le hice un guiño.

—¡Como si pudieras quejarte! —Cogió una servilleta para lanzármela.

La aparición de la camarera con el chocolate de Paula tranquilizó nuestras risas.

—Esto es un vicio —dijo mi amiga, antes de llenarse la boca con la nata.

—Perdón, perdón… —habló a la carrera Bea, igual que llegó hasta nosotras— Hola, bombones —nos saludó.

Le dio un par de besos a Paula, lo mismo que hizo conmigo cuando pasó por mi espalda para sentarse a mi lado.

—Si no fuera por mí, estaríamos tomándonos los chocolates en un banco —hablé sonriendo.

—Os prometo que iba a llegar mucho antes, tal vez la primera. —Rio Bea —. Pero mi madre me ha llamado antes de que saliera por la puerta del piso y me ha liado. —Puso los ojos en blanco.

—¿Qué quería nuestra querida Clara? —Quiso saber, Paula.

—Me ha contado que la semana que viene va al médico y le he dicho que la acompañaré. —Nos explicó.

—¿Se encuentra peor? —le pregunté— Pensaba que había mejorado.

—Bueno, eso creía yo también. —Hizo una mueca—. Lo que no sabía es que sigue encontrándose mal. La última vez que hablamos, hace dos días, según ella, estaba como nueva —negó—. Imaginaos, para que mi madre se decida a pedir una cita con el médico, con lo que le cuesta siempre…

—Espero que no sea nada —comentó Paula, con gesto preocupado.

—Bah, será una tontería. El problema es que no se cuida, se deja para la última y después pasa lo que pasa. —Bufó Bea.

—Nosotras también hacemos lo mismo, esperamos hasta el último momento —comenté.

—Lo dices por vosotras, ¿no? A mí se me cae una pestaña y estoy cogiendo hora —dijo con diversión Paula.

—Por supuesto —le respondió Bea y nos reímos las tres.

La camarera regresó a nuestra mesa para traer el chocolate que Bea había pedido al entrar. Durante los siguientes minutos estuvimos disfrutando, tomándonoslos y hablando, saltando entre temas de conversación. Hasta que las dejé hablando solas, porque mi móvil empezó a sonar dentro del

bolso. El nombre de mi padre en la pantalla me hizo fruncir el ceño, aunque una sonrisa involuntaria se me escapó al recordarlo.

—¿Quién es? —me preguntó Paula, al ver mi expresión mirando la pantalla.

—Mi padre.

—¿Entre semana? —Se sorprendió Bea.

No era raro que mi padre me llamara, aunque sí que lo hiciera en miércoles, cuando la última vez que hablamos fue el domingo pasado. Hacía muchos años que él no vivía en España, se fue de aquí a los pocos días de separarse de mi madre.

A partir de ahí, por parte de ambos, siempre habíamos intentado mantener la cercanía, pero como es lógico, después de que se alejara, la situación cambió bastante. Aunque, a pesar de la distancia que nos separaba, teníamos una buena relación, una que se acercaba mucho a lo que se puede considerar normal. Lo importante es que queríamos estar en la vida del otro, al igual que nos queríamos como padre e hija.

Como ya he dicho, estábamos en contacto por teléfono; sin embargo, lo habitual era que me llamara el último día de la semana. Y no sucedía en todas.

Me levanté, yendo rápido hacia la puerta de la cafetería, para apartarme del bullicio de las voces.

—Hola, papá —le saludé al descolgar.

—Hola, hija. —Sonreí al escuchar su voz.

—¿Estás bien? ¿Pasa algo?

—Todo va como siempre, tranquila.

—Vale. ¿Y cómo es que te has saltado tu regla de hablar los domingos?

—¿Regla? —Rio—. Yo no he establecido ninguna regla entre nosotros.

—Pues hasta donde me alcanza la memoria, siempre hablamos los finales de semana —negué—. Es normal que me extrañe.

—Es que llevo varios días pensando en algo y no quería esperar más para comunicártelo.

—¿De qué se trata?

—Como puedes trabajar en cualquier parte con tu ordenador, quiero proponerte que te vengas unos días conmigo.

—¿De verdad?

—¿Por qué te sorprendes tanto? —me preguntó con voz risueña.

—Porque las veces que he viajado a Bruselas para verte han coincidido en mis vacaciones de verano.

—Pues mejor aún, así disfrutas de otro clima y de otras vistas. ¿Qué te parece?

—Mmm…

—¿Tienes que pensártelo?

—Papá, no se trata de que no quiera ir a verte. Es más, este verano tú estabas muy liado y ninguno de los dos hemos viajado para encontrarnos.

Es que, aunque pueda trabajar desde cualquier parte, como has dicho, estoy metida de lleno en la rutina. Tendría que retrasar el trabajo porque mínimo un día no haría nada.

—Eso lo recuperarás rápido. Anda, dale este capricho a tu padre. Te necesito. —Fruncí ligeramente el ceño.

—¿Para qué?

—Eres mi hija. ¿Te parece una buena respuesta?

—¿No me digas? —Hice una pequeña pausa, pensativa— Pero me da a mí que tu motivación no es la de abrazarme y la de pasar tiempo juntos.

—Estoy muy orgulloso de tu inteligencia —dijo con satisfacción—. Tienes razón, cuando he dicho que te necesito es por un tema concreto, pero eso no quita que igualmente tenga muchas ganas de verte para estar contigo un tiempo.

—¿De qué se trata?

—Cuando estés aquí, te lo cuento. ¿Qué me dices?

—Déjame planificarme un poco, mañana te llamo para confirmártelo.

—De acuerdo, hija. —Volví a notar la satisfacción en su voz—. Ya tengo tu vuelo para el sábado.

—¿Has comprado el billete sin saber mi respuesta? —Me sorprendí—. ¿Y si te hubiera dicho que me es imposible ir?

—No me supone nada, y sabes que esa posibilidad no te la hubieras planteado —habló convencido.

Tenía razón, pero me quedé callada sin dársela.

—El viernes te pasaré el billete, solo tienes que preocuparte de hacer el equipaje —continuó—. Una vez que estés aquí, conforme pasen los días, comentamos cuándo quieres regresar a España.

—De acuerdo —acepté rápido, mientras me ajustaba el pañuelo al cuello. Era el poco abrigo con el que había salido a la calle.

La verdad es que tenía muchas ganas de verlo y su propuesta, aunque me había sorprendido, también me había alegrado.

—Perfecto, hija. Me has hecho muy feliz.

—Me alegro. Igualmente, mañana te llamo.

—Disfruta del resto del día.

—Tú también.

Al colgar, durante unos largos segundos, no aparté la vista de la pantalla. Empecé a darle vueltas a la conversación mientras regresaba a la mesa.

—Eh… —llamó mi atención Bea, mientras me sentaba— ¿Estás bien?

—Sí. —La miré sonriendo.

—¿Qué quería? —me preguntó Paula.

—Que vaya a Bruselas para estar con él —contesté y agrandó los ojos.

—Será porque este verano no os habéis visto —comentó Bea.

—No ha sido el primero, ha sucedido otros años. —Me encogí de hombros.

—¿Exactamente por qué tienes esa cara? —Se interesó Paula.

—No me lo esperaba —negué.

—Normal —asintió—. ¿Qué le has dicho?

—Me voy el sábado; ya me ha comprado el billete.

—Joder. —Se sorprendió Bea—. ¿Por cuántos días?

—Todavía no lo sé. —Cogí la cucharilla y me terminé el poco chocolate que me quedaba en la taza.

—Te pasa algo más —insistió Paula.

—Es que me ha comentado que me necesita para un tema concreto. No tengo ni idea a qué se ha referido, me ha dicho que me lo contará cuando esté allí.

—Se salta la costumbre que tenéis de hablar los domingos. —Empezó a enumerar Paula—. Te pide que vayas a verlo, cuando otros años no ha sucedido, aunque no os vierais en verano… y encima te dice que te necesita para yo, qué sé. —Frunció ligeramente el ceño.

—Según él, no tenemos definida una costumbre de llamadas. —Sonreí—. Da igual, ahora estoy intrigada por saber qué tiene que decirme y quiero estar con él.

—Tu madre se va a poner muy contenta —comentó Bea, con ironía.

—No es su decisión.

—Lo sabemos, cariño, al igual que ella —habló Paula—. Pero eso no quita que se preocupe por ti.

—Es mi padre, no un extraño. —Puse los ojos en blanco—. Y sé cómo piensa y siente mi madre. A pesar de que nunca me ha prohibido nada hacia mi padre y me lo ha facilitado todo para nuestros encuentros y comunicación, sé que le inquieta.

— Entonces, ¿te vas el sábado?

—Sí —le confirmé a Paula.

—Pues el viernes salimos como despedida. —Me hizo un guiño.

—No tienes fecha de regreso, pero ¿tienes la intención de quedarte más de una semana? —Quiso saber, Bea.

—Todo depende de cómo vaya. Os lo diré cuando esté allí.

—Seguro que tu padre se ha referido a una tontería, tal vez se lo ha inventado porque quiere darte una sorpresa. Por eso te ha dicho eso —comentó Paula.

—Yo qué sé, pero no tengo que preocuparme por nada. Intentaré adelantar trabajo hasta el viernes. El sábado lo tengo perdido entre el viaje y mi llegada a Bruselas.

—Te pondrás rápido al día. —Le quitó importancia, Bea.

—Eso mismo ha asegurado él —negué.

—¿De veras te hace ilusión ir? —me preguntó Paula, observándome con mucha atención.

—Sabéis que sí, pero ha sido inesperado.

—Cuando estés allí, si necesitas que te rescatemos, solo tienes que enviarnos un mensaje. —Me hizo un guiño y sonreí.

—Podríais venir unos días, no hace falta que os diga que por mi padre no hay problema. Y por espacio mucho menos.

—Mmm… pues no lo descarto, ¿eh? —habló Bea— Una escapadita no me vendría mal. ¿Qué dices? —Se dirigió a Paula.

—Que me apunto. —Sonrió—. Cuando lleves unos días allí, con tu padre a solas, ya hablamos. Podemos ir el fin de semana siguiente. —Miró a Bea, que asintió decidida.

Dejamos de hablar del tema y estuvimos unos minutos más, hasta que decidimos irnos de la cafetería. Paula se adelantó para pagar los chocolates y, una vez en la calle, nos despedimos. Quedamos en vernos al día siguiente, el jueves, así me lo pidieron porque me iba pronto.

Tomé la dirección hacia donde tenía el coche aparcado, con ganas de llegar a mi piso y pensando en darme una ducha para ponerme el pijama calentito.

Capítulo 3



—Mamá. No me has avisado de que venías —le dije sonriendo, nada más abrir la puerta de mi piso.

—Hola, cariño. Quería darte una sorpresa. —Me abrazó.

—Ya… —La miré de reojo mientras entraba—. ¿Y no será que tu visita tiene algo que ver con lo que te he dicho esta mañana?

Eran las cinco de la tarde, hacía rato que me había despertado de la pequeña siesta que me eché al terminar de comer. Llevaba más de media hora cómoda en el sofá, trabajando con el portátil.

Para las ocasiones en las que no me apetecía estar en el despacho, tenía una pequeña mesa plegable que se adaptaba en altura. Solía utilizarla para apoyar el ordenador, comer o cenar. Era muy cómoda porque encajaba perfectamente entre las patas del sofá y me facilitaba acercármela todo lo que necesitara.

No me cabía duda de que la presencia de mi madre en mi piso se debía a nuestra conversación de por la mañana. La llamé para hablar un poco con ella y aproveché para decirle que me iba a Bruselas.

—He quedado dentro de un rato con Inés. —Se refirió a su amiga.

—Lo dices como si mi calle te pillara de camino —negué.

Después de cerrar la puerta, caminé hasta el sofá, para apartar mi mesa improvisada de trabajo. Con todo el espacio libre, me senté a su lado.

—Vale, estoy preocupada —admitió soltando un suspiro—. Desde que me has contado la conversación con tu padre, no he dejado de darle vueltas.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de extraño? No es la primera vez que voy a verlo, ni será la última.

—Ya lo sé, cariño. —Me sonrió agarrándome una mano y se la presioné —. Nunca me he opuesto a que hicieras lo que quisieras. No tengo ningún derecho a hacerlo —asentí—. Pero es que… no sé. —Se quedó pensativa, mirando hacia la corredera del balcón—. Me resulta extraño que te pida que vayas porque te necesita.

—Quizá quiere pedirme algo, o tal vez no utilizó la palabra correcta.

—¿El qué?

—Ni idea. —Le sonreí con cariño—. Mamá, deja de preocuparte. Si es verdad que tiene algo en mente, sea lo que sea, lo que contará será mi última palabra. —Me encogí de hombros, muy tranquila—. Él lo sabe y te aseguro que no voy a hacer nada ilegal para terminar presa —le dije con humor, pero no le encontró la gracia—. Lo digo en serio.

—Conozco a tu padre, Ivy.

—Conoces la versión de cómo era hace muchos años. Han pasado bastantes desde vuestra separación, no has vuelto a verlo.

—Ni ganas. —Bufó y apreté los labios, conteniendo una sonrisa—. Las personas no cambian en la esencia —soltó un suspiro—. Lo que no creía es

que tuviera que preocuparme por ti en ese sentido.

»Que utilice a los demás a su antojo me da exactamente igual, pero a ti… como te haga daño de cualquier forma soy capaz de ponerme frente a él para arrancarle los pelos a tirones. Créeme, hay muchas maneras de dañar.

—¿Los pelos de la cabeza? —le pregunté con diversión.

—De cualquier parte que quede a mi alcance.

Lo dijo tan convencida y seria que solté una carcajada, provocando que al final mi madre sonriera al verme.

—Olvídate ya del tema, yo no pierdo el tiempo pensando en lo que me encontraré al llegar a Bruselas. Viajaré, estaré con él, y si surge cualquier cosa que no me parezca bien, puedes estar tranquila que, si tengo que regresar rápido porque no me sienta a gusto, lo haré. Aunque sé que no será así, mamá, papá, no me haría eso nunca.

—Lo que me da miedo es que pueda convencerte de algo dándole muchas vueltas, hasta que lo veas como él —comentó intranquila.

—Mamá, soy adulta y sé tomar mis propias decisiones. ¿Me equivoco a veces? Pues claro. ¿Quién no? Pero en lo que no fallo es en actuar según mis principios y valores.

—Lo sé, cariño —soltó un suspiro—. De acuerdo —asintió.

—¿Quieres un café o te apetece otra cosa?

—No. Me quedo unos minutos más, pero es verdad que he quedado con Inés y ahora tengo que hacer el doble de camino por haber venido aquí. —Sonreí, negando.

—Te llevo en coche —le propuse.

—Estabas trabajando.

—Ya he hecho un descanso, no pasa nada porque lo alargue un poco más.

—Pues te lo agradecería.

—No digas tonterías. Ahora vuelvo.

Me levanté del sofá, le di un beso en la mejilla, y me dirigí hacia el pasillo. Entré en mi habitación para quitarme el pijama y ponerme un pantalón de deporte cómodo y una sudadera. Pasé un momento por el baño y cuando salí, me calcé las deportivas y me colgué el bolso al hombro.

—Ya estoy —avisé a mi madre al llegar al salón.

—Toma. —Me ofreció mi móvil y lo metí dentro del bolso—. Ha sido muy breve la visita, ¿vienes mañana a comer conmigo? Será viernes y hasta que vuelvas…

—Claro —le confirmé—. Hoy he adelantado bastante trabajo y con el que me dé tiempo a hacer cuando vuelva y durante la mañana del viernes, voy bien. Me dejaré la tarde libre para estar contigo, por la noche he quedado con Bea y Paula.

—Estupendo. Llévate la ropa a mi piso y así te arreglas allí —me propuso y asentí.

Le rodeé los hombros con el brazo y fuimos hacia la puerta.

—Vas a crear tendencia —me dijo, refiriéndose a que iba con ropa de deporte y el bolso.

Me reí por su comentario, mientras cerraba con llave.

—Como si me importara que me vean así. —Sacudí la cabeza—. Voy perfecta, a quien no le guste que no me mire. —Le hice un guiño, agarrándome de su brazo para ir hasta el ascensor.

—No has heredado de mí el salir de casa cuidando hasta el más mínimo detalle —comentó sonriente.

—Te admiro por ello, pero yo paso. —Le saqué la lengua—. Cuando me apetece, me arreglo, pero el resto del tiempo… creo que por esta zona ya conocen todos los estampados de mis pijamas. —Me reí al ver su cara.

—Con una chaqueta por encima ya tienes suficiente. —Puso los ojos en blanco.

—Exacto. —Le sonreí.

Bajamos hasta el aparcamiento y nos montamos en mi coche. Cuando salí a la calle, me incorporé a la carretera y tomé la dirección de la calle de Inés. Sabía dónde vivía, era amiga de mi madre desde hacía muchos años.

Tardamos cerca de veinte minutos en llegar.

—Pásatelo bien —le pedí girándome hacia ella.

—Gracias, hija. —Me dio un beso en la mejilla y se lo devolví—. No te he preguntado si has empezado a hacer la maleta —negó.

—La tengo abierta en la habitación. —Sonreí—. Ya he metido varias cosas, pero no me he puesto en serio. Esta noche intentaré dejarla hecha, a falta de las últimas cosas que se me ocurran mañana.

—Vale. Nos vemos al mediodía.

—Llegaré sobre la una y media.

Nos dimos un abrazo antes de que se bajara y la vi caminar hacia el portal del edificio de Inés. Se giró al pararse enfrente, para decirme adiós por última vez hoy. Le correspondí sonriendo y me puse en marcha de nuevo, para volver a mi piso.

Entendía la preocupación de mi madre, su historia con mi padre era muy diferente a la mía con él. Sobre eso, era consciente de que ella me ocultó información desde la primera vez que habló conmigo de lo que sucedió entre ellos.

Cuando se separaron, yo estaba a punto de cumplir trece años e intentó suavizar la situación, a pesar de que por aquel entonces yo tenía la edad suficiente para ver y notar cómo estaban las cosas en casa. Nunca la había presionado para que me contara los detalles que me faltaban por saber, por no remover el pasado, siempre había preferido mantenerme callada.

La relación de mis padres siempre fue rara, o al menos se salía del patrón que caracteriza a los matrimonios. Me refiero a que, a pesar de que se casaron jóvenes, únicamente convivimos los tres juntos durante un año y medio, en la recta final de su unión. El resto del tiempo, desde que nací hasta mis once años y medio, aproximadamente, mi padre se dedicó a hacer viajes a España.

Venía una vez al mes para quedarse cinco o seis días con nosotras, aunque nunca llegaba a una semana completa. Supongo que por eso estuvieron tanto tiempo juntos. No es lo mismo convivir con una pareja día y noche, conociendo todas sus facetas, a que solo te haga visitas breves que esperas con ganas, en las que todo es perfecto.

Según me contó mi madre, durante el año y medio que mi padre no se separó de nosotras, fue descubriendo a un hombre que no reconocía como su marido. Mi padre no abandonó nunca su vida en Bruselas, en el

transcurso de aquella época ya era dueño de una gran empresa en esa ciudad, una de las más reconocidas en Bélgica y parte del mundo.

Mientras la puerta del aparcamiento se abría delante de mí, pensé en que el amor es demasiado complicado y duro. Por suerte yo no había experimentado el dolor que provocaban las grandes rupturas. En total había tenido tres relaciones, aunque dos de ellas no sé si se podían considerar como tal.

Esas dos no llegaron ni a un mes de duración, y la tercera, la última, sí que me entristeció mucho. Estuve con Nico casi dos años, pero cortar de mutuo acuerdo no se asemeja a que te dejen. Mis sensaciones y emociones se debieron a que te haces a una persona, con todo el cariño y amor que sientes por ella, y de repente te encuentras con que ya no es una constante en tu vida.

Nico fue especial y el único con el que todavía mantenía relación. Al principio dejamos de vernos por nuestro bien, pero al cabo de medio año volvimos a encontrarnos y nos tomamos un café. Ahí comenzó la continuación de nuestra amistad y puedo decir que hoy día nos consideramos grandes amigos.

No nos veíamos mucho porque cada uno tenía su vida y sus caminos hechos, pero sí que quedábamos de vez en cuando para contarnos cómo nos iba. Es un gran hombre, por eso me costó tanto olvidarlo y desprenderme de él emocionalmente. Los dos tuvimos claro que no es lo mismo querer en el sentido de afecto a una persona, que estar locamente enamorada de ella. Al menos yo nunca he concebido el amor como un sentimiento plano y rutinario, en el que te acomodas.

Desde mi ruptura con Nico, casi cuatro años atrás, no me he interesado por ningún hombre. Me refiero a tener una relación que pasara de una noche, porque claro que había tenido encuentros en los que, por cierto, me lo había pasado genial. Hasta ahí llegaban mis aventuras, no estaba

preparada para lanzarme a tener algo más con alguien. Simplemente no me interesaba.

Conseguí encontrar la paz y la tranquilidad en mi soledad, en mi independencia. Me divertía con mis amigas, era feliz con mis rutinas… no sentía ningún vacío que me urgiera llenar y dudaba de que apareciera alguien que me hiciera cambiar de opinión. Tendría que volverme muy loca, en muchos aspectos, como para variar todo a lo que me había acostumbrado.

Dejé el coche en mi plaza y recorrí el aparcamiento, yendo directa hacia el ascensor. En cuanto entré en el piso, fui a mi habitación para cambiarme de ropa y con el pijama de nuevo, me acomodé en el sofá, para trabajar un poco más.

Conseguí adelantar, pero no tanto como me hubiese gustado. La cabeza se me iba al viaje, al encuentro con mi padre, y, sobre todo, a la maleta que tenía que llenar. Decidí apagar el ordenador y olvidarme durante un rato del trabajo, para ponerme con la ropa.

De nuevo en la habitación, busqué información en el móvil de la temperatura que hacía en esta época en Bruselas.

—Joder, hace frío.

Con ese dato importante, saqué del armario un abrigo y varias chaquetas acolchadas, y empecé a organizar todo lo que quería llevarme.

Capítulo 4



Lars

—Vamos, di que sí —insistió Lewis.

—Eres libre de hacer lo que quieras, no tienes que contar conmigo —le dije relajado en la cama.

Tenía la espalda apoyada en el cabecero, las piernas estiradas y en las manos sujetaba el libro abierto que viajó en mi maleta. Así me había encontrado mi amigo al entrar en mi habitación.

—Es la única noche que puedes permitirte salir un rato. ¿No te apetece conocer otros ambientes? —continuó, caminando de un lado al otro.

—Mañana tendré un día intenso, hasta primera hora de la tarde —le recordé.

—Por eso mismo, necesitas desconectar. —Levantó las manos y las movió—. Desde que llegamos no has parado, nos hemos ido a dormir pronto porque madrugabas y el domingo nos vamos de este país. Esta noche es de las pocas oportunidades que nos quedan para salir a cenar y tomarnos unas copas.

Finn abrió la puerta y entró, pasando la mirada de uno a otro.

—¿Qué pasa? ¿De qué habláis? —Se interesó.

—Está intentando convencerme para salir esta noche —le contesté sin apartar la vista del libro. Pasé la hoja y continué leyendo.

—¿No te gusta la comida del hotel? —le preguntó Finn y sonreí de medio lado, sin molestarme en observarlos.

—Joder, sois el alma de la fiesta. —Bufó Lewis—. No estoy diciendo que nos acostemos tarde, solo que vayamos a cenar a un restaurante diferente al del hotel. Después podemos pararnos un rato más para tomarnos algo, no nos llevará mucho tiempo. Son las ocho, yo estoy vestido, y vosotros os preparáis rápido.

—¿Tantas ganas tienes de salir? —le pregunté cerrando el libro.

—Quiero que salgas tú, que es diferente. —Me señaló Lewis—. Yo me he movido por muchos sitios, mientras tú trabajabas. Finn más de lo mismo porque te ha acompañado a todos lados. —Abrió los brazos—. No te has dado ni un descanso.

—Yo creo que estar tumbado en la cama, leyendo, es un buen descanso. —Arqueé una ceja.

—Y dale. —Puso los ojos en blanco.

Miré a Finn, el que se encogió de hombros.

—Si tengo que opinar lo que me parece… —Empezó a hablar, pero Lewis lo interrumpió.

—Mejor quédate callado —negó—. Si fuera por ti, nos mantendrías encerrados aquí.

—Iba a decir… —se cruzó de brazos Finn— que me parece una buena idea.

—Ah… ¿En serio? —Se sorprendió Lewis.

Dejé el libro sobre la almohada y me deslicé por la colcha.

—Para empezar, vamos a cenar fuera —comenté.

—Sí, joder —gritó Lewis entusiasmado, provocando que Finn soltara una carcajada.

—Lo de la copa dependerá de la hora que terminemos. Mañana tengo que estar preparado a las cinco de la mañana —dije caminando por la habitación.

—De acuerdo —aceptó Lewis.

—Voy a cambiarme de ropa —comentó Finn.

Se fue a su habitación, dejándonos solos otra vez.

—¿Cómo han ido las reuniones de esta tarde? Llegaste cansado y no he querido molestarte antes.

—Bien, como esperaba —le confirmé—. Mañana será definitivo, pero no tengo duda de que regresaré a Bélgica muy satisfecho.

—Me alegro, tío. —Se sentó en el borde de la cama.

Saqué del armario un pantalón y un jersey fino de manga larga. Desde el día anterior el tiempo había variado, sobre todo por las noches. Eran

bastante frescas, aunque ni por esas se aproximaba a la temperatura a la que estábamos acostumbrados.

Llevé la ropa hasta la cama y me cambié; me puse lo que había elegido. Ya me había duchado, lo hice en cuanto llegué a la habitación, después del final de la última reunión con la que di el día por terminado. Me calcé los zapatos, fui al baño para darle un poco de forma al pelo, y me puse la cazadora de cuero.

—Definitivamente, yo soy el encantador y el simpático, pero tú te llevas el primer puesto en carisma y tío *buenorro* —dijo Lewis y arqueé una ceja, parando los movimientos de las manos al acomodarme la cazadora para mirarlo directamente.

—¿Tío *buenorro*?

—Se lo escuché decir anoche a una de las camareras del restaurante del hotel, mientras te miraba desde lejos. —Sonrió con picardía.

Sacudí la cabeza y fui a coger la cartera y el móvil. Me los guardé en los bolsillos internos de la cazadora y me giré hacia él.

—¿Una copa mientras esperamos a Finn?

—Sí. Es un buen comienzo de noche. —Me hizo un guiño.

Se levantó de la cama para adelantarse a mí. En la habitación del hotel había un minibar en una esquina, el que estaba surtido con una buena variedad de botellas. También había refrescos y botellines de agua en una pequeña nevera que no estaba a la vista. Lewis cogió los vasos y sirvió dos dedos de ginebra en cada uno.

En las habitaciones destacaba el lujo, al igual que en los demás espacios del hotel. Eran muy amplias y no les faltaba ni el más mínimo detalle, tanto

en decoración como en todo lo que pudieras imaginar y necesitar. Los baños eran de gran tamaño, con bañeras en las que cabían perfectamente varias personas.

—Toma. —Me ofreció mi vaso.

Me lo llevé a los labios para saborear la bebida. No podía compararla con la ginebra a la que estaba acostumbrado, pero dejaba un buen sabor en el paladar.

—¿Mañana a qué hora terminarás? Lo digo para que al menos puedas hacer un poco de turismo al final de la tarde. El domingo tenemos que madrugar, el vuelo sale a las nueve de la mañana.

—Si todo va como tengo pensado, sobre las tres o las cuatro estaré libre. —Di otro sorbo.

—Genial. —Sonrió—. Pues después de que descanses un poco podemos movernos por esta zona. No hace falta que nos desplacemos a otra, esta no la has visto y en mis caminatas he encontrado varios sitios interesantes.

—De acuerdo —acepté, animándolo más.

Finn volvió a la habitación cuando estaba apurando la bebida. Lewis se la terminó de golpe, para dejar como yo el vaso vacío sobre la mesa que estaba frente al ventanal del balcón.

—Os ha cundido, ¿eh? —comentó Finn.

—Si no hubieses tardado tanto, te habría dado tiempo a unirte a nosotros —le dijo Lewis, riendo, mientras se acercaba a él.

—He estado hablando por teléfono —negó Finn.

—¿Algo interesante? ¿Va todo bien? —le pregunté.

—Era Renée.

—Ah… han aumentado tus ganas de volver, ¿no? —comentó Lewis.

—Pues sí —contestó Finn, encogiéndose de hombros.

Renée era la mujer de Finn, llevaban seis años casados, pero en total once de relación.

—Eres el único que tiene un buen y gran motivo para correr hasta Bruselas. —Rio Lewis—. No hay nada como dormir caliente y despertarse en la gloria. —Le sonrió con picardía.

—No me hagas hablar. —Sacudió la cabeza al salir al pasillo.

Cuando la puerta se cerró a mi espalda, nos dirigimos al ascensor.

—Si no tenéis lo mismo que yo, es porque os gusta mucho la libertad y cero el compromiso —continuó hablando Finn.

—A mi vida no ha llegado una Renée como la tuya, porque te aseguro que, si fuese así, estaría con ella y no la dejaría escapar —le dijo con humor Lewis.

—No les das tiempo a las mujeres para conocerlas —comentó Finn, risueño.

—Si no paso de disfrutar, es por algo. —Dejó claro Lewis, apoyando la espalda en la pared del ascensor—. ¿Y tú? —Se dirigió a mí—. No soy el único.

—A mí no me metáis —dije observando cómo la puerta se deslizaba, hasta cerrarse—. Llevo mi vida estupendamente.

—Porque no has conocido a la persona que te haga cambiar de opinión —habló Finn.

—No creo que exista. —Lo miré de reojo—. Tengo muy asentadas mis rutinas, si la mayoría del tiempo no doy abasto con mis responsabilidades, no me imagino cómo debe ser conciliar mi trabajo y mis obligaciones con una relación estable, ni siquiera hacer el intento —negué—. Como he dicho, me va genial como estoy.

—Pues yo te veo algún día enamorado —soltó Lewis.

Arqueé una ceja y me aparté de la conversación. Ellos continuaron hablando, dando sus puntos de vista. Yo miré la hora en el reloj de pulsera y fui el primero en salir del ascensor.

—Buenas tardes, señor Maes —me saludó el gerente del hotel cuando llegamos a la zona de la recepción.

Me parecía increíble que casi siempre que salía de la habitación me encontrara con él. Tenía un radar para detectarme.

—Samuel —pronuncié su nombre a modo de saludo.

—¿Necesitan algo? ¿Están teniendo una buena estancia?

Eran las mismas preguntas de siempre, por lo que le correspondí repitiendo mis respuestas.

—Todo es perfecto. El servicio es excepcional.

—Me alegro. Muchas gracias. —Sonrió de oreja a oreja—. ¿Van al restaurante a cenar?

—Esta noche cenamos fuera, queremos aprovechar para ver un poco la zona. —Metí las manos en los bolsillos de la cazadora.

—Estupendo —asintió—. Disfruten.

—Gracias.

Pasé por su lado, yendo directo hacia la salida. No me paré más, me limité a devolver los saludos al personal que me encontré hasta que estuve en la calle.

—Joder, tío, es un agobio ser tú —dijo con diversión Lewis.

—Intercambio tu vida por la mía durante dos días, te sobrará tiempo para darte cuenta hasta qué punto es verdad lo que has dicho. —Lo miré de reojo, mientras caminaba por la acera.

—Es lo que conlleva el poder y el dinero. Los dos lo experimentáis con algunas pequeñas diferencias —comentó Finn a mi lado derecho.

—Y todavía me preguntáis por qué no tengo pareja —negué.

—No todas las mujeres que se acercan a ti son unas interesadas. —Carraspeó Lewis—. Sí, igual que me ha sucedido a mí, te has encontrado con muchas de esa forma de ser, pero hay miles, millones, que no piensan, ni actúan de esa manera.

—Y me lo dices tú, que principalmente las ahuyentas por el mismo motivo que yo. —Fruncí ligeramente el ceño.

Lewis era el dueño de una empresa que trabajaba a nivel internacional, pero, a pesar de la gran fama y del reconocimiento que tenía, no llegaba a ser como la mía. No por ello era menos, no lo he comentado en ese sentido. La empresa de mi amigo movía mucho y estaba muy bien posicionada en su sector, le aportaba grandes beneficios millonarios cada cierre de año. Simplemente, estoy dándoos los datos.

En nuestro país, siempre que el nombre de mi empresa salía a relucir, ya fuera en las noticias o en cualquier otro medio, se referían a ella como un titán empresarial. Abarcaba muchos más territorios por todo el mundo que la de Lewis, dividida en delegaciones y por la empresa matriz que estaba ubicada en Bruselas.

El trabajo que se desarrollaba en las mías era muy diferente al que se hacía en las de mi amigo. A cada uno nos iba estupendamente en nuestras áreas. Gracias a ello teníamos una vida muy, muy acomodada, pero también requerían muchísimo esfuerzo y una dedicación constante.

A ambos nos gustaba estar al frente de todo, mantenernos informados de hasta la más mínima cosa que sucedía bajo nuestro mando, así que os podéis hacer una idea de lo estresante que llegaba a ser estar pendiente a nivel nacional e internacional. Si no nos hubiésemos preocupado desde el principio en estar al corriente de lo que pasaba en general, no hubiésemos llegado tan lejos.

—Sé que es difícil, pero no vamos a tener mala suerte siempre —me aseguró Lewis.

—Lo dices como si quisieras encontrar el amor. —Sonreí de medio lado, con la vista al frente.

—Yo no he dicho eso. —Rio—. Solo que en algún momento llegarán las mujeres que nos hagan replantearnos las prioridades. —Me dio una palmada en la espalda.

—Estoy deseando verlo —comentó Finn, risueño—. Entonces será mi oportunidad para burlarme de vosotros y devolveros todos los comentarios que me hacéis sobre estar enamorado de una mujer impresionante.

—Si Renée estuviera aquí, ya la tendrías encima de ti. —Soltó una carcajada, Lewis.

—Falta poco para que ocurra —aseguró Finn, uniéndose a sus risas.

Recorrimos cuatro calles, en las que fuimos observando los restaurantes que nos encontramos. Al final nos decidimos por uno con la entrada de madera, ese fue el elegido por los tres para cenar.

Ocupamos una mesa en una terraza interior cubierta. Había música suave de fondo y una iluminación tenue, dando intimidad, pero era suficiente para ver bien. Cuando un camarero se acercó para saludarnos, le pedimos una botella de vino, para hacer tiempo y poder elegir en las cartas qué cenar.

Así lo hicimos. Cuando regresó con la bebida y nos llenó las copas, le pedimos los platos para cada uno.

—¿A qué ahora me dais las gracias por haberos sacado del hotel? —nos preguntó Lewis, levantando la copa.

—Tienes razón —le confirmé—. Me gusta mucho el cambio. —Miré alrededor, disimuladamente.

Cuando llegó la comida, cenamos en un ambiente relajado, conversando de unas cosas y otras, pero sin tocar temas profundos. Casi dos horas después, con dos botellas de vino bebidas entre los tres y los estómagos llenos, le pagué al camarero y abandonamos el restaurante.

—Pasan un poco de las diez y media, ¿os animáis a tomaros una copa? —Quiso saber, Lewis.

—¿No has tenido bastante con el vino? —le preguntó Finn, sonriendo.

—¿Hace falta que te responda?

—No —contestó, y ambos rieron.

No tuvimos que movernos mucho, a una calle de distancia localizamos un *pub* en una pequeña zona peatonal y decimos entrar.

—Voy al baño —les avisé cuando llegamos a la barra.

—No te pierdas detrás de unas buenas piernas —me advirtió Lewis, alzando la voz para que lo escuchara bien con la música.

Sacudí la cabeza ignorándolo y continué andando hasta la esquina, donde un letrero luminoso indicaba que estaban los servicios. Tardé cinco minutos, quizá menos, pero fue tiempo suficiente para que, al salir, viera a Lewis hablando con una mujer. Conforme me acercaba, me dio la sensación de que me sonaba, pero descarté la posibilidad por estar en este país.

Antes de unirme a mis amigos, ella se alejó y se perdió entre la gente.

—Eh —dijo Finn cuando me paré a su lado—. Toma. —Me ofreció una copa.

Se lo agradecí y di el primer trago.

—¿Quién era? —le pregunté a Lewis.

—¿Cómo? —Frunció ligeramente el ceño.

—La mujer con la que estabas hablando —le aclaré.

—Ah, eso. —Rio—. No te lo vas a creer. —Arqueé una ceja. Hizo una pausa para beber—. Era la misma mujer que chocó conmigo en la cafetería, a la que ayudé cuando se le cayó el monedero. ¿Te acuerdas? Fue el primer día que llegamos.

Asentí, pensando en que su respuesta le daba sentido a la sensación que había sentido.

—Ya es casualidad que sea la misma —comentó Finn.

—Sí. Ha pasado por delante y al verme me ha reconocido —dijo animado Lewis—. Se ha parado para saludarme. —Se encogió de hombros.

Me apoyé en la barra para observar el espacio abierto que quedaba frente a mí. Intenté buscar con la vista a la mujer, gracias al ligero recuerdo que tenía de ella, pero no era muy claro y con todas las personas que ocupaban las mesas altas y las que se encontraban de pie…

Capítulo 5



Ivy

—¿Quién es al que has saludado? —me preguntó Paula, mirando con interés por encima de mi hombro.

—Disimula —le pedí, poniendo los ojos en blanco.

—¿Te crees que desde dónde está y con la poca iluminación que hay se va a dar cuenta de que lo estoy observando? —dijo divertida— Nos separa una buena distancia, aunque más bueno está el tío que acaba de ponerse frente a él.

—Ya te digo, y eso que está de espaldas —comentó Bea mirando también, mientras daba un sorbo a su copa.

Me negué a hacer lo mismo. Una cosa era acercarme a saludar al hombre que había reconocido de la cafetería, con el que choqué por accidente, y otra muy diferente que le prestara más atención, a él y a los que estuvieran a su lado.

—En realidad no lo conozco —dije, captando la atención de mis amigas —. Tuvimos un breve encuentro en la cafetería a la que vamos siempre. — Me encogí de hombros—. Hace unos días necesitaba un respiro del trabajo y salí del piso para que me diera el aire.

»Quería desconectar y aproveché para dar un paseo. Al final caminé más de la cuenta y llegué a la cafetería, en la que entré para pedirme un café para llevar. Ahí coincidí con él, pero ni siquiera sé su nombre. Estaban terminando de atenderle en la barra y me puse detrás, con tan mala suerte que me despisté y, cuando se giró para irse, choqué con él.

»Ese es el resumen, añadiendo que se me cayó el monedero y me ayudó a recoger las monedas.

—Qué caballero —comentó Paula, con picardía.

—Pues sí, fue muy amable. Por eso me he parado cuando lo he visto. —Me bebí un sorbo del cóctel que me había pedido—. Creo que no es de aquí, de España me refiero. Habla muy bien nuestro idioma, pero, aunque es casi imperceptible, noté algo diferente en su pronunciación.

—Extranjero, guapo, atractivo… Mmm… es un buen partido. —Rio Paula.

—Los otros dos, también, parecen hechos con el mismo molde —añadió Bea.

—¿Podéis dejar de hablar de ellos? —negué— Os recuerdo que me voy de viaje mañana, no quiero desaprovechar el tiempo con tonterías que no llevan a nada.

—Ay, no me lo recuerdes. —Hizo un puchero, Bea.

—¿Lo tienes todo preparado? —Quiso saber, Paula.

—Sí. Mi padre me ha enviado esta mañana el billete por correo electrónico y ya he dejado la maleta mediana lista en el salón, al lado de la puerta, junto al maletín del portátil. Lo único que me falta es meter las cosas de última hora en la de cabina. Quería llevarme solo una, pero con la ropa de abrigo no me ha cabido todo. He hecho la maleta para, como mínimo,

una semana y media, no tengo ni idea de si mi estancia será más corta o se alargará.

—Bien pensado, te vendrá bien el viaje —comentó Bea—. Así trabajas en otro ambiente, vas a cambiar tu piso por la casa de tu padre. Es otro espacio muy diferente que te sentará genial.

—Sí. —Le sonreí.

—Ya he hablado con mi jefe —dijo Paula.

—¿Para qué? —Me interesé.

—¿Cómo que para qué? —elevó las dos cejas—. Le he pedido el viernes libre para ir a Bruselas a verte. —Me sacó la lengua—. Así que ya sabes —se dirigió a Bea—, toma nota y haz lo mismo el lunes. Cuando me confirmes que te han dado el día libre, compraré los billetes del viernes al domingo; espero que haya un vuelo de regreso a última hora para aprovechar al máximo el tiempo.

—Francisco, no me pondrá problema —asintió Bea, mencionando a su jefe.

—Perfecto. —Levantó su copa Paula—. Por el fin de semana diferente que nos espera.

Bea y yo la imitamos, para chocar las copas. Bebimos animadas. No sabía cuándo regresaría, pero si podía hacerlo junto a mis amigas, el domingo que volvieran a España, sería perfecto.

—Qué pena, se van las buenas vistas —comentó Paula.

—Menos mal, me tenéis nerviosa —dije riendo.

Giré un poco la cabeza hacia atrás, para ver las espaldas de los tres hombres, antes de que desaparecieran entre las personas que los rodeaban.

—¿Qué tal con tu madre? —me preguntó Bea— ¿Se ha quedado tranquila?

—Más o menos. He estado con ella desde el mediodía y ha hecho todo lo posible para que me lo crea, pero sé que hasta que no la llame varios días seguidos desde Bruselas, y sepa que todo va bien, no conseguirá relajarse.

—No entiendo por qué le ha afectado tanto en esta ocasión —dijo Paula.

—Porque le comenté lo que me dijo mi padre, lo de que me necesitaba. Tendría que haberme callado porque la ha puesto en alerta. Yo tampoco lo entiendo mucho y no quiero darle importancia, porque sus reacciones continúan siendo reacias con todo lo que tiene que ver con él.

—Cuando te hacen mucho daño es lo que provoca —negó Bea—. Tu madre estaba muy enamorada, Ivy.

—Lo sé. —Bajé la mirada a la copa—. El cambio en mi padre tuvo que ser muy grande para que ella se desenamorara.

—Yo creo que cuando tomó la decisión de echarlo de su vida, todavía lo estaba. Únicamente miró por vuestro bienestar, el tuyo y el suyo, aunque conociéndola sería más por el tuyo. —Se encogió de hombros Paula.

Asentí porque estaba de acuerdo con ella. Nos animamos para bailar un poco sin apartarnos de la mesa, mientras nos terminábamos la bebida. La primera ronda cayó rápido y continuamos con la segunda. Durante dos horas estuvimos divirtiéndonos, hasta que por mi parte puse fin a la noche.

Al día siguiente tenía que madrugar bastante y, con la falta de sueño que llevaba arrastrando, necesitaba descansar más de unas cuantas horas.

—Chicas, me voy ya —les dije a mis amigas.

—Te has pasado de la medianoche, cenicienta. —Me hizo un guiño, Paula.

—Igualmente, no iba a encontrarme con un príncipe azul esperándome frente a mi piso, para ponerme un buen zapato —comenté y nos reímos las tres—. Os envío un mensaje al grupo cuando aterrice en Bruselas, ¿vale? —Las abracé.

—Sí. Queremos estar informadas. —Me sonrió Bea—. Que vaya muy bien todo.

—Ven aquí, petarda. —Paula me rodeó el cuello con los brazos—. Si pasa algo con tu padre, avísanos antes del fin de semana, ¿de acuerdo? —me susurró al oído y asentí.

—¿Os quedáis un rato más? —les pregunté.

—No, nos vamos contigo.

Me agarraron de un brazo cada una y de esa forma recorrimos el local, yendo hacia la salida. Nos despedimos de nuevo con abrazos y besos, antes de tomar direcciones diferentes. Yo me dirigí hacia mi coche que se encontraba a tres calles de distancia, donde lo dejé estacionado cerca del restaurante en el que cenamos. Por esta zona había varios, era la más concurrida y elegida para salir, sobre todo por las noches.

El trayecto hasta mi bloque duró menos que la vez anterior, después de diez minutos accedí al aparcamiento. En cuanto estuve en mi piso, fui a la habitación para ponerme cómoda. Hice una parada en el baño, me desvestí para ponerme el pijama y por fin me tumbé en la cama.

Solté un suspiro mientras ponía la alarma en el móvil, el que dejé sobre la mesita de noche. Apagué la luz y me acurruqué, cerrando los ojos. El cansancio me venció rápido, tanto que no fui consciente de quedarme dormida.

✣ ✣ ✣

Levanté la mirada del libro electrónico, para observar por la ventanilla. El vuelo se me había hecho corto, el avión estaba a punto de tocar la pista de aterrizaje. Desde el verano del año pasado no venía, pero reconocía la sensación.

En cuanto aterrizamos, algunas personas empezaron a aplaudir y sonreí sin apartar la vista del exterior. Cuando el avión paró, esperé mi turno para levantarme, el que llegó pronto porque iba sentada en las primeras filas. Me colgué al hombro el maletín del portátil y bajé la maleta de cabina, para salir siguiendo el camino que me llevaba a por el resto del equipaje.

Media hora larga después, traspasé la puerta automática de salida. Me sorprendió ver solo al chófer de mi padre y no a él a su lado, esperándome.

—Bien empezamos —me dije susurrando y divertida.

—Señorita Ivy, me alegro de volver a verla. —Me sonrió con amabilidad y afecto, gesto que le devolví.

—Gracias. Igualmente, Louis —le hablé en su idioma.

Gracias a mis viajes desde adolescente hablaba perfectamente varios idiomas oficiales del país, así que no tenía problemas de comunicación.

Lo abracé con fuerza. Con el paso de los años, Louis se había acostumbrado a mis muestras de cariño, aún recordaba los esfuerzos que hacía las primeras veces que me lanzaba a sus brazos.

—Al señor Jules le ha sido imposible venir. —Excusó a mi padre.

—Es sábado. ¿Está trabajando?

—Sí. Tenía una reunión importante, cuando la deje en casa, iré a por él.

—De acuerdo —asentí.

—Voy a avisarle de que ya está conmigo —comentó sacando su teléfono.

Yo aproveché para escribirles a mis amigas y para llamar a mi madre. Cuando me guardé el móvil, seguí a Louis por la terminal, mientras lo escuchaba hablar con mi padre. Tenía gracia que, con lo insistente que fue para que viniera, ni siquiera le pidió que me pusiera al teléfono. No me molestó porque entendía que no podía al estar ocupado.

Louis cargó con la maleta mediana, de la de cabina me encargué yo, a pesar de que intentó quitármela. Nos montamos en el elegante coche propiedad de mi padre después de colocar el equipaje en el maletero, para salir del aeropuerto. El trayecto hasta la casa duraba un poco más de media hora, se encontraba a las afueras de la ciudad, por lo que me puse cómoda en el asiento del copiloto.

—¿Cómo le va todo?

—Cómo te cuesta tutearme al principio. —Giré la cabeza hacia él, sonriendo—. Siempre que vengo es igual, hasta que no pasan unos días no cambias la forma de dirigirte a mí. Te acostumbras cuando tengo que irme.

—Es el hábito. —Carraspeó sonriendo.

—No quiero que me trates como a mi padre. Soy Ivy, a secas.

—De acuerdo, Ivy a secas —dijo con humor y solté una carcajada.

Louis era un hombre de cincuenta y cuatro años, aparentemente serio y distante. Nada que ver con la realidad, porque cuando rascabas un poco sobre la superficie, aparecía una persona cercana, atenta y cariñosa. Aunque siempre mantenía las formas con todo el mundo, yo había conseguido que conmigo fuera diferente.

—La he echado de menos —comentó mirándome de reojo, con una sonrisa de medio lado.

—Gracias. Yo también a ti, eres lo mejor que tiene esta ciudad y país. —Le hice un guiño.

—¿Por encima de su padre?

—No lo dudes. —Fruncí los labios.

Nos quedamos en silencio, uno cómodo, y me entretuve observando el paisaje por la ventanilla. Mi padre vivía en un palacete que adquirió hacía muchos años, antes de conocer a mi madre. Cada vez que me instalaba en él, hasta que no me acostumbraba al lujo y a los espacios enormes, me resultaba muy extraño el cambio.

No estaba habituada a tantos excesos y dudaba de que algún día cambiara sobre eso. Con mi piso de ochenta y cuatro metros cuadrados era muy feliz, lo mismo que le sucedía a mi madre con el suyo de noventa. ¿De qué servía disponer de tanto espacio si no lo utilizabas?

Los únicos que vivían en la gran vivienda de mi padre eran él, Louis, y las personas que se encargaban del servicio, de la limpieza y el mantenimiento.

Había muchas habitaciones vacías, muchísimas, y otras tantas estancias y lugares que solo servían para quitarles el polvo.

Poco a poco fui adormeciéndome en el coche, hasta que me quedé dormida el resto del camino. Cuando escuché mi nombre, entreabrí los ojos. Louis me avisó de que habíamos llegado y solté un suspiro al ver frente a nosotros la enorme puerta de hierro que daba acceso a la propiedad. Desde nuestra posición solo se veía la vegetación del interior, porque siguiendo la línea de las dimensiones de la construcción del palacete, se encontraba rodeándolo un inmenso jardín que nunca había llegado a recorrer entero.

La puerta empezó a abrirse despacio, de la misma forma que Louis la traspasó y empezó a circular por el camino asfaltado. Después de varios kilómetros apareció la vivienda y sonreí al distinguir en la entrada a varias de las personas del personal que estaban esperándonos.

En cuanto Louis paró, me bajé del vehículo y fui directa hacia ellos. Era lo que más me ilusionaba en cada viaje, reencontrarme con todos, aunque en este momento faltaban unos cuantos.

—Bienvenida, señorita Ivy. —Fue Marie la primera en saludarme, con una gran sonrisa.

A ella le siguieron los demás, imitando su gesto alegre. Los saludé uno por uno, con abrazos y besos. A pesar de que pasaba bastante tiempo entre unos viajes y otros, estaban más que acostumbrados a mi efusividad.

Marie era el ama de llaves, la encargada de que todo funcionase a la perfección. Lily era la cocinera principal, tenía unas manos mágicas para preparar todo tipo de comidas exquisitas. Alice era una de las limpiadoras, y Milo y Theo los jardineros encargados de mantener todas las zonas verdes impecables. Ellos trabajaban junto a varios chicos más, pero con estos últimos no tenía tanta confianza, muchas veces ni coincidíamos. Únicamente venían a trabajar y al finalizar la jornada se marchaban a sus casas, lo que no sucedía con el personal fijo.

—Me alegro mucho de veros a todos —les dije.

—Nosotros también —habló Milo, haciéndome un guiño—. Pensábamos que este año ya no la veríamos por aquí.

—Eso creía yo. —Me reí—. Un poco más tarde de lo normal, pero he venido.

—Estamos encantados de tenerla con nosotros —comentó Lily—. Lo que lamentamos es que no se dé más a menudo.

—Algún día os llevaré a todos a mi piso, a mi ciudad. —Les hice un guiño.

—Siempre nos amenaza con lo mismo, porque sí, es una amenaza para usted, con todos los que somos —dijo divertida Alice.

—Podéis empezar a dejar las formalidades —les advertí sonriendo.

—¿Ya te ha leído la cartilla, Louis? —le preguntó Theo, con humor.

Louis se paró a mi lado, cargando con las maletas. Me miró de reojo, con los labios fruncidos.

—Eso es una respuesta afirmativa —confirmó Marie, antes de reírse.

—No ha tardado en pedírmelo. —Se encogió de hombros Louis—. Voy a llevar el equipaje a la habitación.

—Te acompaño —le dije.

Intenté quitarle una de las maletas, pero me esquivó con una gracia innata en él y me dejó con las manos vacías. Riendo, lo seguí al interior de la

vivienda. El gran recibidor nos dio la bienvenida, dándonos paso a una gran entrada. Justo enfrente había una escalera de madera con escalones amplios y cómodos, acompañada por una barandilla y pasamanos con una decoración tallada exquisita. Poco a poco iré entrando en más detalles.

Todos los que habían salido para recibirme se separaron de nosotros para continuar con sus trabajos, después de comentarme que descansara y que nos veríamos pronto.

Es lo que tenía pensado hacer, la cama enorme de mi habitación me llamaba a gritos. Al final, aunque la noche anterior no me acosté muy tarde y me dormí rápido, me desvelé y vi pasar las horas hasta que me activé para ir al aeropuerto.

Estaba cansada, lo que me creaba un dilema porque no quería perder el tiempo si podía aprovecharlo para hablar con las personas a las que les tenía mucho cariño, así como para perderme un poco por la vivienda y los alrededores.

Capítulo 6



Después de estar un rato tumbada en la cama, mirando el techo sin poder dormirme, me levanté para activarme. Hacía unos quince minutos que Louis se fue a recoger a mi padre, los mismos que llevaba tumbada cómodamente.

A pesar de que pensaba que volvería a dormirme, no lo había conseguido. Me quedé sentada en el borde de la cama y observé mi habitación con una gran sonrisa.

Triplicaba el tamaño de la de mi piso, eso sin contar lo que ocupaban el gran vestidor que había hacia un lateral y el baño. La cama era un sueño, majestuosa bajo el dosel, del que colgaban telas suaves. De vez en cuando estaba bien soñar, aquí me sentía como de la realeza, pero siempre manteniendo los pies en el suelo, sabiendo muy bien adónde pertenecía.

El suelo de madera natural estaba decorado con varias alfombras grandes de pelo largo suave. En un lateral había una mesa de escritorio frente a una ventana de doble hoja, a la que le daba mucha luz. Cerca de ella se encontraban dos sillones y una mesa pequeña redonda.

Repartidos por la estancia había varios muebles de diferentes tamaños, como si con el vestidor no tuviese espacio suficiente. Frente al lado de la cama en el que estaba sentada, se encontraba una puerta corredera que daba a una terraza pequeña, en la que había una mesa, varias sillas, una tumbona reclinable con colchoneta y una mecedora amplia con la superficie mullida.

Me incorporé para abrir la corredera, el frío entró de golpe, pero, aun así, la dejé abierta. En la terraza estaba todo tal y como recordaba. Caminé hasta el baño y me apoyé en el marco de la puerta, observando la bañera enorme de hidromasaje al fondo y todo lo que la acompañaba.

El lujo y la grandiosidad estaban presentes en todos los espacios y este no era menos. El suelo era de mármol, al igual que la superficie del mueble largo y los lavamanos que la decoraban con formas redondas.

Caminé hasta el vestidor y solté un suspiro al entrar. Era precioso; no le faltaba ningún detalle, todo estaba pensado para guardar las pertenencias, por pequeñas que fueran. El suelo también era de madera y varias alfombras lo decoraban. Tenía el mismo tamaño que la habitación de mi piso. No faltaba un pequeño sofá, junto al que estaban mis maletas, donde Louis las había dejado. Y allí seguirían hasta que me decidiera a vaciarlas.

Me encargaría personalmente de ello; me negaba a que Alice o cualquier otra persona del personal viniera a colocar mi ropa. No por nada, simplemente era mi tarea, y así había sido desde la primera vez que vine a esta casa. Durante los dos primeros años tuve que defender mi postura ante Marie y Alice; les costó entender que me empeñara en hacer algo que consideraban su trabajo. Con el tiempo se adaptaron a mí y acabaron acostumbrándose a mis costumbres y necesidades.

Por mucho servicio que mi padre tuviera, no iba a aprovecharme de ello para según qué cosas, porque yo tenía dos manos y sabía utilizarlas muy bien. Punto final.

Me acerqué a las maletas para coger el maletín del portátil, apoyado sobre una de ellas. Fue lo único que moví para llevarlo hasta el escritorio de la habitación. Saqué el ordenador, la alfombrilla y el ratón, colocándolo todo en su sitio sobre la superficie. Por último, guardé las carpetas con la documentación de trabajo en un cajón y, en otro, el maletín vacío.

Salí al pasillo enmoquetado y cerré la puerta tras de mí. Era largo y amplio; se extendía desde la fachada principal hasta la trasera, donde terminaba en amplios ventanales. Me encontraba en la primera planta. Había una segunda, casi idéntica, a la que me gustaba subir porque en una parte de ella vivía el personal fijo.

Me dirigí hacia la escalera y la bajé sin encontrarme con nadie. Fui directa hasta la majestuosa cocina, situada a la izquierda. En esa parte también se encontraban las zonas de descanso y el comedor destinado a los trabajadores. En la opuesta, hacia la derecha de la escalera, estaban los salones y muchas otras estancias.

Como ya he comentado, era una locura de lugar, porque muchos espacios ni siquiera los pisaba. La única vez que lo hice fue la primera vez que mi padre me trajo y se entretuvo enseñándome todo el interior del palacete.

—Hola —saludé a Lily, la cocinera.

—Hola, Ivy. —Me correspondió y me encantó que se hubiera olvidado ya de las formalidades.

—¿Puedo ayudarte en algo? —le pregunté y agrandó los ojos.

Solté una carcajada por su reacción. Tiempo al tiempo, en unos días, aceptaría encantada que me pusiera a su lado para colaborar. Siempre sucedía lo mismo.

—Puedes acompañarme —me propuso señalando un taburete de la isla central—. Mathilde llegará pronto.

—¿Dónde está?

Estábamos refiriéndonos a la segunda cocinera, al apoyo que tenía Lily compartiendo su trabajo.

—Salió hace un poco más de una hora, hemos tenido problemas con el último pedido que hicimos y ha ido personalmente a aclararlo —me explicó.

—Con lo fácil que es ir a comprar una misma y llenar un carro… —negué.

—Eso es impensable para tu padre. —Me sonrió.

—Ya… —Puse los ojos en blanco.

—¿Cómo te va en tu ciudad? —Se interesó.

—Muy bien. —Me senté frente a ella—. Como siempre: trabajando, pasando tiempo con mis amigas y mi madre… esas cosas del día a día que sientan genial.

—Me alegro —asintió—. ¿Cómo se encuentra Amaia? —preguntó por mi madre, bajando el tono de voz.

—Igual de bien, en paz y tranquila. —Evité decirle que eso había cambiado con mi viaje—. Gracias por preguntarme por ella.

—Fueron pocas las ocasiones en las que coincidimos, pero suficientes para que guarde un bonito recuerdo de ella —dijo pensativa, retrocediendo al pasado en su memoria—. No era normal que el señor trajera a su mujer, pero se dio, en algunas ocasiones breves, antes de que se quedara embarazada.

»Cuando el señor vino contigo, por aquel tiempo ya eras una adolescente, nos enamoraste a todos. Así que tengo un fiel recuerdo de tu madre porque solo hace falta verte a ti para saber cómo sigue siendo ella. —Me sonrió con cariño.

—Muchas gracias, Lily. Me vas a emocionar, ¿eh? —negué.

—¿Qué le estás diciendo? A ver si vas a hacer llorar a la niña —intervino Marie, entrando en la cocina.

—¿Niña? —Me reí.

—Para nosotros siempre lo serás —dijo con una expresión muy graciosa.

—Estábamos hablando de su madre —le comentó Lily, encogiéndose de hombros.

—Ah, la señora Amaia —suspiró Marie—. Espero que esté bien.

—Lo está —le confirmé sonriendo.

—Has descansado poco —dijo a modo de regañina cariñosa.

—He tenido suficiente con el rato que he estado tumbada en la cama. Me notaba cansada, pensaba que me dormiría como en el trayecto hasta aquí, pero no se me han vuelto a cerrar los ojos.

—¿Qué te apetece comer? —me preguntó Lily.

—Lo que tienes planificado estará perfecto. No os lieis por mí.

—Lo haré con gusto.

—Lo sé, pero no hace falta. De verdad. ¿Sabéis cuánto tardarán en llegar mi padre y Louis?

—Teniendo en cuenta cuando se ha ido Louis, calculo que una media hora. Eso si el señor está preparado cuando llegue —me respondió Marie.

—Pues voy a aprovechar para salir a los jardines —comenté bajándome del taburete.

—Disfruta —dijeron sincronizadas y me reí, caminando hacia la salida que utilizaban ellas.

En cuanto puse un pie fuera, me arrepentí de no haber subido a la habitación a por una chaqueta acolchada. Había sido previsora, iba vestida con un pantalón vaquero y un jersey gordito, pero no era suficiente para la temperatura que hacía. Igualmente, bajé los escalones de la entrada y me desvié de la zona asfaltada, para caminar por la hierba.

Estuve admirando todo lo que veía durante unos quince minutos, yendo de un lado al otro sin rumbo, hasta que me acerqué a un lateral de la vivienda y me senté en un balancín que estaba enfocado hacia un estanque decorado con piedras grandes alrededor.

Una de las cosas que más disfrutaba en mis viajes a Bruselas, era de la paz y la relajación que conseguía en la propiedad de mi padre. Si quería silencio y soledad, los encontraba en muchas partes, tanto dentro de la vivienda como en el exterior.

Al cabo de un rato, un sonido captó mi atención y me giré en el balancín. Sonreí al ver el coche que Louis conducía, en el que también iba mi padre. Ya habían llegado.

Me levanté para darles encuentro, mientras el vehículo acortaba la distancia con la entrada del palacete. Louis fue el primero en bajarse, para abrirle la puerta a mi padre.

—Papá —llamé su atención a su espalda y se giró hacia mí.

—Ivy —pronunció mi nombre con una pequeña sonrisa—. Hola, hija. Bienvenida.

Nos abrazamos y cerré los ojos al sentir el calor de su cuerpo.

—Discúlpame, me ha sido imposible ir a buscarte al aeropuerto —dijo cuando nos separamos.

—No te preocupes. —Le quité importancia—. Espero que el resto del fin de semana no tengas que trabajar.

—Así es. Ese tiempo es para ti.

—Bien. —Le sonreí—. Aunque yo mañana quiero dedicar un momento para controlar unas cosas del trabajo.

—Ah… —Chasqueó la lengua y fruncí los labios.

—Será rápido, ya cuento con el fin de semana perdido.

—Este descanso te viene bien.

—Sí, pero no puedo relajarme tanto porque ya voy con retraso.

—Tonterías. Además, seguro que te pones al día rápido. ¿Entramos? Parece que tienes frío. —Me frotó los brazos por encima del jersey.

—Un poco. —Le sonreí.

—¿Y qué haces aquí fuera sin abrigo? Como te pongas mala…

—No me pasará nada —negué.

Cuando busqué a Louis con la mirada, volvía a estar al volante. Me hizo un guiño antes de ponerse en marcha para llevar el coche al garaje.

—Vamos —me pidió mi padre, empezando a caminar.

Me agarré de su brazo siguiendo su ritmo, mientras íbamos hacia la puerta principal.

—Imagino que ya has saludado a todos —comentó.

—Me falta por ver a Mathilde, a Jeanne y a Rosie —mencioné a la segunda cocinera y a las encargadas de la limpieza junto a Alice.

—Las dos últimas tienen el día libre, no volverán hasta mañana temprano.

—Ya decía yo. —Sonreí.

Entramos al recibidor y recorrimos el interior desviándonos hacia la izquierda, para ir al salón preferido de mi padre. Me dio paso y agradecí sentir el calor de la chimenea. La calefacción se sentía en cada estancia, pero en este momento agradecí el extra del fuego.

Me senté en el sofá y mi padre lo hizo a mi lado, después de quitarse la chaqueta del traje, la que dejó sobre el respaldo de un sillón.

—Señor Jules, bienvenido —dijo una voz desde la puerta.

—Gracias, Marie.

—¿Les traigo un té o un café?

—Café para mí —respondió él.

—Yo prefiero un té.

—Ahora mismo —asintió Marie, haciendo una pequeña inclinación.

—¿Cuándo permitirás que te traten más cercanamente? —le pregunté con la vista fija en las llamas.

—No les impongo nada —se justificó y arqueé una ceja, mirándolo de reojo—. Sabes que es verdad —negó con expresión divertida—. Todos lo tomaron como norma desde el primer día que los contraté, lo convirtieron en un hábito al que nos hemos acostumbrado.

—Pero suena frío y distante. —Apoyé la cabeza en el respaldo.

—No puedo hacer nada, hija. Conoces lo rectos y profesionales que son.

—Y tú estás encantado.

—No voy a negar que me agrada, aunque, como he dicho, tampoco me importaría que dejaran las formalidades en algunas ocasiones. A estas alturas no va a suceder.

—Si lo pidieras te obedecerían, aunque al principio les costara romper con sus reglas.

—No tengo tanto poder de persuasión como tú con ellos. —Me miró alzando una ceja y sonreí.

Marie entró en el salón cargando con una bandeja. La apoyó en la mesa baja que teníamos enfrente para repartir las tazas. También trajo un plato pequeño con pastas que dejó en el centro.

—Gracias, Marie —le dijo mi padre.

Ella hizo otra pequeña inclinación y contuvo una sonrisa cuando le hice un guiño.

—¿Cómo te ha ido la reunión? —Quise saber cuándo nos quedamos solos —. No me dijiste que tenías que trabajar hoy.

—Es que hasta ayer por la tarde no sabía nada, surgió de imprevisto. Ha ido como siempre, pero tenía la cabeza en tu llegada y sinceramente, en algunos momentos no me he enterado de lo que estaban exponiendo.

Se inclinó para acercarse a su café, al que le echó media cucharilla de azúcar para removerlo, antes de llevarse la taza a los labios. Yo todavía esperé un poco más para que el té tuviera más intensidad.

Durante los siguientes minutos nos quedamos callados, observando el fuego que se alzaba con fuerza.

—¿Has descansado del viaje? —me preguntó, rompiendo el silencio.

—Me he dormido durante el trayecto hasta aquí, cuando he llegado me he tumbado en la cama un rato. Papá…

—¿Sí?

—¿Por qué me dijiste que me necesitas? —No pude contener por más tiempo la pregunta.

—Te hablaré de ello durante la comida. —Se terminó el café y giró la cabeza hacia mí—. Voy a darme una ducha, Marie aparecerá pronto para avisarnos que vayamos al comedor.

—Está bien —solté un suspiro.

—¿Estás preocupada?

—No, solo es curiosidad. —Me encogí de hombros.

Sus labios se tensaron en una pequeña sonrisa mientras se levantaba.

—Tómate el té con calma, vuelvo enseguida —me pidió cogiendo la chaqueta del traje.

—Vale.

Lo seguí con la mirada caminar hasta la puerta, por la que desapareció.

—¿Todo bien?

Me sobresalté al escuchar la voz de Marie y me reí sola, al ver su cabeza asomada por el hueco de la puerta.

—Sí.

Entró para recoger el azúcar y la taza vacía de mi padre.

—No has probado ningún dulce.

—No es por falta de ganas, pero es que queda poco para comer y, como empiece, después me reprenderás por dejarme la comida en el plato —dije divertida.

—Unas galletitas no te quitarán el apetito.

—Pero todas las que hay sí. —Nos reímos—. Marie…

—Dime.

—He visto a mi padre cansado. ¿Está bien?

—Hasta donde yo sé, sí, Ivy. —Dirigió la vista hacia la puerta abierta.

—Lo mismo es una tontería. —Sacudí la cabeza—. Pero es que su expresión refleja agotamiento.

—Es por el ritmo que lleva, aunque seguro que también tiene que ver con tu llegada. A lo mejor no ha dormido bien esta noche, porque te vería hoy.

—Puede… —Le sonreí, reservándome la opinión al respecto.

Cogí la taza entre las manos cuando me dejó sola y me concentré en el fuego.

Capítulo 7



Le agradecí a mi padre que retirara la silla para que me sentara. Lo hice, y él ocupó la que quedaba a mi derecha, presidiendo la mesa rectangular.

Ya estaba servida con diferentes fuentes de comida y una bandeja llena de una apetitosa ensalada. Había mucha variedad: un plato típico de Bélgica, de la región flamenca, el *hutspot* u *hodgepodge*, un estofado caldoso de carne y verduras decorado con un huevo en el centro. También había *stoemp*, un puré de patatas y verduras aromatizado con tomillo o laurel, según el gusto. En esta ocasión estaba preparado con la primera opción.

Para finalizar con la comida caliente, una de las fuentes contenía endivias con queso y jamón. Este plato recibe el nombre de *chicons au gratin* y consiste en endivias envueltas en jamón cocido, gratinadas con salsa de queso. En muchas ocasiones las servían cubiertas de bechamel. La endivia es una de las verduras más consumidas del país. Y el detalle de la ensalada era por mí; Lily la había preparado al estilo en que yo solía comerla en España.

Mientras mi padre servía el vino y el agua en nuestras copas, yo cogí la fuente con el estofado caldoso y me serví dos cucharones en el cuenco que reposaba sobre el plato plano.

—¿Quieres? —Se lo ofrecí.

—Sí. —Cogió la fuente—. Cuando hace frío, este caldo es lo que mejor sienta.

—Estoy de acuerdo —le confirmé llevándome una cucharada a la boca—. Mmm… tienes que dejar que Lily se venga conmigo una buena temporada. Está delicioso.

Mi padre sonrió de medio lado y no tardó en probar el estofado, dando su aprobación.

Bebí un sorbo de vino y continué comiendo. En silencio, no paré hasta que dejé el cuenco vacío. Lo aparté a un lado para servirme un poco de puré que puse a un lado del plato plano y terminé rellenándolo con dos endivias gratinadas. No eran muy grandes, tenían el tamaño perfecto.

—¿Te ha sentado bien la ducha? —Me interesé.

—Me ha dejado como nuevo —afirmó.

—Me alegro. —Hice una pequeña pausa.

Dejé el tenedor apoyado en el plato, después de probar un trozo de envidia y el puré, los que también estaban exquisitos.

—Te he visto cansado y no es normal en ti, papá —comenté.

—Últimamente, tengo mucho ajetreo —negó pensativo, sin parar de comer.

—Pero siempre lo has tenido, desde que tengo uso de razón, la mayor parte de los días estás ocupado con cosas relacionadas con tu empresa.

—¿Cómo está tu madre?

—¿Eh?

El cambio de tema, el giro tan grande que acababa de darle a la conversación, me dejó desconcertada y asombrada. Ese fue uno de los motivos por el que no supe qué decir, otro era que mi padre nunca me preguntaba por mi madre. Y cuando digo nunca, es que jamás lo había mencionado hasta ahora.

—Tu madre, ¿cómo está? —repitió.

Me lo quedé observando durante unos largos segundos, analizando su expresión. No conseguí descifrar nada porque se mantuvo imperturbable.

—Perdona… —Sacudí la cabeza— No esperaba que… quiero decir. —Carraspeé.

—Ya sé que te he pillado desprevenida. —Se limpió la boca con la servilleta y buscó mi mirada—. Será que ya estoy mayor porque desde hace un tiempo pienso demasiado en todo.

—Todavía eres joven, papá.

—Me conservo bien, que es diferente.

—Mi madre está bien —le contesté lo que quería saber—. Tranquila, haciendo su vida —asintió—. ¿A qué viene tu interés?

—No lo sé.

Elevé las cejas, viendo cómo se pasaba una mano por el pelo y se echaba hacia atrás, para apoyar la espalda en el respaldo.

—Me atormenta el arrepentimiento de todas las cosas que he hecho mal, Ivy. —Volvió a buscar mi mirada y se la sostuve.

—¿Qué te pasa? Te noto muy raro, papá. ¿Estás enfermo? ¿Por eso me dijiste que me necesitabas? Si es así, no dudes de que me quedaré contigo el tiempo que haga falta. No voy a dejarte solo.

—Gracias, sé que lo harías si fuese necesario. Pero no es el caso, de salud estoy bien, hija. No quiero que te preocupes —me pidió agarrándome la mano por encima de la mesa—. El problema es que ya hace bastante que la soledad me pesa mucho y siento que la tristeza va consumiéndome lentamente. Es una sensación extraña que va apagándome.

—Pero… no lo entiendo. ¿Por qué? Tienes la vida que siempre has querido, y si estás solo es porque quieres. Te rodean muchas personas y en el plano personal… Eres atractivo, no te falta nada y sé que podrías tener a cualquier mujer que desearas. Te recuerdo que he salido contigo muchas veces de esta propiedad y he visto con mis propios ojos cómo a muchas se les van detrás de ti.

—No soy un santo, he tenido lo que he querido. Tienes razón, pero hace más de un año que no me llena tener relaciones esporádicas que no me llevan a ningún lado.

—Estás pasando por una mala época —le presioné la mano—, pero seguro que pasará y entonces lo verás de forma diferente.

—¿Tu madre me ha perdonado?

Ladeé la cabeza, pensando en la respuesta detenidamente.

—Lo ha hecho —dije convencida—. Aunque eso no quita que se ponga nerviosa y en alerta cada vez que sales en nuestras conversaciones.

—Le hice mucho daño. —Sacudió la cabeza, pensativo.

—Tú, mejor que nadie lo sabes —dije, y nos quedamos en silencio, observándonos fijamente. Hasta que volví a hablar—. Si no me necesitas porque estás enfermo, lo que me alegra muchísimo y me alivia, no te imaginas cuánto… lo de que me necesitas ¿me lo dijiste porque pretendes que suavice la situación entre vosotros?

—Nunca te pediría que intercedieras en algo así. Tanto tu madre como yo siempre hemos evitado a toda costa que te vieras involucrada en nuestros asuntos. Por eso ella tomó la decisión de dejarme.

—Si no me equivoco, se lo pusiste muy fácil para que eligiera esa opción.

—Vuelves a tener razón. —Miró por encima de mi hombro, con la vista perdida.

—No comprendo la manera en la que te estoy viendo —negué—. Me estás asustando.

—Cuando te comenté que te necesitaba era para un tema de mi trabajo —dijo por fin y fruncí el ceño.

—¿A qué te refieres? ¿Qué tengo que ver yo con tu empresa?

—Algún día la heredarás, junto a todo lo que poseo. Ese día podrás hacer lo que quieras con ella. Eso es lo único que te vincula con mis negocios.

—Ahora estoy más perdida. —Hice una mueca—. Hemos pasado de hablar de mi madre a herencias y a favores de tu trabajo. —Bufé.

—Solo hay una empresa que está nivelada con la mía en poder.

—¿Tu gran enemiga, como me has comentado algunas veces? —le pregunté y asintió— ¿Va bien la empresa, papá? ¿Tienes problemas con ella? ¿Es eso? ¿Crees que la vas a perder o…?

—Es una lucha constante, mantenerla a la altura del mercado y de las competencias, pero funciona como siempre. Sigue aportándome una gran cantidad de beneficios y todas las delegaciones continúan al cien por cien de la producción.

—¿Entonces? ¿Cuál es el problema?

—Estoy intentando cerrar un acuerdo muy importante, Ivy, uno que si lo consigo puede hacerme ganar millones de euros. Ese es mi propósito.

—¿No tienes suficiente con todo lo que tienes? —Agrandé los ojos—. ¿Por qué calentarte la cabeza si dispones de más dinero del que puedes gastar?

—Porque la reputación de mi empresa está en juego y se vería muy afectada.

—¿Y el acuerdo va mal?

—Ahí entras tú. —Fruncí el ceño, sin comprenderlo.

—¿Yo?

—Esa empresa que hemos mencionado, mi competencia directa, el otro titán a nivel empresarial mundial, está luchando por el mismo objetivo. Trabajamos en el mismo sector y sé que ellos están consiguiendo avanzar en las negociaciones que tienen paralelas a la par que yo.

—¿Y por qué entro yo en eso?

—Dentro de unos días se celebra una fiesta a la que asistirán todos los empresarios importantes de Bélgica, los más relevantes. Atraerá muchas

miradas. En ella estará el propietario con el que llevo años luchando. Necesito que vayas y te acerques a él.

—¿Cómo? —Jadeé—. ¿Qué me estás pidiendo?

—Lo que has oído, que te acerques a él y provoques que quiera volver a verte. —Agrandé los ojos.

—Papá… —Carraspeé.

—No tienes que hacer algo que no quieras, no voy por ahí. —Intentó tranquilizarme, pero no le sirvió de nada—. Por si te interesa, te estoy hablando de un hombre más joven que yo que está de muy buen ver. —Arqueé una ceja—. Es solo unos años mayor que tú.

—¿Y ya ha conseguido tanto?

—Es un cerebrito, por decirlo de alguna forma. —Se encogió de hombros —. Nació con un don innato para los negocios y llevó en tiempo récord a lo más alto la empresa que creó.

—Vaya…

—Solo necesito que te aproximes a él, que estés atenta por si puedes averiguar con qué personas que se mueve. Si consiguieras darme algún dato que pudiera ayudarme para ponerme por encima de él en la negociación que ambos queremos conseguir…

»Tú misma me has dicho que me ves cansado y lo estoy, hija, más de lo que quiero admitir. No sé si podré aguantar durante más tiempo tanta intensidad, necesito descansar y empezar a tomármelo todo con más calma.

—¿Tan importante es para ti conseguir ese negocio? Ya sé que me has dicho lo que te aportaría económicamente, pero no lo necesitas.

—Llámalo orgullo o que me lo he tomado como algo personal, pero sí, para mí es fundamental porque siento que será lo último que haga.

—Joder, eso ha sonado fatal. ¿Seguro que estás bien, papá?

—Cansado y replanteándome mi vida, es lo único.

—No sé qué decir —negué—. Es que… ¿Qué hago? ¿Voy a esa fiesta y me tiro encima de ese hombre?

—Se llama Lars —me aclaró y arqueé una ceja.

—Ajá… perdona, pero me importa una mierda su nombre. —Puse los ojos en blanco. Mi padre frunció los labios, conteniendo la diversión—. ¿Cómo pretendes que me acerque a él? Si tiene tanto poder como tú, estará rodeado de seguridad en una fiesta como la que has mencionado.

—Dentro, una vez pasado el control de seguridad, cada uno iremos por libre.

—¿Tú también asistirás?

—No puedo faltar, soy uno de los invitados de honor.

—Estupendo —solté un suspiro—. ¿Y quién te dice que no sabrá desde el principio que soy tu hija? Si se da cuenta, estará todo perdido desde el principio y encima se sentirá ofendido y engañado por mi intervención. —Arqueé una ceja—. No es por nada, pero nos parecemos bastante.

—No es verdad. En carácter y personalidad sí, pero físicamente eres la viva imagen de tu madre. —Me acarició la mejilla con cariño y ladeé la cabeza para sentir más su contacto—. Es imposible que nadie sepa lo que nos une. Siempre que has viajado a Bruselas, me he encargado

personalmente de que no tomaran ninguna fotografía de ti, sola o conmigo, como también he cuidado de que no saltaran noticias.

»Estás fuera de mi mundo, he mantenido a toda costa tu privacidad y te he protegido a través de mis contactos de confianza, sin darles detalles de tu identidad. He actuado tal y como le prometí a tu madre y porque también es lo que siempre he querido yo.

»Además, hace muchos años que tu madre te cambió el orden de los apellidos por ese mismo motivo. Estuve de acuerdo porque, desde que supimos que venías a este mundo, ambos quisimos facilitarte las cosas. Ella lo hizo en cuanto pudo legalmente, te puso su apellido el primero y ese detalle que parece simple, es lo suficientemente significativo como protección.

»Has pasado desapercibida toda tu vida, has vivido tranquila y en paz, porque si en alguna ocasión se hubiera llegado a saber que eres mi hija, los medios españoles e internacionales no te hubieran dado un descanso. Habrías estado en el foco de la actualidad por cualquier motivo.

—Ya podrías haber sido panadero. —Bufé, provocando que sonriera de medio lado.

—Algún día agradecerás todo lo que he conseguido y tengo.

—Lo dices como si te quisiera únicamente por tu dinero. —Fruncí el ceño —. Me importa una mierda todo el lujo que te acompaña y las cantidades desorbitadas que tienes en los bancos —negué—. Eres mi padre, te querría de cualquier forma.

—Gracias, hija. Te conozco y lo sé, pero me honra escucharte decirlo. —Soltó el aire despacio—. Entonces…

—Déjame pensarlo. —Carraspeé—. No se trata solo de asistir a una fiesta y tropezar con un hombre con una intención clara, siento que el engaño para conseguir el propósito que quieres, el que perjudicará directamente a ese hombre, tendrá un costo demasiado alto para mí.

—Lo entiendo —asintió—. Tómate el tiempo que necesites.

—¿Cuándo es la fiesta?

—El jueves de la semana que viene.

—Pues menuda mierda de tiempo, lo tenemos casi encima. —Agrandé los ojos y fruncí los labios—. ¿Y si no consigo lo que necesitas? —Me mordí el labio inferior—. Si decido ir a esa fiesta y acercarme a ese hombre, en el hipotético caso que lo logre, puede que no obtenga la información que quieres. No creo que hable delante de mí de negocios y dudo que, si surge la posibilidad de quedar otro día, me acerque a sus rutinas tanto como para escuchar o ver algo de tu interés.

—No adelantes preocupaciones. Si volvéis a quedar, si lo vuestro parece que avanza, tendrás acceso a pasar más tiempo con él y hay una gran posibilidad de que oigas y veas esas cosas de las que dudas.

—¿Has hecho esto más veces? —pregunté sorprendida.

—No. Es la primera vez.

—Tienes a muchas personas a tu cargo especializadas, ¿por qué yo?

—Porque eres una mujer preciosa —elevó las dos cejas, como si estuviera diciendo algo obvio—, y es difícil resistirse a ti. Sobre todo, cuando te das a conocer. No te estoy pidiendo que le robes nada, solo que escuches aquí y allá y me lo digas.

—Eso también se considera robo de información —solté un suspiro—. ¿De cuánto tiempo dispondría? Quiero decir… si acepto y da la casualidad de que después de la fiesta, ese hombre quiere quedar conmigo y entro de alguna forma en su vida, ¿cuánto tiempo hay hasta que se cierre el trato por el que estáis luchando los dos?

—No puedo darte una respuesta, es incierto. Pero cuando quisieras dejarlo, solo tienes que alejarte de él y ya está.

—Mmm… —dije pensativa.

Cogí la copa y vacié todo el vino en la garganta. Mi padre me la rellenó y volví a beber de la misma forma.

—Vamos a terminar de comer —me propuso como si nada.

Se me había cerrado el estómago por los nervios. Bajé la mirada al plato y al ver el puré y las endivias, hice una mueca, a pesar de que ambas comidas estaban deliciosas.

—¿Alguna vez te has arrepentido de separarte de mi madre? —le pregunté entre susurros.

—Muchísimas veces.

Levanté la cabeza de golpe, encontrándome con su mirada atormentada. Tragué saliva, haciéndome infinidad de preguntas que en este instante no me atreví a pronunciar.

Capítulo 8



—Hola, mamá —la saludé al descolgar su llamada.

—Hola, cariño. ¿Cómo estás?

—Estupendamente. —Sonreí—. Ahora mismo, acurrucada, cómoda en la mecedora de la terraza de mi habitación.

—¿No vas a coger frío?

—Estoy tapada con una manta.

—Ah, vale. —Fruncí los labios.

—¿Cómo estás tú?

—Bien. Hoy he dedicado la mañana a limpiar el piso y por la tarde he vuelto a quedar con Inés.

—Genial. Me encanta que te lo pases bien.

Eran las ocho y media de la noche del mismo día que había llegado a Bruselas. Después de comer con mi padre y de alargar la sobremesa tomando té y café, nos retiramos a nuestras habitaciones a descansar. Sobre

las cinco volvimos a encontrarnos y salimos a pasear por los jardines. En esa ocasión fui preparada con una chaqueta acolchada.

Cuando nos cansamos, pasamos el resto de la tarde hablando en uno de los salones, al calor del fuego de la chimenea. Después, nos separamos por un rato, y, ya a solas, aproveché para darme un baño y ponerme cómoda con el pijama.

La cena debía estar lista hacia las nueve, así que todavía me quedaba un rato para tomármelo con calma, por lo que aproveché para salir a la terraza. A pesar del frío que hacía, con la manta se estaba de maravilla.

Normalmente, allí cenaban entre las siete y las siete y media, pero siempre que yo iba de visita retrasaban los horarios de las comidas para que fueran más acordes con mis costumbres. Hasta en eso me daban el capricho, aunque a mí no me importaba tener que comer o cenar antes. Ya no me molestaba en decirlo porque todas las veces anteriores en las que insistí sobre el tema, me ignoraron directamente.

—Ya he hablado con mi padre —le dije.

—¿Sí? ¿Y qué quiere?

—Mmm… que sea su acompañante en una fiesta que se organiza la semana que viene. En ella se reúnen todos los empresarios importantes y de éxito de Bélgica.

—Pero…

—No sabrán que soy su hija, mamá. Quédate tranquila, mi tapadera seguirá intacta, como hasta ahora —le aseguré con tono de humor—. Esta tarde, mientras dábamos un paseo por los jardines, me ha asegurado que la única prensa que habrá estará en la entrada. Es una fiesta totalmente privada, a puerta cerrada.

»Llegaremos por separado, a mí nadie me prestará atención. Todos los focos estarán puestos en los empresarios de renombre y en sus parejas, si se mantienen junto a ellos. Papá, nunca me pondría en el punto de mira para que especularan sobre mi relación con él, lo sabes.

—Menos mal —soltó un suspiro—. Solo faltaría que te vincularan a tu padre como una novia o un interés amoroso de cualquier tipo. —Bufó y me reí.

—Mmm… con lo bueno que está no me importaría —dije con humor.

—¡Ivy! —Se sobresaltó y solté una carcajada.

—Tienes muy buen gusto, mamá. —Sonreí—. Supiste elegir perfectamente.

—Ojalá hubiera durado —susurró.

El silencio que acompañó a sus palabras me indicó que se había dejado llevar por una reacción espontánea, como si hubiese sido un pensamiento que no debía exteriorizar para mantenerlo solo para ella.

—Por aquí todo está como siempre. —Continué sin darle importancia, para ayudarla a salir de la situación.

—Me alegro, cariño.

—Marie y Lily han vuelto a preguntarme por ti, te recuerdan con mucho cariño. Bueno, en realidad es así con todos.

—Dales recuerdos de mi parte. —En su voz destacó la añoranza.

—Lo haré.

—Así que a una fiesta.

—Ajá. ¿Ves como no tenías de qué preocuparte?

—Sí. —No la veía, pero sabía que estaba sonriendo—. A veces… a veces pienso muy mal de tu padre —soltó un suspiro—. Lo siento.

—No tienes que disculparte, mamá, tus vivencias son tuyas. Jamás me has dicho cosas malas de él para ponerme en su contra, a pesar de lo mal que lo pasaste cuando os separasteis.

—No podía hacer eso, como dices, es mi historia. Independientemente de lo que me afectó, él es tu padre y te quiere, no tenía ningún derecho a alejaros más. No me lo hubiera perdonado a mí misma nunca.

—Lo sé. —Sonreí con cariño—. Por eso eres la mejor madre del universo.

—Oh, no me hagas la pelota. —Se hizo la ofendida y volví a reírme.

—Si tú lo dices… según yo estoy diciendo una gran verdad.

—No has ido preparada.

—¿Qué quieres decir?

—Que, si tu padre te hubiera dicho desde el principio lo de la fiesta, habrías echado ropa y calzado para la ocasión.

—Ah… supongo que no quedaría muy bien presentarme en vaqueros, con un jersey de lana y unas botas.

—¡Por lo que más quieras, Ivy! —Jadeó, provocándome una carcajada.

—Me he traído un pijama monísimo que todavía no he estrenado.

—¡¡Ni se te ocurra!! ¡No estás en España! Aunque pases desapercibida para la prensa, en esa fiesta todas las personas que asistan irán vestidas muy elegantes. Yo te compro un vestido que vaya acorde con la ocasión, el lunes sal por Bruselas para buscarlo. Ya me dirás cuánto te ha costado.

—No voy a hacer eso, me refiero a aceptar que me lo pagues tú —le aclaré porque estaba a punto de saltar otra vez.

—Hija, nunca me pides nada. Quiero regalártelo.

—Regálame otra cosa cuando esté en España, lo que te apetezca, pero ese vestido y los complementos, me niego. Serán caros y también tendré que comprarme unos zapatos. ¿Te acuerdas la última vez que me puse unos de tacón fino? —Fruncí los labios, conteniendo la diversión.

—¡Oh, por Dios! Eso va a salir muy mal —dijo seria y preocupada, pero terminamos las dos riendo.

Durante unos largos segundos ninguna de las dos pudimos parar de reír. Os podéis hacer una idea de lo que nos provocaba tanta diversión, en esa última vez que he mencionado, parecía que iba borracha subida a unos tacones a los que ni por asomo estaba habituada.

—Ya me las apañaré para no hacerme un esguince —comenté con humor, cuando me tranquilicé.

—Empieza a practicar en cuanto te los compres —me pidió.

—Qué remedio. —Bufé—. Te dejo ya, mamá. La cena debe estar servida.

—Vale, cariño. Que aproveche y que termine bien el día.

—Igualmente. Te quiero.

—Yo también te quiero. Disfruta.

Colgué la llamada, guardándome para mí los detalles concretos del motivo por el que iba a la fiesta. No quería preocuparla, además, no tenía mayor importancia. Al menos eso quería creer.

Me levanté de la mecedora rodeándome bien el cuerpo con la manta y en cuanto entré en la habitación, cerré la corredera y dejé sobre la cama el teléfono y la manta, para caminar hasta la puerta.

En el pasillo, miré hacia la derecha, hacia donde mi padre tenía su habitación. La puerta estaba abierta, señal de que ya estaba esperándome en la planta principal. Me dirigí hacia la escalera y la bajé silenciosa, porque como zapatillas llevaba puestos unos calcetines gruesos para el suelo.

—Me he retrasado —le dije a mi padre. Lo encontré en la entrada del comedor hablando con Louis—. Estaba al teléfono con mi madre.

—Tranquila —asintió.

—¿Te quedas a cenar con nosotros? —le pregunté a Louis.

Mi padre frunció los labios por el tono que utilicé, ambos sabíamos cuál sería la respuesta de Louis.

—Lo lamento, ya he cenado, Ivy —respondió serio, pero debajo de su seriedad detecté una pizca de diversión contenida.

—Vaya, qué pena. —Hice un puchero.

—Seguro que a Louis le gustará tomarse una copa con nosotros cuando terminemos —comentó mi padre.

—Por supuesto, señor —asintió él.

—Perfecto. —Di una palmada—. Nos vemos dentro de un rato.

Louis me hizo un guiño antes de dejarnos solos. Mi padre me pidió que entrara la primera al comedor y lo hice seguida por él, yendo a la mesa que ya estaba servida con otras comidas deliciosas.

Por lo primero que me decidí fue por una sopa apetitosa, de la que me eché varios cucharones en el plato hondo.

—Se me ha pasado decírtelo —comenté mirándolo—. El viernes que viene llegarán mis amigas: Paula y Bea.

—No tienes que avisarme, sabes que tienen las puertas abiertas siempre que quieran venir. Louis te llevará al aeropuerto y os traerá hasta aquí —me respondió y sonreí—. Me alegro, te harán compañía. ¿Has pensado cuánto tiempo estarás aquí? Imagino que ellas regresarán a España el domingo —asentí.

—No, y menos después de lo que voy a hacer.

—Por mí puedes quedarte meses, o volver a España solo de visita. —Me hizo un guiño—. ¿Sigues pensando lo mismo que esta tarde cuando dábamos un paseo por los jardines, o has cambiado de opinión en lo de ir a la fiesta?

—Te ayudaré en lo que pueda —le confirmé encogiéndome de hombros —. No te prometo nada, quizá me salga fatal y no consiga ni una mínima cosa de la que esperas. Eso si sirve de algo mi presencia en esa fiesta.

—Gracias, hija.

—Te advierto que lo mío no es espiar —le dije con humor.

—Con que provoques un encuentro con ese hombre, me doy por satisfecho. Confío en tus capacidades.

—Me tienes mucha fe —negué.

—Estaré pendiente de ti, aunque esté rodeado de personas.

—Preferiría que no —solté un suspiro—. Si sé que no me quitas los ojos de encima, me pondrás mucho más nerviosa de lo que ya estaré. —Hice una mueca—. Por cierto, no he venido preparada desde casa para una fiesta de ese tipo, aunque dudo que tenga en el armario de mi piso ropa adecuada del estilo que imagino que todos iréis.

—No te preocupes por nada, yo me encargo. La semana que viene entretente paseando por las calles principales de Bruselas, para encontrar todo lo que necesites y se te antoje.

—Papá, te recuerdo que trabajo y que me va muy bien, así que puedo costeármelo todo yo.

—O lo aceptas, o te encontrarás encima de la cama un vestido y los complementos a mi elección.

—Mmm… sois muy pesados.

—¿Quién más?

—Mi madre. —Sonreí—. Le he quitado la idea de regalarme el vestido.

—No voy a permitir que ella o tú os hagáis cargo del coste de todo lo que quieras para la fiesta —negó serio—. Hija, tú misma lo has dicho este mediodía, me sobra el dinero.

—Suerte que tienes. —. Puse los ojos en blanco.

—Sabes que no me han regalado nada.

—Era un decir. —Sacudí la cabeza.

—Lo sé. —Sonrió de medio lado—. Y espero que tú recuerdes que puedes aprovecharte de mí todo lo que se te antoje, no solo en esta ocasión —fruncí los labios.

En silencio, comenzamos a cenar. Todo lo que probé me supo a gloria y no escatimé en provocar a mi padre de nuevo, diciéndole varias veces que iba a raptar a Lily para llevármela conmigo a España.

Disfrutamos de una cena relajada y cuando terminamos salimos del comedor para ir al salón, donde ya nos esperaba Louis sentado en un sillón. Hizo el intento de levantarse cuando nos vio, pero mi padre lo paró.

—¿Ginebra? —nos preguntó a Louis y a mí.

Él se lo confirmó sin la necesidad de decirle cuál de ellas quería tomar. Mi padre y Louis, muchas veces, terminaban los días bebiendo una copa relajadamente.

—Yo la quiero con sabor a chocolate —le pedí.

—Buena elección. —Me hizo un guiño mi padre.

Me puse cómoda en el sofá, mientras él iba hasta el minibar que adornaba una parte del salón. Puso sobre la pequeña barra tres vasos a los que le echó hielo y en dos de ellos vertió la misma ginebra. El mío fue la excepción al elegir el de sabor a chocolate que tenía una textura más cremosa.

En ese país, Bélgica, la bebida por excelencia, la que estaba considerada como nacional, era la cerveza en todas sus variedades. Pero en igualdad la acompañaba la ginebra como otra opción nacional importante. Muchos comercios estaban especializados en esta bebida, al igual que en los mercados que había durante todo el año no faltaban los puestos donde las vendían.

La primera vez que probé la ginebra de aquí me di cuenta enseguida que no tenía nada que ver con la que conocía de España. La realidad era que había muchísimas diferencias, tanto en sabores como en texturas. En Bélgica hacían un arte de la creación de esta bebida, de hecho, existían varias denominaciones de origen protegidas por la exclusividad que tenían.

Las había tradicionales, las reconocidas como viejas o nuevas, dependiendo del proceso de producción. También estaban las de sabores, como la de chocolate que iba a beberme yo, o de almendra, frambuesa, melón, limón, naranja, y una larga lista más.

Podías tomártela según tus preferencias, más liquidas, cremosas, dulces o con un toque de amargo. De hecho, muchos de los belgas combinaban las dos bebidas nacionales, era muy típico pedir jarras de cerveza y que en el interior hubiera un chupito de ginebra, para mezclar los sabores y disfrutar de ambas. Esto también sucedía en Holanda, pero con otra forma diferente de presentación.

La ginebra, además, estaba vinculada a la cultura del café. Te la servían en las cafeterías, en vasos pequeños, cuando te pedías cualquier tipo de café. Hay una tradición detrás de esto, el vasito de ginebra siempre lo llenaban hasta el borde, de forma que el primer sorbo tenías que beberlo sin levantar el vaso de la mesa para que no se derramase ni una gota.

Y si daba la casualidad de que cuando te servían la ginebra, coincidía que era el final de la botella y no había suficiente para llenar el vaso, el camarero te invitaba cortésmente a otro café. Esto sucedía en la región

flamenca y en Holanda, lo que no sé, si en todos los locales o solo en los más tradicionales.

—Gracias —le dije a mi padre cuando me ofreció mi vaso.

Se sentó a mi lado en el sofá, después de darle a Louis el suyo.

—Esconde la botella —le pedí con diversión después de dar el primer sorbo, porque era un pecado al paladar.

Louis y mi padre rieron, aunque sabían que debían tener muy en cuenta mi advertencia.

—Está deliciosa —les confirmé.

—Salud —dijo mi padre y los tres levantamos los vasos, para beber después—. Louis, el jueves por la noche Ivy me acompañará a la fiesta —le informó mi padre—. Pero llegaremos por separado.

»Tú te encargarás de llevarme a mí hasta la entrada del hotel donde se celebra y a ella la dejaremos en la calle que elijas, en la que estará esperándola un taxi. Tú decides la que es más segura y en la que pasaremos más desapercibidos.

—De acuerdo, señor —asintió él.

—Por otro lado, al día siguiente, el viernes, las amigas de mi hija llegarán al aeropuerto. Vienen a pasar el fin de semana con ella. Llevarás a Ivy a la terminal para recogerlas y las traerás aquí. Después, según la hora que sea, si estoy en la empresa, podrás venir a buscarme. Sin prisa, esperaré lo que haga falta.

—Está bien, señor —volvió a asentir.

—Así me gusta, bien coordinados —les dije antes de volver a beber. Ambos me miraron sonriendo y les hice un guiño—. ¿Y cómo regresaremos de la fiesta? ¿Dónde nos encontraremos? —le pregunté a mi padre.

—Lo haremos exactamente igual que al ir. Sabré cuando quieras irte y lo harás en taxi, para dirigirte a la misma dirección donde te montaste en el otro para ir a la fiesta. Louis y yo nos adelantaremos para llegar primero. Estaremos allí para regresar a casa los tres juntos, no tendrás que esperar ni un segundo sola de noche en la calle.

—De acuerdo. —Le sonreí.

—Lo organizaré todo —comentó Louis—. Mañana sabré la zona y la calle exacta.

Capítulo 9



—Cuando termines y estés lista para regresar, avísame y estaré aquí mismo —me dijo Louis.

—De acuerdo —asentí.

—Que vayan bien las compras. —Me deseó, sonriendo.

—Eso espero —solté un suspiro—. A ver si encuentro todo lo que quiero.

—Seguro que sí, además, cualquier vestimenta que elijas te quedará perfecta.

—Ay, gracias. —Me colgué de su cuello y lo abracé, haciéndolo reír—. Si veo que me retraso mucho, te envío un mensaje para decirte que comeré por aquí.

—Perfecto.

Cuando nos despedimos, él se montó en el coche y yo me quedé en la acera. Lo vi alejarse conduciendo y empecé a caminar. Louis me había dejado en una calle poco transitada, él lo había preferido así para no llamar la atención y la verdad es que yo estaba encantada porque me apetecía dar un paseo por el centro de Bruselas, antes de empezar con las compras.

Hacía un día estupendo de sol, aunque no calentaba lo suficiente para no notar el frío. Enseguida empecé a ver comercios de todo tipo y, a pesar de que era lunes, día laboral, había bastante movimiento por las calles. Me mezclé con la gente y me paré en la primera cafetería que vi para comprarme un café para llevar.

Nota importante, no me ofrecieron el vasito de ginebra, todo un detalle porque tan temprano habría sido un desastre. Continué mi recorrido tomándome el café, mientras admiraba las fachadas de los edificios, el suelo adoquinado, la elegancia y el magnetismo que transmitía la esencia medieval.

Esa mañana no había coincidido con mi padre, siempre se iba a trabajar muy temprano, pero sí había sabido de él. Cuando me levanté, después de darme una ducha y arreglarme, bajé a desayunar a la cocina. Si mi padre no estaba, ese era mi lugar preferido para comer, en compañía de Lily y de Mathilde, y de Marie o cualquiera que apareciera.

Cuando entré en la cocina, Lily ya tenía mi desayuno preparado, me lo encontré colocado en la isla central. Junto al zumo, la taza de café y el plato con tostadas, me encontré una tarjeta bancaria que pertenecía a mi padre. Debajo de ella había una nota escrita por él, en la que me decía que la utilizara sin miedo para comprarme todo lo que se me antojara, que no escatimara y que disfrutara de la mañana de tiendas.

El día anterior me entretuve buscando tiendas de ropa en las que vendieran lo que tenía en mente, y localicé algunas en las que creía que encontraría todo lo que necesitaba. Le pedí opinión a mi padre y estuvo de acuerdo con mis elecciones porque todas las que le comenté se concentraban en la misma zona, por lo que iba directa a la primera que estaba más cerca.

Lo de más cerca era un decir, porque al menos tenía que caminar unos diez minutos para llegar. Según me dijo mi padre, la avenida Louise era el mejor lugar para perderme. Se caracterizaba por el lujo y las compras de

alto nivel adquisitivo, siendo una de las calles más prestigiosas y caras de la ciudad.

A lo largo de ella, en ambos sentidos, destacaban los continuos escaparates de las tiendas y las *boutiques* más exclusivas y elegantes de Bruselas. Como también te encontrabas con varias de las mejores chocolaterías.

Con la mano libre, saqué el móvil del bolso y sonriendo, entré en la aplicación de mensajes para escribirles a mis amigas.

Ivy: *Buenos días, preciosas. ¿Cómo va el inicio de semana? Hace un día increíble, ¿verdad? Cómo os gustaría estar ahora mismo conmigo, estoy paseando por las calles de Bruselas y voy directa a ver tiendas.*

Le di un sorbo al café, mientras esperaba por si se ponían en línea. Tanto Paula y Bea estaban trabajando, pero eso no les impidió aparecer. Mi sonrisa se amplió.

Paula: *Ya te digo, ¡ojalá estuviera contigo! Me alegro de que sea un buen día para ti, para mí es una mierda. Me he dormido, he tenido que correr para no llegar muy tarde al trabajo, cuando he bajado al aparcamiento, me he encontrado que tenía una rueda desinflada. He tenido que llamar a mi jefe para decirle que me retrasaría, que el lunes se había puesto en mi contra y que tuviera clemencia conmigo.*

»Un desastre hace media hora que estoy en mi puesto de trabajo, me duele la cabeza, tengo frío y muy mala leche. ¿Qué os parece? Estoy hasta las narices de este lunes, y para colmo la cafetera de la oficina se ha estropeado y me he quedado sin café. Os envío un grito que espero que os llegue alto y claro. Me cago en todooo…

Ivy: *Mmm… seguro que a partir de ahora mejora.*

Paula: *Me encantaría tener tu optimismo.* —Añadió varios emojis con caras de pena—. *Aprovecha tú que puedes, ¿tienes en mente comprarte*

algo?

Bea: *¡Holaaa…! Paula, cariño, declárate en huelga hoy. Ivy, me alegro mucho de leerte tan animada.*

Ivy: *Gracias, lo estoy. Desde que llegué no habéis sabido nada de mí, porque he estado todo el fin de semana con mi padre. Quería hablaros con calma. Ya le he dicho que vendréis el viernes, iré al aeropuerto a recogeros con Louis.*

Bea: *Habéis estado mucho tiempo sin veros, es normal que quisieras centrarte en él.*

Paula: *Mola, tendremos un chófer particular. Ja, ja, ja… ¿Tu padre nos va a acoger con los brazos abiertos? ¿Está preparado para que lo volvamos loco?*

Ivy: *Por supuesto. Ja, ja, ja… le alegró cuando se lo dije. Por otro lado, tengo algo que contaros. Ya sé lo que quería de mí y es el motivo por el que hoy voy a gastarme mucho dinero suyo.*

Bea: *¿Eso qué quiere decir?*

Paula: *¡Qué más da! Va a comprarse todos los caprichos que se le antojen. ¿Le puedes decir a tu padre si quiere adoptarme? Véndeme bien y dile que soy una hija excelente.*

Solté una carcajada, después de terminarme el café. Lancé el vaso a una papelera y continué caminando. Estaba cerca de la avenida.

Ivy: *Que conste que de una forma muy refinada, me ha obligado a no utilizar mi dinero. Resulta que quería proponerme que fuese a una fiesta que se organiza este jueves por la noche, a la que asistirán todos los empresarios importantes de Bélgica. Mi padre es uno de los invitados de*

honor. He salido para comprarme un modelito que vaya acorde con la fiesta, a ver qué encuentro porque también necesito zapatos, un bolso y algún complemento más.

Paula: *Joder, qué bien suena. Y yo haciéndome teorías de lo que fuera a decirte. Ja, ja, ja…*

Bea: *Piensa también en un abrigo, porque no creo que te sirvan los que te has llevado.*

Ivy: *Es verdad, no me acordaba de ese detalle y con el frío que hace, y el que hará por la noche…*

Paula: *Nena, a ver si se te olvida lo más importante y al día siguiente, cuando lleguemos, eres un bloque de hielo.*

Ivy: *Tranquila, aun así, Louis cargaría conmigo para llevarme al aeropuerto. Ja, ja, ja… Sobre la fiesta… no iré acompañando a mi padre.*

Bea: *¿Cómo qué no?*

Paula: *A ver que me entere porque con el día que llevo… ¿Estás diciendo que te ha pedido que vayas a esa fiesta de lujo en la que él también estará y que iréis por separado? ¿Qué sentido tiene eso? Me he perdido y no tengo ni un mísero café al alcance para que se me aclaren las ideas.*

Ivy: *Me ha pedido que haga algo por él allí. Ya sabéis que mis padres han protegido siempre mi privacidad, nadie sabe que soy la hija del gran Jules Janssens, y continuará siendo de esa forma.*

Paula: *Vale, eso lo entiendo y lo respeto mucho, pero ¿qué mierda tienes que hacer en la fiesta?*

Bea: *Iba a preguntar lo mismo.*

Ivy: *Tengo que provocar un encuentro con su máximo enemigo en los negocios, para acercarme a él. Mi padre me explicó que los dos están luchando para conseguir un acuerdo o contrato, no lo sé muy bien porque no le pregunté, pero por ahí va el tema. El que lo logre obtendrá beneficios millonarios y le dará más excelencia a su empresa.*

» Mi padre quiere que me acerque a ese hombre para obtener la información que pueda. Él está convencido de que después de la noche del jueves volveré a saber de él y quedaremos. No tengo ni idea de cómo irá o si conseguiré lo que quiere, pero tampoco me supone mucho intentarlo en la fiesta. Solo voy a acercarme a ese hombre, a entablar conversación y a estar pendiente de las personas que se le acercan, así como lo que pueda escuchar.

Paula: *Joderrr… ¿Desde cuándo te has convertido en una espía? Porque eso suena…*

Ivy: *No es para tanto, ja, ja, ja… sé cómo suena, un poco fuerte y raro, pero teniendo en cuenta la grandísima posibilidad de que fracase rápido el jueves por la noche…*

Bea: *¿Cómo se llama ese hombre?*

Ivy: *No me acuerdo muy bien, no le presté atención a mi padre cuando me lo dijo. Algo así como Laris.*

Paula: *Si me pinchan ahora mismo, no sangro, ja, ja, ja… perdona, pero no te veo en esa situación, ¿eh?*

Ivy: *Ni yo. No sé ni cómo me dio por aceptar, y encima rápido. Pero da igual, ahora voy a comprarme un vestido impresionante y todo lo demás que necesite para estar divina. Iré a esa fiesta, intentaré pasármelo bien en un ambiente que desconozco totalmente, y del resto se encargará el vino o las bebidas que sirvan los camareros.*

Bea: *Madre mía, menos mal que llegamos el viernes y estaremos juntas para hablar del tema. Por cierto, Paula, ve mirando los billetes de avión. He hablado con mi jefe esta mañana, nada más llegar he ido a su despacho para decirle que necesitaba el viernes libre. ¡Nos vamos a Bruselas!*

Paula: *Ole ahí, te como la cara.*

Ivy: *Yo lo daba por hecho ya. Ja, ja, ja… Os dejo, chicas. Acabo de llegar a la avenida, voy a entrar en la primera tienda. Espero que se te arregle el día, Paula. Os quiero.*

Paula: *Vacíale la cuenta del banco a tu padre por el marrón en el que te ha metido. Ja, ja, ja…*

Ivy: *Ni comprando durante un año completo, cada día y a todas horas, lo conseguiría. Y repito, no es para tanto. Además, yo he aceptado y me lo estoy tomando muy bien. Por la tarde os llamo por videollamada para enseñaros todo lo que me he comprado.*

Paula: *Me cago… ¡El viernes le rogaré a tu padre para que me adopte!*

Bea: *Recordad que soy vuestra superamiga y que somos un pack indivisible. Que vaya bien, Ivy. Disfruta mucho, nos vemos por la tarde.*

Paula: *Sí, aprovecha bien el día. Hasta dentro de unas horas, petardas. Os quiero en todos los idiomas. Ja, ja, ja.*

Bea: *Ja, ja, ja...*

Ivy: *Hasta luego.*

Con una gran sonrisa, les envié un último mensaje con muchos besos. recibí el mismo por parte de ellas y me guardé el móvil en el bolsillo del abrigo.

Me giré hacia la izquierda, para ver el primer escaparate, donde los maniquíes vestían con ropa muy elegante de mujer. Animada, entré para ver si tenía suerte a la primera.

Una mujer se acercó a mí para atenderme y le dije lo que estaba buscando y como me gustaría que fuese el vestido. Cuando me dejó sola y se puso a trabajar, aproveché para recorrer la tienda.

Media hora después me había probado tantos vestidos que no recordaba cuál fue el primero. Todos me quedaban muy bien porque eran de mi talla, pero empecé a desanimarme porque ninguno de ellos era lo que buscaba. Para una vez que tenía la oportunidad de salir de mi vestuario habitual, quería un vestido que destacara por su elegancia, y al mismo tiempo que fuese sensual, que se adaptara a mi cuerpo como una segunda piel. No buscaba algo que resultara ostentoso, como varios de los que había descartado.

Diez minutos después me despedí de la dependienta agradeciéndole su tiempo, y salí con las manos vacías.

Capítulo 10



Después de casi una hora y media yendo de un lado al otro, por fin pude verme con lo que tenía en mente, o al menos se parecía bastante a mi idea.

—Le queda precioso —me dijo sonriente la dependienta.

—Es que lo es —le confirmé encantada, devolviéndole el gesto.

Me giré frente al espejo de cuerpo entero, para verme de lado. El vestido era de color dorado, color que me sentaba genial y resaltaba sobre el tono de mi piel cálida. Con unos tirantes anchos se ajustaba a mis hombros y la tela caída entallada sobre mis pechos, con una apertura entre ellos que llegaba hasta el inicio del estómago. Toda la parte de arriba estaba decorada con brillantitos que la hacían destacar.

Justo donde se unía el escote, por debajo de los pechos, tenía un cinturón liso de la misma tela, que se cerraba marcando mi figura. Por debajo de él, la tela caía un poco suelta y lisa; no marcaba mis caderas, pero se adaptaba tan bien que se intuían con los movimientos, lo que me parecía aún más bonito. El bajo del vestido era asimétrico: por delante me llegaba hasta las rodillas, dejándome las piernas a la vista, y por detrás sobrepasaba los zapatos que tenía puestos, por lo que, con los de tacón, no llegaría a rozar el suelo. El dobladillo estaba rematado con los mismos brillantitos.

La parte trasera tenía el mismo escote pronunciado que hacía visible mi espalda. Terminaba en el lazo del cinturón que me había hecho la

dependienta. El resto por esta zona, como ya he dicho, era largo y me llegaría hasta los tacones.

—Me he enamorado —dije convencida, moviéndome frente al espejo para verme desde todos los ángulos.

—No es para menos. Es su vestido —asintió satisfecha la dependienta—. Tengo los zapatos perfectos, ¿qué número tiene?

—Un treinta y ocho.

—Enseguida vuelvo. —Me hizo un guiño, antes de dejarme sola en el probador amplio.

Sin poder parar de sonreír, acaricié la tela. Aparte de lo bonito, elegante y sensual que era, el color dorado le daba vida a mi cara de tono natural bronceado, herencia de mi madre.

—A ver qué le parecen estos dos modelos.

Me giré hacia la dependienta y bajé la vista hacia las dos cajas abiertas que tenía en las manos. En una había unos zapatos que tenían una apertura para que se vieran los dedos, pero el resto era todo cerrado. La otra, la que captó mi atención al instante, contenía unas sandalias de tiras que se cerraban en los tobillos.

—Me he vuelto a enamorar, pero puede que sea mi final —dije riéndome, señalando las sandalias.

—Es una elección perfecta —comentó sacándolas—. ¿Por qué será su final? —Me miró con curiosidad.

—Por el tacón fino que tienen —solté un suspiro cuando tuve una sandalia en las manos—. ¿Cuánto mide?

—Ocho centímetros.

—Madre mía. —Solté una carcajada—. Ahora te responderé.

Me senté en un asiento cómodo y acolchado, para quitarme mis zapatos y sustituirlos por las sandalias. Tuve que levantarme sujetándome de la pared y cuando conseguí mantenerme en pie, separé las manos despacio, inestable.

Las dos terminamos riendo, aunque yo no supe si llorar por lo que me esperaba. Tendría que rezar para no caerme de bruces.

La dependienta me pidió que no me los quitara para que fuera adaptándome y le hice caso, con muchos sudores. Durante unos minutos caminé por el probador, si se puede decir de esa forma. Me dejó sola para ir a buscar un bolso precioso que me trajo para que lo viera, el que conjuntaba a la perfección.

También dejó al lado de la caja un par de medias, aunque no sabía si me las pondría llegado el momento. Por último, me encontró un abrigo muy elegante y juvenil que como todo lo demás, quedaba perfecto para la noche que iba a tener.

Cuando llegó la hora de pagar, preparada ya para irme con mis compras, casi me desmayo al escuchar el importe final. Me costó sacar la tarjeta de mi padre, pero me tranquilicé a mí misma con excusas creíbles.

—Que tenga un buen día y disfrute. —Se despidió de mí la dependienta.

—Igualmente. Muchas gracias por todo.

—A usted. —Me sonrió.

Me dirigí hacia la salida, cargando con tres bolsas grandes, ilusionada y feliz, aunque con un poco de remordimiento. Iba pensando en que tal vez me había pasado, cuando se me quedó la mente en blanco al chocar con un cuerpo en la calle.

—Lo lamento —me excusé porque había sido mi culpa, no había mirado.

Me agaché para recoger las dos bolsas que se me habían caído, pero un par de manos se me adelantaron para ayudarme.

—No se preocupe, estoy bien. —Me tranquilizó un hombre y le sonreí con vergüenza.

—Gracias —le dije, por sus palabras y por darme las bolsas.

—¿Se ha hecho daño?

—No —negué—. Iba distraída y…

Me quedé callada cuando los ojos se me fueron hacia otro hombre que estaba parado hacia un lado. Tenía la vista fija en mí, con el ceño un poco fruncido. Me encogí de hombros y alcé la barbilla, para centrarme en el que me había ayudado.

—Disculpe de nuevo. —Le sonreí.

—Se lo agradezco, pero no hace falta —asintió.

Sin saber qué más decir y con muchas ganas de alejarme de la situación por culpa de lo nerviosa que me estaban poniendo un par de ojos, me despedí del hombre y caminé por la acera.

Cuando me separé lo suficiente, aminoré el paso y decidí entrar en una chocolatería. Necesitaba un capricho más, pero este lo pagaría yo, aunque

fuera insignificante con todo lo que cargaba. Ocupé una mesa al lado de la cristalera, dejando las bolsas sobre una silla, y le pedí una taza de chocolate con nata a la camarera que vino a atenderme.

Estaba esperando cuando fruncí los labios, al ver pasar caminando por la calle al hombre con el que había chocado y al otro que lo acompañaba. Por suerte ellos no me vieron, pasaron de largo. Los seguí con la vista, hasta que desaparecieron. Ambos iban muy bien vestidos, pero el de los ojos que no se habían apartado de mí, el mismo del ceño fruncido que me había parecido molesto por mi torpeza, se diferenciaba bastante del otro.

Su forma de caminar, de moverse, su sola presencia, imponían mucho más y me alegraba no haber chocado con él porque mi apuro hubiera sido mucho más grande.

—Que aproveche. —Me deseó la camarera y la miré sonriendo.

—Gracias.

En la taza que me puso delante solo se veía nata y no tardé ni un segundo en probarla. Poco me faltó para gemir de placer, estaba deliciosa, como sabía que también sucedería con el chocolate. No tuve prisa por vaciar la taza, me relajé y aproveché para enviarles un mensaje a mis amigas para decirles que había conseguido mi objetivo. Sus respuestas fueron GIFs celebrándolo y me reí por alguno de ellos.

Busqué el número de teléfono de mi madre y me llevé el móvil a la oreja.

—Hola, cariño —me saludó alegre.

—Hola, mamá. —Sonreí—. ¿Cómo ha empezado la semana?

—Todavía no he salido de casa, pero bien.

—¿Y eso? ¿No has ido a cuidar a la señora Antonia?

Me extrañó porque desde hacía meses se lo había tomado como un trabajo, una obligación. Iba por las mañanas o por las tardes, dependiendo de su disponibilidad, y hoy, al ser lunes, tenía todo el día libre.

Hacía un año que mi madre se quedó sin trabajo fijo, la empresa en la que estaba cerró y, aunque había intentado buscar otro empleo, no había tenido suerte. Por desgracia, su edad era un impedimento, así se lo habían dicho muchas veces. No lo necesitaba, cobraba la prestación por desempleo, tenía el piso pagado y podía contar con mi ayuda si es que la necesitaba algún día.

Aparte, disponía de un buen dinero ahorrado que no tenía necesidad de tocar porque limpiaba en varias casas entre semana, de martes a viernes, y con el dinero que cobraba se mantenía bien cada mes. Y si con todo lo anterior no fuera suficiente, yo solo tenía que descolgar el teléfono para llamar a mi padre. Sabía que él le ofrecería cualquier cosa a través de mí, es más, si le hubiese hablado de su situación, ya habría intervenido.

La señora Antonia era una mujer de ochenta y dos años a la que le venía muy bien la compañía de mi madre. No tenía familia y en bastantes ocasiones le costaba moverse por problemas de salud. Ella siempre quería pagarle, pero mamá se negaba rotundamente. Lo hacía de corazón, sin ninguna pretensión. Antonia vivía con una paga muy baja y para ella habría sido como robarle, cuando la mujer necesitaba íntegramente el poco dinero que cobraba cada mes para subsistir.

Yo la conocía bien, era adorable y muy cariñosa. De vez en cuando me gustaba pasarme por su casa cuando mi madre estaba con ella.

—Esta mañana tenía médicos, le insistí ayer para acompañarla, pero me dijo que iba con una vecina, que no me preocupara. Iré esta tarde a verla —me respondió.

—Ah, vale.

—¿Estás aburrida?

—No. —Me reí—. Voy a darte una alegría.

—¿Vuelves mañana?

—No. —Solté una carcajada—. Te recuerdo que Paula y Bea vienen el viernes, te lo dije ayer y ya es oficial. Mis amigas me lo han confirmado hace un rato.

—Oh, es verdad. ¿Y entonces de qué se trata?

—Me estoy tomando un chocolate caliente con mucha nata para reponer fuerzas, está delicioso.

—¿En qué las has gastado? ¿Has salido a comprarte el vestido?

—Sí, y puedes sentirte orgullosa de mí —dije con humor—. He encontrado un vestido precioso, más tarde me lo probaré con tranquilidad y te enviaré fotos. También unas sandalias de tacón fino, un abrigo y un par de medias. No sé si me las pondré, tengo que ver cómo queda mejor el vestido.

—¡Qué ilusión! —Se alegró y sonreí—. Estoy deseando verte con todo puesto, estarás preciosa —soltó un suspiro.

—Gracias, mamá.

—Estoy muy contenta. He entrado en muchas tiendas, pero no encontraba lo que buscaba. Pensaba que perdería el día, pero no. Mi padre no sé si estará tan feliz como yo, por lo que he pagado por todo. —Me reí—. Me lo ha regalado.

—Me tranquiliza escucharlo porque imagino cuánto te ha costado.

—Mmm… creo que no. —Fruncí los labios—. He seguido a rajatabla lo que me ha pedido en la nota que me ha dejado con la tarjeta del banco. Me ha pedido que la utilizara sin miedo para comprarme todo lo que se me antojara, que no escatimara y que disfrutara de la mañana.

—Le gusta cuidar de su hija y a mí me hace muy feliz que sea así —dijo y sonreí.

—Lo sé, mamá. Voy a terminarme el chocolate y avisaré a Louis para que venga a por mí. Saluda esta tarde de mi parte a Antonia y dale muchos besos.

—Vale, cariño. Lo haré de tu parte. Acuérdate de enviarme las fotografías, sé que voy a llorar al verte, pero ya estoy ansiosa por recibirlas.

Nos despedimos riendo y lanzándonos besos. Guardé el teléfono y volví a comer cucharada tras cucharada de nata, hasta que no quedó nada y continué con el chocolate. Cuando terminé, antes de levantarme a pagar, le envié un mensaje a Louis para decirle que ya había acabado y que iba hacia donde me había dejado.

Salí de la chocolatería cargada con las bolsas, con su confirmación de que estaba cerca. Me encantaba la sensación que sentía, pero tenía que poner los pies en la tierra porque quería trabajar un rato hasta que fuese la hora de la comida. Ya era tarde, no me daría tiempo a mucho, pero al menos empezaría para continuar el resto del día, hasta que mi padre llegara.

—Me encanta verte así —me dijo Louis sonriendo, mientras me quitaba las bolsas de las manos.

—Es un gran día. —Le hice un guiño, provocando que la curva de sus labios se hiciera más grande.

Nos montamos en el coche y Louis tomó la dirección del palacete. En el trayecto le conté cómo me había ido, hasta que encontré el vestido definitivo. También que venía de tomarme un chocolate y que había hablado con mi madre para darle la buena noticia, dejándola tranquila porque no iba a ir a la fiesta en pijama o en ropa cómoda. Me escuchó atentamente, sin que su sonrisa desapareciera, pero con la última parte rio con ganas.

Capítulo 11



Lars

—¿Todavía estás así? ¿Qué te pasa? —me preguntó mi amigo Charlie.

—¿Así cómo? Estoy perfectamente. —Lo miré de reojo.

—Con el ceño fruncido y pensativo. —Arqueó una ceja.

—¿Te extrañas a estas alturas? Como si no fuese algo innato en mí. —Sacudí la cabeza.

—Desde que la mujer ha salido de la tienda y ha chocado conmigo, parece que estás preparado para saltar en cualquier momento.

—Solo estoy pensando en que me ha sonado su cara, pero no caigo de qué —comenté distraído, intentando encontrar algún recuerdo donde apareciera esa mujer.

—¿La conoces?

—¿No has entendido lo que he dicho? —Giré la cabeza hacia él.

—Joder, qué humor —negó riendo.

—Pues deja de preguntarme cosas sin sentido. Ya te he dicho que me ha dado la sensación de que la he visto anteriormente, pero no me acuerdo de… —Me paré de repente en la acera y me giré para mirar la distancia que habíamos recorrido.

—¿Qué pasa? —Quiso saber, poniéndose a mi lado.

—Que ya sé de qué me suena, pero… no puede ser. Seguramente se parece mucho a otra mujer.

—No te pillo.

—Estoy hablando de mi viaje a España. —Fruncí más el ceño—. No tengo un recuerdo muy claro porque sinceramente la primera vez no me fijé mucho, y la segunda no llegué a tiempo para verla bien. El día que llegamos, de camino al hotel desde el aeropuerto, Lewis y yo nos bajamos del coche para que nos diera el aire y caminar un poco.

»Finn se fue conduciendo y nos esperó cerca del hotel, para llegar juntos. Entré con Lewis a una cafetería y cuando nos íbamos con dos cafés, al volvernos para ir hacia la salida, una mujer chocó con Lewis. Esa es la vez que no estuve muy atento, él la ayudó porque se le cayó el monedero.

»Poco después, la única noche que Finn, Lewis y yo salimos y que no alargamos mucho, fuimos a un *pub* a tomarnos una copa. Nada más entrar, fui un instante al baño y cuando salí, vi a lo lejos a Lewis hablando con una mujer. Tuve exactamente la misma sensación que ahora, y él me confirmó que se había encontrado con la mujer de la cafetería.

»Cuando llegué junto a ellos, ella ya se había alejado y no conseguí localizarla para verla bien. La busqué por curiosidad. Por eso digo que no puede ser, esa mujer es española y estamos aquí, en nuestra ciudad.

—¿Qué pasa? ¿Qué los españoles no viajan? —me preguntó con humor.

—No me toques las narices. —Sacudí la cabeza y me giré para continuar caminando. Íbamos hacia su coche.

—Lo digo en serio. —Rio—. Podría ser la misma perfectamente. ¿Qué serían raras tantas coincidencias en dos países? En eso no te discuto, pero por lo demás…

—Da igual, sea ella o no, no la conozco.

—Pero ha sido lo suficientemente interesante como para que empieces a prestarle atención.

—No digas tonterías. —Puse los ojos en blanco—. Si, ni siquiera he hablado con ella.

—¿Y? La última vez que te liaste con una mujer, si no recuerdo mal, las pocas palabras que utilizaste fueron para despedirte —comentó con diversión—. Lo que, por cierto, me recuerda que tenemos que salir pronto. Hace bastante que no lo hacemos en condiciones.

—El jueves vamos a la fiesta, ¿no te parece suficiente?

—¿Rodeados de muermos y teniendo que fingir sonrisas? Perdóname, pero no es el plan que más me apetece. Vamos a asistir por compromiso, tú detestas tanto como Lewis y yo esas fiestas en las que te agobian sin darte un respiro.

—Pero habrá bebidas y terminaremos tarde.

—¿En serio? ¿Te quedarás hasta el final? —Rio—. A la última que asistimos te perdimos antes de la medianoche y cuando nos llamaste estabas ya en tu casa. —Sonreí de medio lado.

—Yo no tengo la culpa de que fuera un aburrimiento total. —Sacudí la cabeza—. Hice acto de presencia y se acabó.

—Pues algo me dice que este jueves vas por el mismo camino.

—Si es así, más descansaré.

—Esa mujer era un bombón, ¿eh?

—No sé a quién te refieres —dije haciéndome el despistado.

—No te pega hacerte el tonto. —Soltó una carcajada—. Me refiero a la preciosidad que ha chocado conmigo. —Sonrió de medio lado.

—Estaba entretenido en recordar de qué me sonaba y dónde la había visto, como para fijarme bien.

—Ya… —Frunció los labios—. ¿Irás a la empresa a trabajar el viernes, después de la fiesta? Yo me tomaré el día libre.

—No, me conectaré desde casa. Pero sin prisa, no madrugaré.

—¿Cómo te fue en España? No me has comentado nada de las reuniones que tuviste.

—Bien, tal y como esperaba —asentí—. Me fui muy satisfecho.

—Hay pocos negocios que se te resistan, ¿eh? —Me dio una palmada en la espalda.

—Intento que ninguno. —Lo miré de reojo.

Giramos en la calle donde Charlie había dejado estacionado el coche y nos acercamos al vehículo.

—¿Dónde está Finn?

—Pasando el día felizmente con Renée. Le he dado el día libre porque ella tiene fiesta en su trabajo —le respondí.

—Entonces no cuento con él.

—¿Para qué?

—Había pensado en llamarlo, y también a Lewis, para ir los cuatro a comer a un restaurante. ¿Te apetece el plan? —Abrió el coche con el mando —. ¿O prefieres que te lleve a casa?

—Ya he perdido la mañana contigo, por un poco más de tiempo no pasa nada.

—Oh, gracias, eminencia. —Me hizo una reverencia y sonreí de medio lado, abriendo la puerta del copiloto—. No pienso disculparme por pedirle a uno de mis mejores amigos que me acompañara a comprarme un traje para la fiesta del jueves.

—Será que no tienes. —Sacudí la cabeza—. Te rebosan en el vestidor.

Me monté y él hizo lo mismo, poniéndose al volante.

—Me apetecía estrenar. —Me hizo un guiño, arrancando—. Tengo muy vistos todos los que tengo.

—Lo dices como si el que te has comprado fuese diferente.

—Qué poco aprecias los detalles. ¡Pues claro que lo es! —Rio, incorporándose a la carretera—. Mañana vendré a recogerlo, a ver qué tal quedan los retoques que le van a hacer. ¿Por qué no te has animado a comprarte uno?

—Porque yo también tengo muchos colgados sin estrenar.

—No me extraña que acumules tanto dinero —dijo con diversión.

—Aplícate el cuento.

Soltó una carcajada y una vez que se tranquilizó, durante unos minutos estuvimos en silencio. Mi comentario no tenía sentido, ambos lo sabíamos. Se lo había dicho para picarlo, porque si algo nos sobraba a Lewis, a Charlie, y a mí, era dinero. Ya sabéis que tanto Lewis y yo teníamos nuestra propia empresa, pero Charlie también estaba incluido en el mismo lote. Los tres éramos empresarios y teníamos una vida muy acomodada.

—Voy a llamar a Lewis —me dijo y asentí.

La voz de nuestro amigo se escuchó con fuerza en el interior del vehículo, después de los pocos tonos de llamada que sonaron. Lewis aceptó encantado ir a comer, nos pidió que fuésemos a recogerlo a su empresa y Charlie tomó esa dirección. Era el único que había comenzado la semana siendo responsable, por mi parte, me arrepentiría en cuanto llegara a casa, por el trabajo que se me habría acumulado.

Aparté ese pensamiento porque no me servía de nada agobiarme antes de tiempo. Ahora era momento de desconectar, de estar con mis amigos y de pasar un buen rato, lo demás ya llegaría.

Tardamos quince minutos en llegar frente a la empresa de Lewis, él ya nos esperaba apoyado en la fachada del edificio. Sonrió en nuestra dirección en cuanto vio el coche y vino hacia nosotros.

—¡Qué bien vivís! —Fue lo primero que nos dijo al montarse en la parte de atrás.

—Los hay con suerte, después estás tú, que pringas por los tres —le contestó Charlie, riendo.

—Mira qué gracioso. —Lo acompañó en las risas, primero de forma forzada, pero terminó riendo con ganas—. ¿Cómo has ido?

—Bien. Ya me he comprado el traje para el jueves, mañana iré a recogerlo. Tenían que hacerme algunos arreglos.

—Me alegro. ¿Y tú?

—Este no ha sacado la cartera en ningún momento —le respondió por mí Charlie.

—No sé cómo tienes tanto con la poca memoria que tienes —arqueé una ceja, mirándolo—. He sacado la cartera para pagar dos buenos desayunos.

—Eso es una miseria comparándolo con lo que me ha costado el traje y la camisa. —Rio negando, mientras se incorporaba a la carretera.

—Por suerte, no me parezco a ti, no soy un derrochador. —Sonreí de medio lado.

—Está calentito el ambiente, ¿eh? —intervino Lewis, mirándonos con expresión divertida—. Yo paso de comprarme nada, tengo trajes para dar y vender. —Se encogió de hombros.

—Tú y yo prosperaremos —le aseguré con la cabeza girada hacia atrás. Me hizo un guiño, sin perder la sonrisa—. Lo que no conseguirá nuestro amigo —añadí.

—Iros a cagar —dijo Charlie, soltando una carcajada.

Al final terminamos los tres riendo, intercambiando de vez en cuando más comentarios para picarnos. De esa manera hicimos el camino, hasta que

Charlie estacionó cerca del restaurante al que solíamos ir siempre que podíamos.

Nos bajamos del coche y empezamos a caminar por la acera, recorriendo los pocos metros que nos separaban de la entrada.

—¿Y Finn? —preguntó Lewis.

—Tiene el día libre, como Renée —le contesté.

—Entonces estarán en la gloria —comentó risueño.

—Lo que estarán es caliente los dos, hasta mañana. —le rectificó Charlie.

—¿Noto cierta envidia? —Lo miré de reojo.

—Sí —confirmó riendo—. Es una pena que su mujer lo eligiera a él, no tuve ni una mísera oportunidad.

No fue un reproche, Charlie únicamente retrocedió al pasado, porque si Finn y Renée estaban juntos era porque se conocieron debido a él.

Las cosas de la vida que se presentaban de forma inesperada. Años atrás, más concretamente los once que llevaban de relación, Finn y Renée, se encontraron gracias a una coincidencia.

El tema es que Charlie conoció primero de vista a Renée y no perdió el tiempo para invitarla a cenar, sin saber que aquella noche en el restaurante apareceríamos Finn, Lewis y yo. No lo hicimos a propósito, como he dicho, fue una coincidencia en toda regla. Lógicamente, nos acercamos a la mesa en la que estaban los dos para saludar a nuestro amigo, pero resultó que al final ella y Finn conectaron al instante y no pudieron dejar de mirarse desde que se vieron.

Charlie y Renée no tenían nada y desde aquel momento no llegaron a más que compartir una breve conversación porque nosotros nos presentamos al inicio de la cena de ambos. Una semana más tarde, Finn y Renée empezaron una relación, después de quedar varias veces. Desde entonces Charlie siempre les decía, en broma, pero también era muy cierto, que les dio la vida a ambos.

Tuvieron un flechazo, una conexión inmediata, o llamarlo como queráis. El hecho es que desde que Finn y Renée se conocieron, no se han vuelto a separar. Y tanto Charlie, como Lewis y yo, estábamos muy felices por la relación de nuestros amigos y el amor que sentían el uno por el otro. No podríamos haber deseado a una mujer más acertada para Finn, Renée tenía una personalidad cautivadora, era alegre, cariñosa y divertida, aparte de ser una mujer preciosa que adoraba a su marido. Esto último iba en ambos sentidos.

—Te quedaste noqueado en cuanto llegamos al restaurante y te estropeamos la cita con Renée —le dijo Lewis, riendo.

—Pero valió la pena por el resultado —comentó, sonriendo.

—Muchísimo. Fue el destino —dije.

—Joder, ¿desde cuándo piensas así? ¿El destino? Me he quedado muerto. En todos los años que hace que nos conocemos nunca te había escuchado decir algo así —habló sorprendido Lewis.

—Yo no pienso de ninguna manera, me ciño a los hechos. —Puse los ojos en blanco, abriéndoles la puerta del restaurante—. Finn y Renée estaban predestinados a encontrarse —continué hablando cuando entramos los tres —. A la vista está. ¿A cuántos restaurantes de Bruselas podríamos a haber ido aquella noche, y terminamos los cinco en el mismo? —Arqueé una ceja.

—Pienso, igual —asintió Charlie, dándome la razón.

—Mierda, yo también, pero es la forma en la que has hablado la que me ha dejado loco. —Soltó una carcajada, Lewis.

Charlie se unió a él en las risas, yo simplemente sonreí de medio lado y me mantuve callado.

El *hostess*, el encargado de recibir a los clientes y asignarles las mesas, se acercó a nosotros para saludarnos. De tantas veces que veníamos nos conocíamos, aunque no en profundidad, solo cordialmente. Le correspondimos estrechándole la mano y lo seguimos hasta uno de los reservados.

Se trataba de un comedor individual, con una única mesa de buen tamaño y un ventanal que daba a un jardín. Allí podíamos estar tranquilos, a nuestro aire y sin sorpresas de ningún tipo. Era habitual que coincidiéramos con otros empresarios o personas de nuestro entorno. Este restaurante de alta cocina era uno de los más famosos de Bruselas por su prestigio.

Capítulo 12



Ivy

Me reí sola porque me había emocionado mirándome en el espejo de cuerpo entero del vestidor.

El día había llegado, o más bien la noche. Eran las ocho y media del jueves. Ya estaba arreglada, tenía puesto el vestido, las sandalias, y me había maquillado y recogido el pelo de un lado con varias horquillas, dejando el otro suelto.

La imagen que me devolvía el espejo era preciosa, solo por ese momento, ya valía la pena haber aceptado ir a la fiesta. Estaba encantada, me sentía muy diferente. Aparté la vista del espejo para caminar un poco por el vestidor. Desde el lunes solo me había quitado las sandalias para dormir, me había paseado por el interior del palacete con ellas puestas.

Las primeras veinticuatro horas fueron un suplicio y un espectáculo, por mi poca estabilidad subida a unos tacones tan altos y la incomodidad de no estar acostumbrada. Terminé con los pies doloridos y agotada por evitar en todo momento irme al suelo o que se me torciera un tobillo. Yo no estaba hecha para esto, lo tenía claro, pero, al menos, por cabezonería, había conseguido caminar razonablemente bien. A simple vista no daba la nota, con eso me bastaba.

Cuando Marie me vio bajar la escalera agarrada a la barandilla como si me fuese a desmayar, corrió a mi lado para ayudarme. Desde ese instante se separó muy poco de mí, ayudándome con su presencia y apoyo, dándome ánimos. Se lo agradecí inmensamente, sintiéndome ridícula.

Lo importante era que había conseguido mi propósito y el vestido lucía espectacular con las sandalias de tiras cerradas en los tobillos.

El bolso y el abrigo los había dejado sobre la cama, me estaban esperando para cuando mi padre viniera a buscarme. Fui a la habitación para ir al baño, donde me retoqué el labial y las ondas que me había hecho Marie con mucho cariño.

Antes de empezar a arreglarme, apareció en la habitación y me dijo con ilusión que me quedarían muy bien, y así era. Había hecho un trabajo espectacular, pero lo que yo me callé era que seguramente dentro de una hora mi melena volvería a estar lisa completamente. No quise quitarle la alegría y la dejé hacer.

Tenía el cabello muy fino y, desde mi juventud, todos mis intentos de querer hacerme algo diferente siempre terminaban igual.

Cuando escuché varios golpes en la puerta de mi habitación y cómo se abría, sonreí y salí del baño. Mi padre estaba parado en medio de la habitación y, por cómo reaccionó al verme, supe que había acertado. Los labios se le entreabrieron por la sorpresa y los ojos le brillaron, bien abiertos.

—Hija… Estás… preciosa, no te hace justicia.

—Gracias. —Me reí ruborizada, mientras me acercaba a él—. Me alegro de que te guste. —Le sonreí—. Aunque no vayamos a estar juntos en la fiesta, quiero que te sientas orgulloso de mí. —Lo abracé.

Me rodeó con fuerza con los brazos.

—No necesitas un vestido impresionante, ni que tu imagen me deje sin respiración, para que yo me sienta orgulloso de ti en todo momento y sepa la hija que tengo —susurró sobre mi cabeza y tragué saliva, emocionada—. Siempre lo he estado y lo estaré.

—Gracias —susurré.

—Se me hace raro.

—¿El qué? —Me separé un poco para mirarlo a la cara.

—Que seas más alta.

Solté una carcajada, provocando que sonriera.

—Es el efecto de los tacones. —Le hice un guiño.

—¿Cómo los llevas? —Bajó la vista a mis pies.

—Ahora mismo, mejor de lo que esperaba —solté un suspiro—. Dentro de unas horas ni idea. —Fruncí los labios.

—Siempre puedes marcar tendencia y pasearte descalza por la fiesta —dijo con humor, devolviéndome el guiño.

—No me des ideas, no me des ideas… —Puse los ojos en blanco y se rio.

—Estás increíble. —Me acarició la mejilla.

—Gracias, papá. ¿Tú te has visto? Eres un espectáculo de hombre. —Me aparté de él para mirarlo bien.

—Cómo te gusta exagerar a veces —negó.

—No soy exagerada, estás alucinante. A ver si voy a tener que echar por tierra mi tapadera de «no hija» cuando vea a las mujeres lanzarse sobre ti. —Coloqué las manos en las caderas.

—Tienes mi permiso para pasar cerca y clavarles los tacones.

Nos reímos por esa posibilidad, una que yo podía llevar a cabo perfectamente. Siempre tendría la excusa de que no dominaba bien los zapatos.

—Tomo nota. —Le sonreí.

Caminé hasta la cama para coger el móvil.

—¿Me haces una foto? —le pedí— Quiero enviársela a mi madre. Ya me ha visto vestida, pero no maquillada y peinada.

—Claro —asintió quitándome el teléfono de la mano.

Le sonreí a la cámara para que mi madre viera lo feliz que estaba. Le iba a hacer mucha ilusión verme, sabía que se pondría a llorar, pero las lágrimas de alegría eran buenas.

—Ya está. Yo también la quiero —me dijo devolviéndome el móvil.

—Vale.

Entré en la aplicación de mensajes y localicé la conversación con mi madre.

Ivy: *Mira mamá, te presento a tu nueva hija. Enmarca la foto porque no creo que vuelvas a verme así. Ja, ja, ja… Preparada y lista para irme a la*

fiesta.

Antes de adjuntarle la foto de cuerpo entero, se me ocurrió una idea.

—Vamos a hacernos una juntos, y te paso las dos —le pedí a mi padre.

—Es un honor posar con una belleza al lado. —Me hizo un guiño.

—Zalamero. —Me reí, yendo hacia el escritorio.

Apoyé el teléfono para que se nos viera bien, puse el temporizador para la foto y me coloqué al lado de mi padre, agarrándolo del brazo. La fotografía quedó preciosa, era un recuerdo excelente.

—Voy a enviarles a mis amigas mi foto.

No le di detalles de que también a mi madre, supongo que pensó que a ella se la envié al escribirle.

—De acuerdo. Ahora vuelvo —dijo y asentí.

Me dejó sola en la habitación y volví a la conversación de mi madre. Le adjunté las dos fotografías, en la que salía sola y en la que estaba con mi padre. La última lo hice con mucha intención, para saber qué pasaría. No las vio, por lo que di por hecho que estaba duchándose o no estaba cerca del teléfono.

A continuación, les envié a mis amigas mi fotografía y ellas sí que respondieron casi al instante.

Paula: *Me cago en todo… ¿Esa eres tú o te han robado el móvil y lo está utilizando otra persona?*

Solté una carcajada al leer el mensaje.

Bea: *Ivy, por Dios… pareces una diosa.*

Ivy: *Sois increíbles, las mejores amigas del mundo mundial. Ja, ja, ja… pero tampoco es para tanto.*

Paula: *Que no, dice. Ja, ja, ja… porque estoy sentada, si no, me habrían fallado las piernas o me hubiera puesto a saltar, a saber… Estás divina, cariño.*

Ivy: *¡Gracias!*

Bea: *¿Estás yendo para la fiesta? ¡Ay, qué emoción!*

Ivy: *Todavía no hemos salido, estoy esperando a mi padre y nos iremos. ¿Ya tenéis las maletas hechas?*

Paula: *Sí. Te respondo por las dos porque esta tarde nos hemos conectado en videollamada y las hemos hecho juntas.* —Añadió un emoji guiñando un ojo—. *Lo tenemos todo preparado.*

Ivy: *Perfecto. Tengo muchas ganas de veros. Llegáis a las doce y cuarto, ¿verdad? Acordaos de enviarme los datos del vuelo para quedarme tranquila.*

Bea: *Nosotras también a ti. Sí, a esa hora. Acabo de enviarte mi billete, ahí está todo.*

Ivy: *De acuerdo, os estaré esperando con Louis. Ya no vamos a hablar hasta que nos veamos, no sé a qué hora me acostaré y cuando me despierte estaréis volando. Que vaya muy bien el viaje. Os dejo, mi padre ha entrado en mi habitación.*

Paula: *Desconecta de todo y disfrutaaa… y por lo que más quieras, si el tío al que te tienes que acercar está bueno, métele mano y date un festín*

para darle un broche de oro a la noche. El color ya lo llevas encima, el dorado. Ja, ja, ja…

Ivy: *Precisamente en eso estoy pensando, claro que sí. Ja, ja, ja… no me recuerdes lo que tengo que hacer en la fiesta, porque como me tiemblen las piernas con los taconazos que llevo… es un milagro que me mantenga en pie, pero como le añada los nervios será mi final de la noche.*

Bea: *Tú disfruta y déjate llevar. Mañana nos vemos en el aeropuerto.*

Nos enviamos los últimos mensajes despidiéndonos y guardé el móvil dentro del bolso, donde ya tenía un paquete de pañuelos y un monedero pequeño en el que había metido mi documentación, la tarjeta del banco y unos billetes por si acaso. No cabía nada más, casi iba todo a presión, pero tampoco lo necesitaba.

—Perdona, estaba hablando con mis amigas —le dije a mi padre.

—Tranquila, no hay prisa. —Me sonrió—. Esto es para ti.

Bajé la mirada hacia sus manos, con las que sujetaba una caja cuadrada grande.

—Papá…

—Es un regalo, quería que fuera una sorpresa.

Cogí la caja con las manos temblorosas, en la que destacaba con letras doradas el nombre de una de las joyerías más importantes del país. Me mordí el labio y en cuanto la abrí, se me aguaron los ojos.

—Es demasiado —negué—. Con todo lo que me gasté el lunes, yo…

—No digas tonterías. Cariño, no fue nada, ya lo sabes. Y esto tampoco. ¿Para qué quiero el dinero si no puedo gastarlo en mi mayor tesoro?

Levanté la vista hacia él y me retiró varias lágrimas.

—No llores. Te vas a estropear el maquillaje y Marie me matará —dijo sonriendo y me reí.

—Es todo precioso. —Tragué saliva.

Dentro de la caja, colocados perfectamente, había una pulsera, un anillo, unos pendientes y un collar. Todo era muy refinado, de oro y de brillantes. No quise pensar en la posibilidad de que fueran diamantes para controlar los nervios, pero por cómo brillaban y destacaban…

Coloqué la caja encima de la cama para ponerme el anillo que encajó perfectamente en mi dedo. Me quité los pendientes que llevaba y los sustituí por los nuevos.

—Déjame —me pidió cogiendo la pulsera.

Levanté el brazo y me la abrochó, después hizo lo mismo con el collar. Le di la espalda para facilitarle el trabajo.

—Ahora sí —dijo con satisfacción.

—No sé qué decir —solté un suspiro entrecortado.

—Nada, solo tienes que disfrutarlo. —Me sonrió—. Mírate al espejo.

Fui al baño y me enamoré aún más de mi imagen, estaba reluciente y con el color dorado del vestido quedaba genial. El anillo tenía una piedra grande central, lo demás era la circunferencia de oro. En la pulsera, las piedrecitas

se entrelazaban con el oro, formando un dibujo muy bonito y elegante. Ambas cosas le daban vida a mi mano.

Los pendientes tenían un brillante que quedaba pegado al lóbulo y de él colgaban varios brillantitos más pequeños. Me encantó que se viera y destacara en el lado que me había recogido el pelo. El collar seguía la misma línea, era impresionante, por delante reposaba por debajo del cuello, pero por la espalda caía por el centro hasta la mitad, con una tira de brillantes.

—Tengo razón, ¿a qué sí? —me preguntó mi padre, apoyado en el marco de la puerta.

—Jo, estoy para comerme —dije en broma y nos reímos.

—Recuerda que estaré presente en la fiesta. —Arqueó una ceja—. En ningún momento ha sido mi intención que mi mayor enemigo en los negocios te coma.

—No me pongas más nerviosa. —Solté una carcajada, provocando que sonriera.

—¿Nos vamos?

—Sí —asentí.

Me ayudó a ponerme el abrigo y cogí el bolso de mano. Le agarré del brazo y salimos de mi habitación, yendo despacio hacia la escalera.

—Es una gran pena que no vayamos a estar juntos, sería la envidia de la fiesta —comentó en los últimos escalones.

—Si quieres, me acerco a ti y coqueteo. —Fruncí los labios.

—Ni se te ocurra. —Agrandó los ojos y me reí—. Aunque bien pensado… si necesitas una escapatoria de la que te he metido, hazlo.

—¿Estás seguro?

—Ya te dije que donde se celebra la fiesta no habrá cámaras.

—Pero todos los presentes tendrán sus móviles, los que te recuerdo tienen cámaras. —Sonreí.

—Nadie intentará ir en mi contra, ni sobrepasar ningún límite. Me respetan o me temen, y con cualquiera de las dos opciones estoy tranquilo. Yo también podría hacer lo mismo. —Me hizo un guiño.

Llegamos a la gran entrada y tuve que contener la risa cuando vi a todos los trabajadores fijos del palacete esperándonos. No habían querido perderse la exhibición, y por sus caras, quedaba claro que estaban encantados.

Con Marie a la cabeza, todos nos halagaron y nos desearon que pasáramos una buena noche. Nos despedimos de ellos y salimos por la puerta principal, para bajar los pocos escalones que había hasta la zona asfaltada que daba comienzo al camino que llevaba hasta la puerta de hierro de acceso a la propiedad.

Louis nos esperaba junto al coche, con la puerta abierta.

—Estás deslumbrante —me susurró al oído, ayudándome a entrar.

—Gracias —dije con una gran sonrisa.

Me devolvió el gesto y cerró la puerta, para dirigirse a la del conductor. Mi padre se sentó a mi lado, en los asientos traseros.

—Louis, antes de que se me olvide. Mañana tenemos que estar a los doce y cuarto en el aeropuerto para recoger a mis amigas. Supongo que no me levantaré muy tarde, pero si no me has visto sobre las once y media, entra en mi habitación y si hace falta, tírate encima de mí para despertarme.

El interior del vehículo se llenó de risas, mientras avanzábamos por el camino.

Capítulo 13



A través de la ventanilla del taxi vi el alboroto que había en la calle, frente a la entrada de un hotel inmenso.

Los flases de las cámaras iluminaban la noche y las voces sonaban altas y claras, a pesar de que no me encontraba cerca todavía.

Tragué saliva, nerviosa. Las dudas me asaltaron. No quería fallarle a mi padre, pero tampoco tenía la obligación, tal y como me la había impuesto yo. Antes de que me bajara del coche para hacer el cambio con el taxi, él me había insistido en que me lo tomara con calma, que hiciera lo que pudiera, pero, sobre todo, que disfrutara de la noche libremente.

Me froté las palmas de las manos en el abrigo, antes de sacar del bolso el monedero para pagarle al taxista con la tarjeta.

—Que tenga buena noche. —Me deseó y le sonreí.

—Gracias.

Abrí la puerta y salí. El taxi se fue y yo me quedé en la acera, soltando varios suspiros, mientras encontraba el valor para moverme. Los pies se me quedaron anclados al suelo, pensando en que esperaba que nadie se fijara en mí para poder pasar desapercibida. Yo no era de interés para los medios, no me conocían, ni siquiera podían vincularme con algún asistente a la fiesta.

Las fotografías las estaban tomando hacia un lado de la entrada, esta estaba despejada y veía a personas entrar. Por ello, decidida, bajé la vista a mis pies y cuando levanté la cabeza, di los primeros pasos. Me felicité por mantenerme estable.

Me obligué a no apartar la vista de la entrada, acortando la distancia poco a poco. Sabía que mi padre ya había llegado, pero me forcé por no girar la cabeza para buscarlo. Seguramente ya estaba dentro.

Mantuve mi nerviosismo a raya cuando pasé por al lado de los flases, al igual que cuando subí la escalera hasta la puerta principal. La traspasé aliviada, pero no avancé mucho antes de encontrarme con hombre alto y de hombros anchos.

—Buenas noches, ¿su identificación? —me pidió.

—Buenas noches —le correspondí abriendo el bolso.

A pesar de que no encontraría problema para entrar porque mi padre se había asegurado de que mi nombre constara en la lista de los invitados, no pude eliminar los nervios.

—Puede pasar. Que tenga una gran noche. —Me deseó, devolviéndome la documentación.

—Muchas gracias. —Le sonreí.

Lo esquivé caminando hacia el primer letrero que indicaba hacia dónde se celebraba la fiesta. No hacía falta fijarse, muchas de las personas que estaban en el interior del hotel se dirigían hacia allí.

Sonreí cuando sobrepasé a mi padre, al que miré de reojo, y vi que sonreía de la misma forma que yo, sin mirarme directamente para no llamar la

atención. Era muy consciente de mi presencia, mientras hablaba con otros dos hombres.

Me puse detrás de un grupo de mujeres para dejar el abrigo. Un hombre y una mujer los recogían para liberarnos durante la fiesta. Cuando llegó mi turno y le ofrecí el mío al hombre, me dio un tique con un número que guardé en el bolso y me alejé para ir hasta la puerta grande que estaba abierta. Por suerte, la fiesta era en la planta principal, lo agradecí para no tener que subir y bajar muchas escaleras con los tacones.

El salón al que entré era inmenso. Ya había bastantes personas dentro, pero, aun así, parecía que estaba vacío por las dimensiones que tenía. La música sonaba suave por los altavoces que se encontraban repartidos por todo el espacio.

—Soy una espía pésima —murmuré y bufé, caminando hacia una de las barras colocadas en un lateral—. No tengo ni puñetera idea de cómo es ese hombre —solté un suspiro.

Mi padre no había caído, no se había acordado, y a mí, la verdad, con todos los nervios y la euforia por mi vestimenta y la ocasión, se me había pasado pedirle los detalles del hombre al que tenía que acercarme. No había visto ni una fotografía de él, ni siquiera me acordaba del nombre que me dijo.

—¿Larus? ¿Eso es un nombre propio? ¡Ay, mi madre…! —me dije.

Cuando llegué a la barra, mi agobio había aumentado. Agradecí que hubiera un taburete solitario libre, me senté con cuidado dominando el vestido, sin importarme si era correcto o no. Era giratorio y me volví hacia el salón, dejando la barra a mi espalda.

El bajo delantero de la tela que me llegaba hasta las rodillas de pie se subió por la posición y se me quedaron las piernas al aire, hasta la mitad del

muslo. Poco me importó, las crucé. Me vino genial que me diera más el aire, por el calor sofocante que me había entrado.

—¿Quiere beber algo?

Volví la cabeza hacia un chico que estaba al otro lado de la barra.

—¿Ginebra? —le respondí con otra pregunta, sin saber qué decir en este instante. Iba de mal en peor.

—Esta noche es la bebida estrella —contestó sonriéndome.

—Ya, me lo imagino —solté un suspiro.

—Si no se decanta por alguna en concreto, puedo prepararle un combinado.

—Mmm… eso suena de maravilla. —Le sonreí.

—Hecho. —Me hizo un guiño, para alejarse a trabajar.

Miré de nuevo hacia el salón. Necesitaba controlarme porque, como siguiera así, empezaría a empeorar y después sería peor.

Me entretuve a observar a todas las personas, tanto las que en este momento estaban solas y las que habían hecho grupos para hablar. No tenía ni puñetera idea de a quién buscaba, ¿cómo iba a averiguarlo? Imposible en este lugar, a no ser que mi padre me dijera el nombre del hombre. Y no sabía si con eso tendría suficiente.

—Aquí tiene. —Me giré en el taburete al escuchar de nuevo la voz del camarero.

—Muchas gracias.

—A ver qué le parece.

Le sonreí cogiendo la copa. Solo me faltaba la presión de este chico que no apartaba la vista de mí. Ni la amabilidad que mostraba me supo bien.

—Buenísimo —le confirmé después de dar un sorbo.

—Me alegro. Búsqueme la próxima vez que quiera otro. —Me sonrió.

—Lo haré. —Le devolví el gesto.

Teniendo la copa en la mano, aproveché para templar los nervios bebiendo un poco más. El alcohol en muchas ocasiones obraba milagros y yo buscaba uno para mí, desesperadamente.

Después de vaciar más de media copa, lo veía todo diferente, sentía una sensación muy agradable. Por fin había conseguido relajarme, hasta que me sobresalté por el sonido de las puertas cerrándose.

Me volví para darme cuenta de la cantidad de personas que habían llenado el salón, por increíble que fuese por el tamaño que tenía.

—¿Cuánto tiempo he estado ausente? —me pregunté sorprendida.

Bastante para que todos los invitados se encontraran reunidos aquí y acabaran de cerrar las puertas dobles…

El bolso vibró sobre mis piernas y lo abrí, para sacar el móvil. Sonreí al ver un mensaje de mi madre, al que accedí.

Mamá: *Lo siento, cariño. Hasta ahora no he visto las fotos y que me has escrito, me he olvidado del teléfono para ducharme y para hacer la cena.*

Tesoro, estás preciosa, increíble. Se me han saltado las lágrimas al verte. ¿Dónde estás? ¿En la fiesta ya?

Ivy: *¡Hola! Tranquila. Sí, estoy en la fiesta, sentada en un taburete mientras me bebo un combinado que está de vicio. Mamá, esto es muy aburrido. Como no me dedique a beber, me dormiré.*

Mamá: *Pero si no hace mucho que estás ahí, ¿no? ¡Qué cosas tienes! Pues claro que esas fiestas son aburridas, no esperarías divertirte tanto como cuando sales con tus amigas...*

Ivy: *Porque brillo, literalmente, y tengo que lucirme, porque si no… Ja, ja, ja…*

Mamá: *Anda, anímate, tesoro. Solo es el principio, seguro que la noche mejora.*

Ivy: *Espero que sí. Entonces te han gustado las fotografías.*

Mamá: *Muchísimo, ya lo sabes.*

Ivy: *¿Las dos?*

Mamá: *Sí.*

Sonreí porque tardó en darme la afirmación, y por lo escueta que fue al estar mi padre de por medio. Me quedó claro lo que había querido conseguir al enviarle la de los dos juntos.

Ivy: *Hablamos mañana, ¿vale?*

Mamá: *Claro, cariño. Disfruta todo lo que puedas, ya verás como al final te vas contenta.*

Ivy: *Te quiero.*

Mamá: *Yo también te quiero.*

Después de enviarle besos, salí de la conversación y entré en la que tenía con mi padre. No me preocupaba escribirle porque no permitiría que nadie viera la pantalla de su teléfono.

Ivy: *Papá, ¿cómo puedes sobrevivir a estas fiestas? Con el poco rato que llevo aquí, ya estoy aburrida.*

Su contestación llegó rápida. Levanté la vista para intentar localizarlo entre tanta gente, pero no lo conseguí.

Papá: *Ja, ja, ja… Sentada en ese taburete, te vas a dormir, te aconsejo que te muevas.*

Ivy: *¡Deja de controlarme!* —Añadí emojis de caras de sorpresa.

Papá: *Me pides algo imposible. Desde que viniste a este mundo he estado pendiente de ti, más de lo que te crees, y continuaré estándolo.*

Ivy: *Eso ha sido muy bonito.*

Papá: *¿Cuánto has bebido?*

Me reí, enviándole como contestación varios emojis, sacando la lengua.

Ivy: *Por cierto, ¿cómo voy a hacer lo que he venido a hacer si no me acuerdo cómo me dijiste que se llamaba tu enemigo, ni conozco como es físicamente? No lo he visto nunca.*

Papá: *Confío en tus capacidades.*

Y se quedaba tan tranquilo diciéndome eso, mandaba narices.

Ivy: *Que sepas que voy a fracasar estrepitosamente antes incluso de intentarlo. ¡No sé hacia dónde ir!*

Papá: *Tranquila, estás a punto de saberlo.*

Ivy: *¿Eso que quiere decir?*

Papá: *Atenta.*

Fruncí el ceño mirando la pantalla del móvil, sin comprenderlo y esperando a que volviera a escribir para aclarármelo. No sucedieron ninguna de las dos cosas, mi padre dejó de estar en línea y abrí la boca, asombrada.

—Vaya…

—Increíble…

Las dos voces masculinas que escuché a mi lado me hicieron levantar la cabeza de golpe. Agrandé los ojos, pasando la mirada de uno a otro, sorprendida y sin habla, por la sorpresa que me llevé.

—¿Cómo…? —Fue lo poco interesante que conseguir decir.

Había dos hombres cerca de mí, dos hombres que reconocí al haber chocado con ellos en intervalos de poco tiempo. No me lo podía creer. ¿Tan pequeño era el mundo? El de la derecha era el hombre de la cafetería de España, el mismo con el que me encontré en el *pub* al que fui con mis amigas la noche antes de mi viaje a Bruselas.

El otro, el que estaba a su izquierda, era con el que me topé en esa ciudad hacía pocos días, al salir de la tienda cargada con todo lo que llevaba

puesto. Ambos me ayudaron a recoger lo que se me cayó de las manos en las distintas situaciones: las monedas que se salieron de mi monedero y las bolsas con la ropa y las sandalias.

—Así que era verdad —comentó el de la izquierda, el de Bruselas.

—Eso parece —dijo su acompañante, el de España.

—Es la misma mujer. —Continuó el primero, mientras una sonrisa de medio lado se formaba en sus labios.

Se hablaron con la mirada y pareció que fue algo muy gracioso por las expresiones que pusieron.

Como si con este encuentro no hubiese tenido suficiente, me encontré de repente con un par de ojos que me hicieron contener la respiración. No me lo podía creer, ¿cómo habíamos coincidido aquí… los tres? Porque el tercero, el que no había visto hasta ahora y se mantenía apartado, con los brazos apoyados en la barra y la cabeza girada hacia mí, me estaba observando como lo hizo cuando choqué con su amigo de Bruselas al salir de la tienda.

«Mierda, ¿se conocen los tres? ¿Esto es una broma?», me dije, sin salir de la sorpresa.

—¿No te parece muy interesante, Lars? —habló el de Bruselas.

No conocía ninguno de sus nombres, pero me quedó claro que la pregunta iba dirigida hacia el de la cara tensa y de pocos amigos, el mismo que continuaba observándome. Debajo de todas las capas que dejaba ver, noté la curiosidad que le provocaba mi presencia.

«¿Tengo que inventarme que soy empresaria? ¿Qué respondo si me preguntan?»

Mi padre y yo lo habíamos hecho fatal, peor no podíamos habernos coordinado con la información. No tenía ni idea de si todos los invitados tenían empresas propias, sabía que la fiesta era en honor a los empresarios más prestigiosos de Bélgica, pero ¿cabía la posibilidad de que hubiera gente de relleno? ¿Cómo por ejemplo, yo? Lo único que tenía claro es que mi padre me había añadido a la lista de invitados, pero no de qué tipo de invitada era.

«Trágame tierra y escúpeme en la cama de mi habitación, a poder ser en la de España».

Los dos hombres me dieron un respiro cuando se giraron hacia el que esperaban que contestara, el tal Lars, pero él no abrió la boca. Se mantuvo callado y apoyado en la barra, sin apartar la vista de mí. Me senté más recta al sentir un pequeño escalofrío, cuando me recorrió con los ojos de la cabeza a los pies. Lo hizo muy, muy despacio.

«Un momento… ¿Lars? ¿Podía ser tan fácil que no iba a tener que molestarme en buscarlo? ¿En serio? ¿Larus era Lars?», me dije.

Tenía más sentido el cambio de nombre, pero me costaba creerme la coincidencia tan grande que se había dado. Si estaba en lo cierto, para rematarlo era un problema si ese hombre era al que tenía que acercarme, cuando las dos veces que lo había visto, incluida esta noche, me había dejado claro que desconfiaba y no le gustaba.

Menuda mierda. Solo tuve que recordar los últimos mensajes de mi padre para saber con seguridad que no me estaba equivocando, que tenía a mi lado a su máximo enemigo en los negocios, acompañado por los que suponía que eran sus amigos…

«Tranquila, estás a punto de saberlo».

«Atenta».

Incrédula, lo imité y lo observé sin vergüenza. Si él podía ser descarado, yo también, incluso más. A pesar de mi valentía, hacerlo me puso más nerviosa al fijarme en él de cerca y bien.

Era un hombre impresionante, con facciones varoniles y armoniosas, y con un cuerpo de admirar. Solo por cómo le quedaba el traje que llevaba se apreciaba y todo esto volvía a ser otro gran problema para mí y mis nervios. Sobre todo, si no dejaba de mirarme como lo hacía.

Capítulo 14



Unos minutos antes…

Lars

—Pensábamos que no vendrías —me dijo Charlie cuando me puse frente a ellos.

—¿Se puede saber por qué? —Arqueé una ceja, colocándome bien la chaqueta del traje.

—Porque siempre eres puntual y te has retrasado diez minutos —contestó Lewis—. Hola, tío.

—Hola —saludé a ambos—. He salido con tiempo de casa, pero ni Finn ni yo podíamos prever que nos quedaríamos atrapados dentro del coche por una manifestación. Hasta que no han liberado la carretera para ir hacia otro lado, no hemos podido movernos —me justifiqué.

—Joder, menuda suerte —negó Charlie.

—¿Dónde está Finn? —preguntó Lewis, buscando por encima de mi hombro.

—Se ha ido ya, volverá cuando lo avise para irme.

—Es el único con suerte hoy, me encantaría estar en su piel esta noche y no ser empresario. —Rio Lewis.

—¿Cómo está el ambiente? —Quise saber, mirando hacia la otra acera.

—Ya lo ves, con mucho movimiento de flases —respondió Charlie.

—Vamos y terminemos cuanto antes con eso —dije decidido.

Con cada uno de mis amigos a mis lados, cruzamos la carretera y llegamos cerca de la entrada del hotel donde se celebraba la fiesta.

En cuanto nos vieron, dirigieron todos los focos hacia nosotros. Mis amigos sonrieron, yo me mantuve en mi línea. Que yo supiera, al menos no recordaba otra cosa, en ninguna de las fotografías que me habían sacado a lo largo de mi vida había sonreído. En esta ocasión no fue diferente.

Llegamos a la zona donde capturaban las imágenes que al día siguiente saldrían en la prensa y estuvimos menos de dos minutos permitiendo que nos fotografiaran. No respondí a las preguntas que me hicieron después, simplemente di las gracias a todos por su trabajo y terminé con el espectáculo, dirigiéndome hacia la entrada del hotel.

Charlie y Lewis me siguieron sonrientes, todo lo contrario a mí. Al acceder al hotel, saludamos al hombre de seguridad que se encontraba en el interior, cerca de la puerta de acceso, y continuamos nuestro camino sin pararnos. Lo que no sucedió con la pareja que venía detrás. Nosotros no necesitábamos carta de presentación ni mostrar acreditaciones, éramos conocidos tanto por los asistentes a la fiesta, como por todos los que la organizaban.

Llegamos al salón en el que se celebraba la fiesta, con mucha paciencia. Nos costó caminar con normalidad por el pasillo, por la cantidad de personas que había y que se lo tomaban con calma.

—Esto cada vez es peor —dijo a modo de queja Lewis, echando un vistazo a todas las caras conocidas.

—Vamos a ser las almas de la fiesta —aseguró Charlie, situado entre los dos, colocando una mano en el hombro de Lewis y la otra en el mío.

—Eso lo tenemos claro los tres. —Rio Lewis, haciéndonos sonreír.

—Anda, mira, si nuestro amigo sabe curvar los labios —comentó Charlie jadeando, al ver mi sonrisa.

—No me toquéis las narices tan pronto —les advertí para que Lewis no continuara.

—Joderrr…

—¿Qué? —le preguntó Charlie a Lewis— ¿Qué has visto?

—A qué no, a quién —negó, mirándome de reojo—. No os lo vais a creer.

Reaccioné arqueando una ceja, sin saber por dónde saldría.

—Dilo ya —le pidió Charlie.

—Os acordáis el otro día comiendo, cuando vinisteis a buscarme al trabajo y fuimos al restaurante…

—Joder, pues, claro. ¿Qué pasa? —insistió Charlie.

—Me contaste que una mujer había chocado contigo al salir de una tienda —se dirigió directamente a Charlie, después se centró en mí—, y que tú te quedaste pensativo porque creíste que era la misma que chocó conmigo en la cafetería de España.

—Mmm… sí —habló Charlie, yo me mantuve callado.

—Lars dijo que no podía ser, que se parecía mucho y que solo le había dado la sensación de que era la misma —continuó hablando hacia mí.

—¿Y qué? —Elevé las dos cejas.

—Pues que ya ha quedado aclarada tu duda. —Sonrió con picardía.

—¿Qué quieres decir? —quiso saber Charlie.

—Que sí era la misma mujer, la que se ve que es una experta en chocar con nosotros —dijo con humor.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Charlie.

—Porque hace poco tiempo que me sucedió a mí, e igualmente no olvido las caras fácilmente, y menos cuando merece la pena recordarlas —le contestó—. Acabo de ver a esa mujer aquí, justo en esta fiesta, en este salón —Rio—.

»Joder, pero vestida muy diferente a como iba en España. —Sacudió la cabeza—. Está impresionante y si os fijáis bien, haciendo un recorrido bueno por todo el salón, la encontraréis sin problema porque es la que más destaca, por su belleza natural y por cómo va. —Nos hizo un guiño.

—No jodas. —Se sorprendió Charlie, paseando la vista por todas las personas que nos rodeaban—. Mierda, es verdad. Está aquí —dijo al localizarla y reconocerla.

Antes que lo hiciera él, lo hice yo. En cuanto la encontré, no pude apartar los ojos de ella. Era verdad que estaba impresionante y que deslumbraba sobre el resto. El vestido dorado que llevaba, con brillantes combinados con tela lisa, le sentaba de maravilla. Resaltaba con el tono cálido de su piel, aparte de que destacaba por su forma.

El escote le terminaba en el estómago, por debajo de los pechos. Por la tela que faltaba sobre sus piernas cruzadas y la que sobraba cayendo por el taburete, supuse que era corto por delante y largo por detrás, con un acabado de pedrería en el bajo igual al que le decoraba los tirantes y las tiras que le cubrían los pechos.

—Qué fuerte —dijo Charlie—. Si a mí me ha dejado sin palabras… —Me miró de reojo, pero lo ignoré.

Sin ser consciente al principio, empecé a caminar en su dirección. Me tenía intrigado tanta coincidencia, eran demasiadas señales como para hacer saltar mis alarmas.

No es que la mujer fuese una amenaza, pero sentía mucha curiosidad y necesitaba saber cómo eran posibles tantas casualidades. Encontrarla en España, dos veces, después aquí, en Bruselas, tan solo días atrás… y en todas las ocasiones fue directa a mis amigos, a mi círculo cercano. El remate había sido encontrarla en esta fiesta, primero porque no podía relacionarla con ninguna empresa de Bélgica.

Y creedme, si lo estuviera lo sabría. Segundo, porque estaba seguro de que era española. Tal vez no estuve muy atento a ella la primera vez que chocó con Lewis en la cafetería de España, pero sí recordaba el tono de su voz y la forma de hablar. Definitivamente, era española y podía asegurarlo sin margen de error.

Mis amigos me siguieron en silencio. Nos acercamos, por un lado, hacia ella, por lo que no nos vio, aunque estaba entretenida con su móvil y no miraba en ninguna dirección.

Sin que se diera cuenta, me tomé unos buenos segundos para observarla más de cerca. Llegamos junto a la barra y sin llamar su atención, apoyé los brazos en la superficie y giré la cabeza hacia su posición. Continuaba con la vista fija en el teléfono.

Lewis me hizo un gesto con la cabeza, indicándome de que iba a hablarle, y asentí. Charlie lo siguió, aunque no tuvieron que moverse mucho. Nos habíamos parado muy cerca de su taburete.

Esperé impaciente para ver cuál era su reacción, porque no me cabía duda de que, igual que mis amigos la recordaban, a ella le sucedería lo mismo con Lewis y con Charlie, sin que conociera sus nombres. Al menos con el último seguro, porque solo hacía unos días de que chocara con él en la avenida Louise.

—Vaya… —dijo Charlie, para llamar su atención.

—Increíble… —añadió Lewis, sonriente.

Consiguieron su propósito, la mujer levantó de golpe la cabeza, olvidándose del móvil para mirarlos a ellos. Su sorpresa fue evidente e inmediata, no supo qué decir y agrandó los ojos al encontrarse de frente con los dos. Movió los ojos de uno a otro, varias veces.

—¿Cómo…? —Fue lo poco que consiguió decir.

Estaba claro que los había reconocido, porque tenía una expresión de no creerse lo que estaba viendo. Al menos esa espontaneidad me hizo saber que no había venido a la fiesta con ninguna intención, que no tenía ni idea que se los encontraría aquí. Me sorprendí a mí mismo cuando me di cuenta de que sentí alivio por ese motivo.

No voy a negar que había pensado que quería conseguir algo de ellos, incluso que había propiciado todos los encuentros casuales para acercarse a mis amigos, como una forma de llegar hasta mí. En mi vida tenía que ir con pies de plomo para sentirme seguro con todo mi entorno, el de fuera de mis personas de confianza. Por desgracia había visto y vivido de todo, y las experiencias malas marcaban dejando huella.

Mi confianza no se ganaba fácilmente, pero así me iba bien y no iba a cambiar.

—Así que es verdad —comentó Charlie, como si no supiera, ya que era ella.

—Eso parece —dijo Lewis, divertido.

—Es la misma mujer —continuó Charlie, y sus labios se curvaron en una sonrisa de medio lado.

Él y Lewis se miraron, hablándose en silencio con ese simple gesto. Los años de amistad favorecieron para que se entendieran a la perfección. Nos leíamos estupendamente los tres, sin la necesidad de pronunciar ni una palabra. Al final ampliaron sus sonrisas y supe muy bien cuál era el motivo, el que por cierto, ignoré.

Fue justo en ese instante en el que la mujer se dio cuenta de mi presencia. Nuestros ojos se encontraron y noté cómo contenía la respiración, agrandando los ojos. Tampoco esperaba encontrarme a mí, lo que sumó aún más a su favor, según mi punto de vista.

Tuve la sensación de saber todo lo que estaba pasando por su cabeza en este momento, mientras yo continuaba observándola con intensidad.

—¿No te parece muy interesante, Lars? —me habló Charlie.

A ella no le hizo saber nuestros nombres para saber que esa pregunta iba dirigida a mí. Fruncí el ceño, metido en mis pensamientos, por lo que me mantuve callado. Mis amigos se movieron para quedarse frente a mí, esperando una respuesta que no me molesté en darles.

El cuerpo no lo moví de mi posición en la barra, lo que sí hice es mover los ojos para recorrer el cuerpo de la mujer, de la cabeza a los pies. Si desde lejos se veía impresionante, de cerca cortaba la respiración. Me había quedado claro desde que llegué a su lado.

Ella enderezó la espalda bajo mi observación intensa y lenta. Me tomé mi tiempo para mirar cada pequeño detalle de ella, sin prisa. Era un espectáculo precioso para los sentidos.

Contuve una sonrisa para no mostrar la diversión hacia fuera, cuando detecté su desconfianza, mientras que al mismo tiempo levantaba la barbilla. Igualó mi descaro, me recorrió con la vista, dándome un buen repaso, lo que me creó más diversión. A pesar de su actitud, se notaba que estaba muy nerviosa y que la situación la había superado.

—Definitivamente, es muy interesante —le respondí por fin a Charlie, sin dejar de mirarla.

—Menuda sorpresa, ¿eh? —le dijo Lewis.

—Eh… sí —le respondió ella, centrándose en él—. No esperaba… quiero decir…

—Lo sabemos —la interrumpió Charlie, ayudándola—. Cuando te hemos visto, nos hemos dado cuenta, al comentarlo, que eras la mujer que chocó con los dos, pero en diferentes países —señaló a Lewis—. Parece increíble, pero así es.

—Lo siento. —Se ruborizó—. Muchas veces voy por la vida despistada —negó.

—Tranquila, por mí puedes chocar conmigo siempre que quieras. Tienes mi permiso. —Le hizo un guiño Lewis, provocando que se sonrojara más.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Charlie.

Yo escuchaba atento, pero continué quedándome al margen para darle tiempo a que se recompusiera poco a poco.

—Ivy.

—Nosotros somos Lewis, Lars y Charlie —nos presentó Charlie, señalándonos.

—Precioso nombre —comentó Lewis—. ¿Sabes que Ivy en inglés significa hiedra?

—Sí —le respondió ella, sonriendo.

—Me encanta esa planta —continuó Lewis—. Da luz y frescor, y es un símbolo de resistencia, crecimiento, fidelidad y constancia. Crece trepando en busca de la luz del sol para florecer, pero también se adapta a las sombras como un camaleón. Sobrevive, independientemente de las condiciones en las que nazca.

»Es persistencia, fuerza y vitalidad. Se mantiene por sí sola sin necesitar muchos cuidados, pero si la riegas, se dispara su crecimiento. Muchos dicen que es eterna, perenne, porque dura años y años. Aparte de su belleza, tiene muchas propiedades curativas muy beneficiosas. ¿Lo sabías? —ella negó.

—Joder, tío, me has impresionado hasta a mí. —Soltó una carcajada, Charlie—. Increíble, no tenía ni puñetera idea de que eras una enciclopedia andante. —Sacudió la cabeza y terminaron riendo los dos.

Ivy sonrió al verlos, visiblemente más relajada. Yo fruncí los labios para no reírme con mis amigos, por el despliegue que acababa de hacer Lewis. Me centré en el camarero que se puso delante de mí, al otro lado de la barra, y le pedí ginebra, a lo que se apuntaron Charlie y Lewis.

Capítulo 15



Ivy

Con esa forma de hablarme, tan espontánea y cercana, Lewis y Charlie habían conseguido tranquilizarme un poco. Ahora sabía sus nombres, ya no eran dos caras y cuerpos de dos personas desconocidas con los que me crucé, o más bien choqué.

Mis despistes me salían muy caros, al menos eso había pensado al verlos a mi lado. Todavía me parecía sorprendente la coincidencia, y más al saber que ambos eran amigos de Lars. Todo comenzó en España, aunque no recordaba que Lars estuviera en mi país. Tal vez sí.

Cuando sucedió lo de la cafetería, solo me centré en Lewis, y la noche del *pub* sabía que este estaba acompañado por dos hombres más. Uno estaba a su lado en la barra, pero no se encontraba aquí con ellos. Al otro no llegué a verlo. Aunque les di la espalda después de saludar a Lewis y de alejarme de él, mis amigas me dejaron claro cuántos eran.

Pude comprobarlo por mí misma cuando me avisaron de que las buenas vistas se iban del local. En aquel momento miré hacia atrás y vi las espaldas de los tres hombres. La luz era demasiado tenue en el interior como para poder intuir ahora quién podía ser el tercero. Quizá era Lars, ni idea.

Al pensar en mis amigas, oculté una sonrisa porque mañana, cuando las viera y les explicara cómo había cambiado la noche, no se lo creerían.

Normal, a mí todavía me costaba, a pesar de que tenía la prueba delante de mis narices.

Me moví en el taburete, nerviosa. No podía relajarme del todo porque notaba la mirada de Lars puesta en mí. Me acordé de las palabras de Paula, las de que me lanzara encima de mi objetivo esta noche y que le metiera mano si estaba bueno. Ese calificativo se quedaba corto al referirme a Lars.

Por instinto busqué a mi padre, ahora más que antes debía estar muy atento a mí, por quién tenía a mi lado. No lo encontré.

—¿Quieres otra copa? —me preguntó Lewis.

—La tengo a la mitad. —Señalé hacia atrás.

—Ya debe estar caliente, no queda hielo —me sonrió.

—La verdad es que no sé qué he tomado. El camarero me ha preparado un combinado que está riquísimo, pero no me ha dicho el nombre. Solo que si quería otro que lo buscase.

—Chico listo, no ha perdido la oportunidad contigo. —Me hizo un guiño.

—No, no… —Levanté las manos—. En ningún momento él…

—No hace falta, hay muchas formas de acercarse a una mujer preciosa como tú —intervino Charlie.

Me ruboricé y poco faltó para que el móvil que había dejado sobre mis piernas se cayera al suelo. Me dejó descolocada que fuera Lars el que reaccionara rápido para cogerlo al vuelo. Agachado cerca de mis piernas, levantó la mirada para encontrarse con la mía.

¿Por qué mierda tenía que transmitirme tanta intensidad? Se incorporó despacio, dándome el móvil sin decir nada.

—Gracias.

Maldije interiormente, porque con esa simple palabra me salió la voz entrecortada. Durante unos segundos los dos mantuvimos los dedos sobre el teléfono, hasta que él lo soltó. Abrí el bolso para guardarlo rápido, más que nada, porque terminaría teniendo un mal final si este hombre continuaba cerca de mí.

—Voy… voy al baño —les dije bajándome despacio del taburete.

Me temblaba todo el cuerpo y tuve miedo de que las piernas cedieran y me fuera al suelo subida a las sandalias de tacón.

—Claro, si no te importa, te esperamos aquí —comentó Lewis.

—Para nada. La verdad es que lo agradezco.

—Normal, estas fiestas son un aburrimiento —afirmó Charlie.

—Ahora que no nos oye nadie. —Miré a los lados—. Sí —le confirmé.

Charlie me guiñó un ojo, mientras que Lewis rio. No quise mirar hacia Lars, ese hombre estaba prohibido, por el momento. Tenía gracia porque él era el motivo por el que había venido a esta fiesta, pero necesitaba alejarme un poco de él para recuperar todas mis habilidades innatas porque las había perdido con su presencia, si darme cuenta.

Caminé centrada en cada movimiento de mis pies, controlando la estabilidad. Creo que conseguí aparentar normalidad, al menos no me tambaleé y conseguí llegar hasta la puerta doble más cercana del salón, sana y salva. Abrí una de las hojas y salí, liberando un poco del peso que sentía.

Me estremecí por el cambio de temperatura que hacía fuera del salón. Con la calefacción y tantas personas llenándolo, se notaba mucho el contraste al salir al pasillo. Caminé por él siguiendo la indicación del baño, con urgencia por llegar.

Inevitablemente, pensé en Lars porque no sabía cómo acortar la distancia que nos separaba. Al no ser un desconocido total, lo tenía más complicado, y sumándole lo que me atraía… era algo que no podía controlar, al igual que los nervios que me provocaba. Con su expresión seria y distante, me era imposible llegar a comprender o imaginar lo que pensaba sobre mí.

Antes de encontrármelo en la fiesta y saber quién era, en mi cabeza me había hecho una idea preconcebida sobre él. Por los comentarios de mi padre y al conocer que era un gran empresario de éxito, a pesar de su juventud, y por todo lo que conllevaba, pero ahora no tenía claro que hubiera acertado con mis suposiciones y pensamientos.

El gran problema era que no habíamos intercambiado ni una palabra. ¿Cómo iba a acercarme a él? Los únicos que habían hablado conmigo habían sido sus amigos. La actitud de Lars podía interpretarla como que no se sentía a gusto conmigo cerca, sus gestos me indicaban precisamente eso, pero, por otro lado, la forma que tenía de mirarme…

Era como si quisiera ver más allá en mi interior, incluso hasta donde yo misma no llegaba. Volví a sentir un escalofrío, pero en esta ocasión no tuvo nada que ver con el frío.

Cada vez veía más complicado conseguir mi propósito y me fastidiaba tener que decirle a mi padre que había fracasado antes de intentarlo. Una cosa hubiera sido entablar una conversación con Lars, acercándome a él sin conocernos ninguno de los dos y que la situación hubiese salido de cualquier forma, aunque hubiese finalizado la noche sin conseguir nada. Pero otra muy diferente era en lo que estaba metida de repente y sin aviso.

Llegué al baño y entré en una de las cabinas. Me encerré en ella, como si así pudiera huir. Después de unos minutos sin moverme, con la espalda apoyada en la pared, hice lo que necesitaba y salí para lavarme las manos. Coloqué el bolso a un lado y abrí el grifo. Por unos instantes solo miré mi reflejo en el gran espejo que iba de pared a pared.

Mi aspecto era el mismo que cuando me fui de mi habitación. El maquillaje estaba intacto y el vestido seguía quedándome igual de bien. No supe qué esperaba que me devolviera el espejo, quizá al sentirme mal todo lo contrario a lo que vi. Solté un suspiro y me lavé las manos.

Hice una mueca mientras me las secaba, por el dolor de pies. Teniendo en cuenta que la mayor parte del tiempo había estado sentada en el taburete, y todo lo que quedaba de noche… aunque a lo mejor me iba pronto, si no le encontraba sentido a alargar el tiempo en la fiesta.

Miré mi imagen por última vez en el espejo, alisándome el vestido y colocando bien la parte de la falda. No era necesario, pero cualquier cosa me servía para retrasar mi llegada al salón. Cogí el bolso y me decidí a regresar, a pesar de que no tenía ganas de volver a enfrentarme a unos ojos y una mirada que me dejaban fuera de juego.

Cuando abrí la puerta, me llevé una nueva sorpresa, me encontré con Lars en el pasillo. Estaba apoyado en la pared de enfrente y levantó la cabeza hacia mí, al escucharme. Parecía que estaba ahí esperándome. ¿Era así? ¿Qué hacía aquí si no?

Miré hacia los lados, esperando encontrarme con Lewis o Charlie, o con ambos, pero el pasillo estaba solitario, a excepción de nosotros dos. Tragué saliva y giré la cabeza despacio hacia Lars.

—Hola —dije por decir.

—Hola —me correspondió.

Por primera vez me habló directamente. Normal, no había nadie más.

—¿Qué haces aquí? —Tuve la necesidad de preguntarle.

Di un paso para salir al pasillo, dejando que la puerta se cerrara de golpe a mi espalda.

—Quería hablar contigo a solas —dijo y fruncí el ceño.

—¿Es la primera vez que me hablas y quieres que sea aquí?

—Por lo visto, sí —confirmó.

—¿Qué quieres decirme?

—Tengo curiosidad por saber qué haces en esta fiesta.

Me cagué en todo mentalmente, mientras pensaba una respuesta rápida.

—Recibí una invitación y la acepté —contesté encogiéndome de hombros, como si nada—. No entiendo qué interés tienes en saberlo.

—¿Una invitación y ya está? —asentí— ¿De quién?

—No tengo por qué contarte mi vida. —Arqueé una ceja.

—Ya veo… —Ladeó la cabeza, observándome fijamente—. ¿Cuánto hace que estás en Bruselas? Me pregunto cómo puede ser que una chica española, que seguramente ha venido de viaje, haya recibido una invitación a esta fiesta, cuando es muy difícil conseguir entrar si no te conocen los organizadores o algún invitado.

—Pues sigue preguntándotelo, por mí no lo vas a saber. ¿O acaso tú sin conocerme, me contarías algo que pertenece a tu privacidad?

No me respondió, se mantuvo callado, antes de impulsarse de la pared y empezar a caminar hasta mí. Me quedé inmóvil, esperando qué vendría a continuación.

—Eres demasiado bonita para que te utilicen —comentó en tono bajo, frente a mí.

—Eh… gracias. —Carraspeé—. Pero nadie me está utilizando. —Alcé la barbilla—. No me conoces, por lo que no sabes que lo que has dicho es imposible. No soy manipulable y no entiendo a qué mierda viene esta conversación. —Fruncí el ceño.

—¿Sueles decir palabrotas? —me preguntó y noté una pizca de diversión.

—Si me tocan las narices, sí. —Arqueé una ceja.

—Entiendo… —Dio un paso más.

No dejó espacio entre nosotros, por lo que yo tuve que dar uno hacia atrás. Para mi mala suerte me encontré con la puerta del baño y no fui muy lejos. La respiración se me descontroló, el pecho me subía y bajaba rápido, y una sensación demasiado agradable se apoderó de mí cuando Lars casi se pegó a mi cuerpo.

—Dime, Ivy, ¿lo tuyo es ir tropezando con todo el mundo por la calle, o solo con los que te interesan?

—¿Perdona? —Jadeé, agrandando los ojos—. Te estás pasando.

—¿De verdad? —Ladeó un poco la cabeza y mis ojos traicioneros se dirigieron a su boca—. ¿No te gusta mi cercanía?

—Ahora mismo no, y mucho menos tus palabras y la insinuación que has hecho. Lo que más me gustaría es que desaparecieras.

Contuve la respiración cuando cogió un mechón de mi pelo entre los dedos. Asombrada y paralizada, vi cómo jugaba con él, sin apartar la mirada de la mía.

—Tan suave como imaginaba —afirmó en tono bajo.

—¿Qué haces? —susurré.

—No lo sé.

Su respuesta me pareció sincera, a lo mejor fue porque yo tampoco sabía qué estaba haciendo y permitiendo.

—¿Puedo confiar en ti, Ivy?

—No soy yo quien tiene que responder a esa pregunta —murmuré—. Por mucho que te diga, eres tú el que tendrías que darte cuenta. Pero para eso…

—Buena contestación… ¿Qué?

—Que para que eso sucediera tendríamos que conocernos.

Unas voces a los lejos rompieron el momento. Lars se apartó de mí, yo no pude moverme del apoyo de la puerta porque me temblaba todo el cuerpo.

—Tal vez…

Con esas palabras, después de observarnos mutuamente, se giró y se fue caminando con tranquilidad por el pasillo. Me acordé de cómo se respiraba con normalidad cuando puso una buena distancia entre nosotros. Cuando

Lars giró a la derecha al final del pasillo, no tardó en aparecer un grupo de cuatro mujeres. Hablaban y reían, venían directas hacia mí.

Me di unos segundos más de tiempo para encontrar las fuerzas para moverme. Lo hice antes de que se acercaran demasiado. Caminé despacio y, a pesar de lo inestable que me sentía, me mantuve recta al pasar por al lado de ellas. Las saludé con amabilidad, obteniendo lo mismo de las cuatro.

—¿Qué narices ha pasado? —me pregunté, alterada.

Llegué hasta la puerta del salón, sin saber cómo fui capaz de hacerlo. Tenía la sensación de que Lars me había pillado en el engaño de alguna manera, por las preguntas que me había hecho y su insistencia. Aunque no tuviese sentido.

Me quedé mirando la puerta doble cerrada y tomé una decisión. Abrí el bolso y saqué el móvil. Lo desbloqueé y entré en la aplicación de mensajes para escribirle a mi padre.

—Eh… Ivy. —Me sobresalté al escuchar la voz y me giré, encontrándome con un sonriente Lewis.

—Hola.

—¿Te vas? ¿Abandonas ya la maravillosa fiesta? —me preguntó con interés.

—Yo… —Miré hacia la puerta—. No me apetece quedarme —negué—. Y estoy muy cansada.

—Vaya, es una pena.

—Gracias. —Me esforcé en sonreírle.

—Oye, ¿estarás mucho tiempo en Bruselas? Supongo que has venido de viaje.

—Sí, pero no sé todavía cuándo me iré. En principio no tengo vuelo de regreso. Tal vez esté aquí una semana o dos.

—Estupendo. Podemos intercambiar los números de teléfono, siempre viene bien una cara amiga en un país extranjero. —Sonrió—. Sé que no somos amigos, pero…

—Te he entendido —asentí—. Te agradezco el detalle.

—Marca mi número y hazme una llamada perdida.

Me lo pidió con tanta decisión y entusiasmo que no fui capaz de decirle que no. En este momento no estaba para mucho, así que sin decir nada, salí de la aplicación de mensajes y accedí a la de llamadas. Tecleé el número que me dijo y llamé. El teléfono de Lewis sonó y él lo sacó sonriendo.

—Ya te tengo. —Me hizo un guiño.

—Vale —solté un suspiro.

—¿Estás bien?

—Sí, sí… —asentí— Me voy ya, ha sido un placer conocerte.

—El placer ha sido mío, Ivy. Que tengas buena noche.

—Gracias. Igualmente, Lewis.

Pasé por su lado y me alejé de él, notando su mirada en la espalda. Esta vez sí, entré en la aplicación de mensajes.

Ivy: *Papá, me voy a casa. No te preocupes, es muy pronto para que tú salgas. Ahora pido un taxi.*

Mientras esperaba su respuesta, guardé en la agenda telefónica el número de Lewis.

Papá: *¿Qué ha pasado? ¿Dónde estás? Hace un rato que saliste del salón y no te he visto entrar.*

Ivy: *He ido al baño, acabo de salir. Y no ha pasado nada, simplemente me siento muy cansada. Lo siento, no he podido ayudarte.*

Papá: *No pienses en eso ahora, lo único que me importa eres tú. ¿Aparte del cansancio te encuentras mal por algo? Lars hace unos segundos que ha vuelto al salón, ha estado un rato fuera y…*

Ivy: *No.*

Papá: *De acuerdo… Hija, ahora no puedo salir para irme contigo. Lo haría encantado, pero en diez minutos me anunciarán para que suba a la tarima que han preparado para los invitados de honor. Tengo que dar un discurso, no puedo evadirlo y desaparecer sin más. Al menos hasta que termine de hablar.*

Ivy: *Lo entiendo, papá. Ya me lo imaginaba. No te preocupes por mí.*

Papá: *Voy a llamar a Louis para que venga rápido a recogerte. Espera un poco dentro del hotel, él se pondrá en contacto contigo para avisarte de que ha llegado y te esperará al inicio de la calle. No quiero que estés fuera sola, cuando hables con él, sal y ve directamente hasta el coche.*

Ivy: *De acuerdo. Gracias, papá.*

Papá: *No me des las gracias por eso. Descansa mucho, mañana hablamos. Te quiero.*

Ivy: *Igualmente, que te vaya genial el discurso. Te quiero.*

Guardé el móvil en el bolso y saqué el tique para intercambiarlo por mi abrigo. Cuando lo tuve puesto recorrí el resto del pasillo y llegué a la zona de la entrada del hotel. Estaba muy tranquila, las puertas se encontraban cerradas y la única persona que había, aparte de mí, era el hombre de seguridad que pasaba su tiempo sentado en una silla que quedaba alejada de mí.

Louis vendría rápido. Conociéndolo a él y a mi padre, sabía que llegaría en tiempo récord. Como no iba a esperarlo de pie, más que nada porque era demasiado para mis pies doloridos, me dirigí hacia uno de los sofás que había hacia el lado izquierdo y me senté.

Capítulo 16



Lars

Miré la hora en el despertador por segunda vez. Ya eran las diez de la mañana.

Hacía media hora que estaba despierto, pero continuaba en la cama. No me apetecía moverme y, aunque debía hacerlo, coloqué un brazo debajo de la cabeza y me quedé mirando al techo.

La claridad entraba por la corredera de la terraza y las ventanas de mi habitación, de esas nunca bajaba las persianas. Normalmente, me levantaba muy temprano, incluso los fines de semana, cuando todavía estaba oscuro en el exterior.

No me acordaba del tiempo que hacía que retrasaba mis obligaciones, para ser sincero nunca lo había hecho. La fiesta fue anoche, pero no era el motivo que me retenía entre las sábanas. Después del giro que dio, me refiero a la huida de Ivy, estuve el tiempo recomendado y me largué.

Llegué a casa rozando la medianoche, los pensamientos y el darle vueltas a la cabeza fueron los responsables de que al final me durmiera de madrugada.

Continué tumbado en la cama durante unos minutos más, perdido de nuevo en los recuerdos. Una parte de mí se sentía mal desde anoche,

culpable por ser el responsable de la ausencia de Ivy. Sabía perfectamente que yo era la causa por la que desapareció, después de que fuera a buscarla a la salida del baño, ya no regresó al salón. Con su comportamiento y reacciones me dejó claro que mis dudas eran del todo infundadas.

Cuando se fue al baño, tuve la necesidad de ir hasta ella para tener una conversación en la que tuviéramos privacidad. Si es que se puede llamar conversación a las preguntas que yo le hice y a las respuestas que ella me dio. Comprendía la actitud y las reacciones que tuvo, yo era un desconocido para Ivy y no tenía ningún derecho a meterme en su vida, porque en cierta forma es lo que hice al querer sacarle información.

Cerré los ojos unos segundos y cuando los abrí, retiré las sábanas para levantarme de la cama. Fui directo al baño y después al vestidor, donde me quité el pantalón largo del pijama y la camiseta. Me vestí con ropa cómoda, tenía planificado el día desde casa, como ya anticipé, no iba a moverme de aquí.

Salí de la habitación, guardándome el móvil en un bolsillo, y fui hacia la escalera, para ir a la cocina. Lo primero que necesitaba era un café bien cargado, con ese pensamiento, bajé los escalones.

—Buenos días, Lars —me dijo Odette sonriente.

—Buenos días.

—Me alegra verte salir de la habitación tan tarde.

—Yo me alegro de que uno de los dos se alegre —dije, provocando que riera.

—Has descansado, es buena señal.

—Supongo que sí.

—Finn está haciéndole compañía a Lucie en la cocina.

—Gracias.

Ambos continuamos nuestros caminos, Odette para encargarse de alguna zona de la casa. Era el ama de llaves. De todos los que trabajaban para mí en esta vivienda, ella era la que llevaba más años conmigo, dirigiendo y organizando que todo funcionase bien. Nos teníamos un cariño especial.

Lucie era la cocinera, la dueña y señora de ese espacio en el que daba vida a unas comidas excelentes e inmejorables, muchísimo más que las que podían preparar los mejores cocineros de los restaurantes de alta cocina.

Cuando aparecí en la cocina, Finn estaba sentado en un taburete de la isla, con una taza de café entre las manos. Lucie, por lo visto, había decidido que hoy era el día indicado para hacer cambios en los armarios. Tenía toda la larga encimera ocupada.

—Buenos días, dormilón —me dijo Finn y Lucie se unió a su saludo.

—Ahora mismo te preparo un café —comentó ella y asentí.

—Gracias.

Me acerqué a la isla, pero me quedé de pie, con las manos apoyadas en la superficie.

—¿Hace mucho que has llegado? —le pregunté a Finn.

—Más o menos —me respondió y lo miré con curiosidad.

Él sabía perfectamente que hoy no tenía que llevarme a la empresa, como también que no tenía intención de salir de casa. Por tanto, no entendí que

hubiese venido hasta aquí, pudiendo aprovechar su tiempo libre en lo que le apeteciera.

—He entrado a tu habitación hace una hora, aproximadamente, bello durmiente —continuó hablando, con un toque de humor—. Quería asegurarme de que respirabas. —Sonrió de medio lado—. Cuando he llegado y Odette me ha dicho que todavía estabas descansando, me he temido lo peor.

—Lo peor —repetí, sacudiendo la cabeza por su exageración—. ¿Y se puede saber por qué has llegado a esa conclusión? —Tamborileé los dedos sobre la encimera de la isla—. Me trajiste de la fiesta y solo me bebí dos copas.

Lucie dejó mi taza de café sobre la isla, sonriéndome, y se lo agradecí antes de que continuara trabajando con los armarios.

—No puedes decir que no es raro que te levantes tan tarde. —Arqueó una ceja Finn.

—Voy a tener que acostumbrarte para que no te preocupes tanto por mí.

Cogí la taza y me la llevé a los labios, para darle el primer sorbo al café. Me sentó genial porque estaba como me gustaba.

—¿Qué haces aquí?

—¿Me estás echando? —me preguntó con diversión.

—No me hagas responderte —dije, provocando que riera.

—Quería verte —contestó y fruncí ligeramente el ceño.

—Me ves cada día y de esta vez a la última hace pocas horas.

—No te sienta nada bien dormir tanto, ¿eh?

—¿No tienes que ocuparte de tu casa? ¿Dar un paseo? ¿Entretenerte con cualquier cosa menos en tocarme las narices? —le pregunté, ocultando la sonrisa con la taza, antes de volver a beber.

Su respuesta fue soltar una carcajada. Hasta Lucie, de espaldas a nosotros, emitió varios sonidos intentando contener la risa.

—Vamos a mi despacho, tengo que ponerme a trabajar —le pedí.

Finn asintió y se terminó su café, mientras se bajaba del taburete. Salimos de la cocina despidiéndonos de Lucie y nos dirigimos a mi despacho que se encontraba en la planta baja.

Al entrar, fuimos directos hacia el escritorio, donde Finn ocupó una silla frente a mí. Dejé la taza y el móvil a un lado, para abrir la tapa del portátil.

—¿Vas a estar observándome todo el tiempo? —le pregunté sin mirarlo, escribiendo la clave de acceso.

—Estoy esperando que me cuentes qué te sucedió anoche. —Levanté la cabeza—. Y no se ocurra decirme que nada. —Arqueó una ceja—. Cuando fui a recogerte a la fiesta, tenías un carácter pésimo y por más que te pregunté, no conseguí sacarte qué te había puesto de mala leche.

—Sabes de sobra que esas fiestas son un aburrimiento.

—Ya… pero aburrimiento no es lo mismo que cabreo. —Se cruzó de brazos.

—¿Te acuerdas de la mujer que se acercó a Lewis en el *pub* de España? Estabas con él, yo fui al baño.

—Sí. —Frunció el ceño—. Si no me equivoco, era la misma que se tropezó con Lewis el primer día que llegamos.

—Correcto. —Cogí la taza—. Hace unos días volvió a suceder, pero en esa ocasión tropezó con Charlie al salir de una tienda en la avenida Louise. Está aquí, en Bruselas.

—Joder, qué casualidad. —Se sorprendió.

—Mucha. —Bebí un sorbo de café, pensativo—. Anoche era una invitada a la fiesta.

—No fastidies. ¿En serio? —Abrió los ojos con asombro.

—Fue Lewis el primero que la vio y nos acercamos a ella. Me podía la curiosidad, era muy extraño.

—¿Y?

—Que creo que la cagué. —Coloqué la taza al lado del portátil y apoyé los brazos en la mesa.

—¿Cómo? —Frunció el ceño.

—En cuanto tuve la oportunidad, me quedé a solas con ella. Fue al baño y aproveché para hacerle algunas preguntas.

—¿La interrogaste? —Agrandó los ojos.

—No lo veo de esa forma. —Arqueé una ceja—. El tema es que después de ese breve encuentro no volvió a aparecer en la fiesta. Se fue y me sentí culpable. Por eso salí cabreado y cuando me monté en el coche no quería hablar. Era lo que menos me apetecía.

—Entiendo. —Ladeó la cabeza, observándome atentamente.

—¿Qué?

—Nada —respondió y elevé las dos cejas—. Por ahora.

Se levantó despacio y caminó hacia la puerta.

—Te dejo tranquilo por un rato, estaré por aquí.

Con esas palabras salió del despacho. Separé la silla de la mesa y la giré con la taza en la mano, hacia la corredera que daba al jardín. Me tomé el café con calma, pensativo, y cuando me cansé de darle vueltas al mismo tema, insistentemente, me puse a trabajar.

Unos diez minutos más tarde, Finn volvió a entrar en silencio. Desvié la vista de la pantalla del ordenador para ver cómo se movía por mi despacho. Caminó de un lado al otro, sin sentido, y salió sin decirme nada. Sacudí la cabeza y me concentré de nuevo, hasta que después de repetir lo mismo varias veces, tuve que saltar.

—¿Se puede saber qué haces? —le pregunté.

—¿Yo? Pasear —respondió y fruncí el ceño.

—Y con lo grande que es la casa, que tiene espacio más que suficiente para perderte, y con todos los kilómetros de terreno verde que nos rodean, ¿no tienes otro sitio para hacerlo? Cada vez que entras, me distraes.

—Es que estoy pensando y contigo cerca lo hago mejor. —Sonrió de medio lado.

Me eché hacia atrás en la silla, apoyando la espalda en el respaldo. Coloqué el codo en el reposabrazos y me acaricié la barbilla, observándolo fijamente.

—Estoy esperando que me digas de una vez por todas lo que quieres decirme, por si no te has dado cuenta —le dije.

—¿Por qué no haces un parón y salimos a los jardines? —me preguntó y arqueé una ceja.

—Que no haya ido a la empresa no significa que no tenga mucho trabajo. Tengo que…

—Vamos, Lars, date un respiro. —Sacudió la cabeza—. Si hoy te tomas el día libre no va a suceder nada, bueno sí, que desconectarás y descansarás. Es lo suficientemente importante. —Sonrió de medio lado—. He hablado con Charlie, viene para acá con Lewis. Al final, Lewis ha seguido el ejemplo de Charlie y los dos se han olvidado de sus responsabilidades por un día. Solo faltas tú.

—¿Lo has llamado?

—No, solo he descolgado su llamada. —Dirigió la mirada hacia la corredera—. Hace muy buen día, vamos a pasarlo los cuatro juntos. Es un buen plan, ¿no?

Fijé la vista en la pantalla y terminé soltando un suspiro.

—Dame unos minutos —le pedí.

Negué cuando se sentó en la silla de enfrente, feliz y satisfecho. Terminé de redactar el informe que tenía a medias, lo que me llevó un poco más, y en cuanto lo guardé, cerré el ordenador.

—¿Contento? —le pregunté al bajar la tapa.

—Pletórico. —Me hizo un guiño y soltó una carcajada.

Puse los ojos en blanco, levantándome de la silla. Cogí la taza y salí del despacho, seguido de cerca por él. Nada más entrar en la cocina, Lucie me la quitó de la mano de la mano y nos echó, literalmente.

Subí un momento a mi habitación para ponerme una chaqueta con la que llevar el frío mejor, y cuando me reuní con Finn, que ya se había colocado la suya, fuimos a los jardines a hacer tiempo hasta que llegaran nuestros amigos.

—¿Te has parado a pensar por qué te afectó tanto? —me preguntó de una forma distraída, mientras caminábamos por la hierba— Me has dicho que yo te estaba distrayendo, pero no es verdad. Te costaba concentrarte y eso no es normal, para nada.

—No sé a qué te refieres —le dije, aunque ambos sabíamos que estaba esquivando el tema.

—Tranquilo, si necesitas que te lo aclare, lo hago. —Sonrió de medio—. Me refiero a la mujer de la que me has hablado, con la que hablaste anoche y echaste de la fiesta.

—Se fue por voluntad propia, yo no eché a nadie. —Lo fulminé con la mirada.

—No es lo que piensas, ni la sensación que tienes —comentó con tranquilidad—. Nunca te he visto alterarte por nadie fuera de tu círculo más estrecho, tu comportamiento y actitud hablan a gritos por ti.

—No sabes lo que dices —negué.

Nos giramos en la misma dirección cuando escuchamos el claxon de un vehículo. Nuestros amigos acababan de llegar y nos habían visto. Fue la interrupción perfecta para dejar olvidada la conversación, lo que agradecí.

Nos dirigimos hacia la casa para encontrarnos con Lewis y Charlie, los que se bajaron sonrientes del coche del segundo. Dejaron el vehículo a un lado de la fuente que decoraba la entrada.

Capítulo 17



—Mi querida, Odette, estaba deseando verte —le dijo Lewis, con una sonrisa encantadora.

—No te molestes, ya deberías saber que tu labia no me hace efecto. —Rio ella.

—Me hieres —continuó Lewis, llevándose una mano al pecho—. Cuando te canses de este —me señaló— vente a mi casa.

—Sigue viniendo de visita porque eso no ocurrirá nunca. —Le sonrió con cariño.

—¿Con lo serio que eres como puede ser que te adoren? —me preguntó girándose hacia mí.

—Pregúntatelo a ti mismo porque no eres inmune a Lars —habló Charlie y soltó una carcajada.

—¿Vais al salón? —nos preguntó Odette.

—Sí —le respondí.

—¿Queréis café?

Los cuatro afirmamos y ella asintió, diciéndonos que enseguida volvía. Se alejó de nosotros con una gran sonrisa.

—¿Qué tal has descansado? —me preguntó Charlie, cuando entramos al salón.

—Bien. ¿Os quedasteis hasta el final de la fiesta?

—¿Estás de broma? —Bufó Lewis—. Con la animación que había casi me quedé dormido en uno de los sofás —negó.

—Nos fuimos media hora después que tú —me confirmó Charlie—. Y demasiado fue.

—Cada vez que os escucho hablar de esas fiestas, me entran ganas de llorar —comentó Finn quitándose el abrigo para sentarse en uno de los sillones.

Los demás hicimos lo mismo, dejamos la ropa de abrigo a un lado y nos repartimos entre los dos sofás que había frente a la chimenea. El fuego estaba encendido para dar calidez, a pesar de que la temperatura en el interior de la vivienda era perfecta.

—Le he pedido a Sepp que lo encendiera —me aclaró Finn y asentí.

Sepp era el jardinero principal que se encargaba de todos los exteriores. Lógicamente, tenía a su cargo a dos ayudantes, Kobe y Morris, por las dimensiones de terreno en las que tenían que trabajar.

—Me alegra ver que tienes mejor carácter —me comentó Charlie.

—Gracias a mí —intervino Finn—. Si hubierais estado cuando se ha levantado…

—Tú sigue recordándomelo y el próximo día será peor —le advertí—. Deja de exagerar —negué.

—Porque anoche la cagó y lo sabe —añadió Lewis. Subió un brazo en el respaldo del sofá y cruzó las piernas—. No sé qué narices le dijiste a Ivy para que tomara la decisión de irse de la fiesta, pero cuando me encontré con ella frente a la puerta del salón la estaba mirando fijamente, indecisa. Aparte de que era visible que estaba nerviosa —dijo con una ceja arqueada.

Odette entró al salón cargando con una bandeja en la que llevaba las tazas de los cafés, el azúcar y un plato con galletas variadas. Lo colocó todo sobre la mesa baja que quedaba frente a los sillones y sofás.

—Que aproveche. —Nos deseó y se lo agradecimos—. ¿Os quedáis a comer? —les preguntó a Charlie y a Lewis.

—Por supuesto —le confirmó Lewis—. Pero dile a Lucie que no se complique, cualquier comida que prepare estará deliciosa. —Le hizo un guiño.

—Perfecto. —Le sonrió Odette.

Nos dejó solos y por unos segundos en el salón reinó el silencio. Dirigí la mirada hacia el fuego, hasta que me incliné hacia delante para endulzar un poco mi café y coger la taza. Volví a acomodarme en el sofá bebiendo el primer sorbo.

—Necesitaba respuestas —dije sin mirar a ninguno.

—¿Y las conseguiste? —me preguntó Charlie, con los brazos apoyados en las piernas.

—Más o menos —le respondí—. Ivy no fue clara, pero, aunque estuvo a la defensiva, interpreté lo suficiente.

—Es lógico que actuara de esa forma. —Sacudió la cabeza Lewis.

—Lo sé. —Estuve de acuerdo con él, con la vista fija en las llamas.

—Lars, tienes que aflojar un poco —me pidió Charlie—. Entiendo las dudas que tienes, el motivo por el que quisiste hablar con ella. Créeme, a todos nos parece increíble las coincidencias que se han dado con Ivy, primero en España y después aquí. Pero por muy difícil que sea confiar en tantas casualidades, simplemente pasan.

—Si solo fuesen los tropiezos que ha tenido con vosotros en la calle, lo hubiese dejado estar, a pesar de la sorpresa. Pero que asistiera a la fiesta fue el remate —hablé pensativo—. El momento ese que has dicho, cuando la viste y te dijo que se iba, ¿te confirmó que estaba aquí de viaje? —Me dirigí a Lewis.

—Sí. Y también me comentó que no sabía cuándo se iría, hizo referencia a una semana o dos. El tema es que todavía no ha reservado el vuelo de regreso a España, al menos hasta hace unas horas era así.

—Lars, que Ivy esté visitando Bruselas y que estuviera en la fiesta, lo único que puede significar es que viajó hasta aquí para ver a alguien conocido y da la casualidad, otra más porque vamos de salto en salto en ellas, como decía, da la casualidad de que esa persona tenía pase directo a la fiesta y la metió a ella en la lista de invitados —comentó Charlie.

—En esta ocasión deja de ser tan desconfiado —me pidió Lewis—. Estoy con lo que ha dicho Charlie. Además, Ivy tenía todo el derecho del mundo para no darte explicaciones anoche, y más porque me imagino las preguntas que le hiciste y lo intimidante que fuiste. —Sonrió de medio lado—. Conseguí algo que sé que te interesa. —Me hizo un guiño.

—¿El qué? —Fruncí el ceño.

En vez de responderme, sacó su móvil del bolsillo del pantalón y se centró en él. Estuve a punto de insistir, pero antes de que lo hiciera estiró el brazo hacia mí para que cogiera su teléfono. Arqueé una ceja quitándoselo.

Cuando bajé la vista a la pantalla, entendí a lo que se había referido. El nombre de Ivy estaba incluido en su lista de contactos guardados.

—¿Le pediste el número de teléfono? —le pregunté sorprendido.

—Pues claro. —Se encogió de hombros, para después soltar una carcajada.

—Joder, bien hecho —dijo Charlie, antes de reír con él.

—¿Y te lo dio sin más? —le insistí a Lewis.

—Perdona, pero tengo mucho encanto. Uno natural y extraordinario. —Sonrió con picardía.

—Ahora no tienes excusa para no buscarla. Llámala o escribirle, lo que consideres que es mejor —comentó Charlie—. Lo estás deseando, aunque solo sea para disculparte.

—Puedes utilizar mi móvil o pasarte el contacto al tuyo —continuó Lewis —. Ella también se guardó el mío, así que, si eliges la primera opción y la llamas, descolgará pensando que soy yo. Eso es lo fácil, la cosa se complica si te decides por utilizar tu teléfono.

»Pero no importa, si te cuelga cuando sepa que eres tú, o no te contesta por mensaje, insiste. Dependerá por lo que te decantes para hablar con ella. Sé que te lo tomarás tan en serio como todo lo demás, siempre consigues lo que te propones y te interesa.

—Estáis dando por hecho que voy a hacerlo. —Elevé las cejas.

—Con el rato que lleváis hablando de lo mismo es normal que los tres lo creamos. Yo me incluyo —habló Finn.

—Se acabó la conversación. —Me levanté despacio del sofá—. No me interesa —le dije a Lewis, devolviéndole el móvil—. En un rato vuelvo, acabo de acordarme de que tengo que enviar un par de correos electrónicos urgentes. No tardaré mucho.

Me bebí de golpe el café y salí del salón. No escuché voces a mi espalda, se quedaron en silencio, pero eso cambió cuando lo rompieron de repente con los sonidos de sus risas. No fue hasta que llegué al despacho que no supe el motivo.

Mi móvil estaba sobre el escritorio con la pantalla apagada, pero al activarla para comprobar si tenía alguna notificación, me encontré con un mensaje de Lewis. Ni me molesté en abrirlo al ver que me había enviado el contacto de Ivy.

Apreté la mandíbula, bloqueé el teléfono y lo ignoré todo. Me senté frente al ordenador para ocuparme de lo que me urgía, con lo que estuve concentrado y entretenido cerca de media hora.

—Eh… —Al cabo de ese tiempo, Finn apareció en la puerta del despacho — ¿Te queda mucho? —Quiso saber entrando.

—Hace unos minutos que he terminado con los correos, desde entonces estoy hablando por mensaje con Vince.

—¿Y qué dice? ¿Cómo va por la empresa?

—Todo está tranquilo —le confirmé y asintió.

—Estupendo. —Apoyó las manos en el respaldo de la silla que tenía junto a él—. ¿Te encuentras bien?

—¿A qué viene esa pregunta?

—Lo sabes perfectamente.

Después de mirarnos fijamente, me levanté con la intención de salir del despacho, pero en vez de dirigirme hacia la puerta, fui hasta la corredera, mientras me guardaba el teléfono en un bolsillo. Me tomé un tiempo más de silencio, con la vista perdida en la parte del jardín que era visible.

—Lo único que tengo claro es que no quiero volver a escucharos hablar más sobre lo mismo. Haga lo que haga de aquí en adelante, es cosa mía.

—Solo queremos ayudarte —comentó acercándose.

—Lo sé, Finn. Lo valoro mucho, pero no es necesario. En absoluto. —Lo miré de reojo cuando se puso a mi lado.

—Te vales por ti mismo para cualquier cosa, todos somos conscientes de ello, pero eso no quita que si te vemos afectado por algo, los tres necesitemos hacer algo para…

—No estoy afectado, esa no es la palabra correcta —lo interrumpí.

Me giré hacia él, apoyando un brazo en la corredera.

—Ni tú mismo sabes cómo te sientes, ¿no?

—Sinceramente, tengo mucho en lo que pensar.

—Pues no estaría mal que empezaras haciéndote la pregunta de cómo puede ser que una mujer con la que casi no has hablado, que no conoces

realmente, pueda llegar a tener tanto poder como para que no hayas parado de pensar en ella desde anoche.

—Lo haré.

—Ya que estoy en racha, te sugiero que la llames.

—No te vengas tan arriba. —Sonreí de medio lado al verlo reír.

—Vamos a comer. He venido a avisarte y al final lo he dejado para lo último.

—¿Dónde están Charlie y Lewis?

—Cuando me he separado de ellos, estaban volviendo locas a Lucie y a Odette en la cocina, ahora supongo que nos esperan en el comedor.

—Vamos. No me había dado cuenta de la hora que es. —Sacudí la cabeza al mirarla en el móvil.

Crucé el despacho y salí al pasillo, seguido por Finn.

—No hay prisa. Este día es para que los cuatro nos lo tomemos con calma, nada de correr ni de horarios. Espero que por hoy ya no tengas que volver frente al ordenador.

—Prometo que, hasta mañana, nada, aunque al ser fin de semana solo trabajaré hasta la hora de comer.

—Estupendo —asintió satisfecho.

Capítulo 18



Ivy

Bajé corriendo la escalera, vestida y preparada para ir a recoger a mis amigas al aeropuerto.

Por fin había llegado la mañana del viernes. Mis prisas no se debían a que fuese tarde, al contrario, me había despertado temprano y todavía faltaba una hora para que Louis entrara a por mí para irnos. El problema era que estaba nerviosa y ansiosa por encontrarme con Paula y Bea.

—¡Papá! —dije sorprendida al entrar en la cocina.

—Buenos días. —Bebió de su taza de café, mirándome por encima del borde.

—Buenos días —lo saludé a él y a Lily. Mathilde no estaba en este momento.

—Ahora mismo te preparo el desayuno —me comentó Lily, sonriéndome.

—Para empezar, mejor un café con leche —le pidió mi padre—. El desayuno tendrá que esperar un rato, quiero hablar con mi hija antes de irme a la empresa.

—Claro, señor —le sonrió Lily.

Nos dio la espalda para preparármelo y me acerqué a ella. Compartimos una sonrisa cómplice cuando deslizó hacia mí la taza sobre la encimera.

—Sea lo que sea, suerte —me susurró y fruncí los labios.

—Gracias, por si la necesito. —Igualé su tono de voz.

—Os estoy escuchando, señoritas.

Las dos giramos las cabezas hacia atrás y nos encontramos con la expresión seria de mi padre, pero se notaba que era forzada. En realidad, estaba conteniéndose.

Le hice un guiño a Lily antes de darle un beso en la mejilla y me acerqué a mi padre. Él se puso a mi lado y salimos de la cocina, desde la que me llevó a su salón preferido.

—¿Cómo es que todavía estás aquí? —le pregunté dejando la taza sobre la mesa baja, después de darle el primer sorbo al café—. Sabía que hoy no madrugarías y que te saldrías de la rutina, pero son las diez y media. Pensaba que ya no estarías aquí.

—¿Por eso te has animado a salir de tu habitación? ¿Por qué creías que me había ido? —Se acomodó en el sofá y apoyó su taza sobre la pierna cruzada.

—No es así, papá. No te estaba evitando —negué sentándome a su lado —. He bajado a esta hora porque, aunque llegué pronto, al final me dormí tarde. Empecé a ver una serie y cuando me cansé me puse a leer, hasta que el sueño me venció. —Me encogí de hombros.

—¿Seguro?

—Segurísimo. —Le sonreí.

—Estaba preocupado, hija.

—No tienes por qué.

Hizo una pausa para beber varios sorbos de café y yo aproveché para imitarlo.

—Sí que tengo por lo que preocuparme —me rectificó—. Todavía no sé cuál fue el motivo por el que te fuiste de la fiesta tan pronto, pero puedo hacerme una idea. Cuando Louis fue a recogerme, le pregunté cómo te había visto, me dijo que no hablaste en todo el trayecto, a pesar de que no te dormiste. Quiero que seas sincera conmigo, hija. Si te pasó algo grave o si te sentiste mal por…

—Papá. —Lo frené—. No hablé con Louis porque me sentía muy cansada, y más después de esperarlo en el sofá del hotel. Al hacer esa pausa, me dio más bajón, solo fue eso. Lo siento. —Hice una mueca.

—¿Por qué? —Frunció el ceño—. ¿A qué viene esa disculpa?

—Fastidié lo que necesitabas —solté un suspiro—. No tuve ni una oportunidad, porque peor no pudo empezar mi acercamiento a Lars.

—¿Qué quieres decir? —Arqueó una ceja.

Le conté todo desde que descubrí quién era Lars y quiénes le acompañaban: mis tropiezos, las asombrosas coincidencias, los encuentros casuales y sin importancia, las personas implicadas en cada ocasión, y la única vez que Lars y yo hablamos la noche anterior, cuando me esperó fuera del baño. Lo puse al corriente de todo, no me dejé ningún dato desde el día en el que choqué con Lewis en la cafetería de España.

—Mmm…

—¿Solo vas a decir eso? —Lo miré sorprendida.

—Lo que me gustaría saber es por qué piensas que lo has fastidiado y que has perdido la oportunidad.

—¿No es obvio? —Puse los ojos en blanco.

—En absoluto. Aunque aquí hay más cosas obvias de las que te imaginas.

—Ahora la que no te entiende soy yo. —Hice un puchero.

—Ya hablaremos con más tiempo. —Me sonrió, levantándose despacio.

—¿Te vas ya?

—Sí. —Me acarició la mejilla—. Disfruta de tus amigas, nos vemos para comer.

—Vale, papá. —Lo abracé.

—Quítate de encima el sentimiento de fracaso, ¿de acuerdo? Olvídate de lo que te pedí, me precipité. —Me agarró la cara.

—Ya da igual porque no volveré a acercarme a Lars ni, aunque me lo impongas. Se me han quitado las ganas. —Me encogí de hombros, él sonrió de medio lado—. Así que ya estás avisado, no lo intentes porque te aviso de que alguna parte de tu cuerpo puede llegar a correr peligro. —Le hice un guiño.

Soltó una carcajada y salimos del salón abrazados. Me despedí de mi padre para ir a la cocina, donde me encontré con Lily, Mathilde, Alice,

Rosie y Theo sentados a la mesa que había hacia el fondo.

—¿Hay reunión? —les pregunté con diversión.

—Lo que hay es hambre —me contestó Theo, haciéndome un guiño—. Únete a nosotros.

Mi desayuno me estaba esperando sobre una bandeja en la isla de la cocina, Lily se había encargado de todo, menos del café. A pesar de que le pedí que no se levantara, no me hizo caso, fue directa a la cafetera para preparármelo.

—¿Bien? —me preguntó susurrando, mirándome de reojo.

—Estupendamente. —Se lo confirmé con un guiño.

Nos sonreímos y cuando tuve el café, me adelanté para cargar con la bandeja. Caminé hasta la mesa, conteniendo las risas, con Lily a mi espalda quejándose.

—¿Cómo llevas los nervios? —me preguntó Alice.

—Mal —respondí riendo, después de beber un sorbo de zumo.

—Eso me ha parecido al verte bajar la escalera casi volando —comentó Theo.

—Ha pasado bastante desde el último año que tus amigas te acompañaron —dijo Rosie.

—Sí. Es lo que tiene hacerse adulto y cargar con las responsabilidades. —Bufé—. Hay años que no coincidimos en las vacaciones de verano, aunque todos los fines de semana son nuestros.

—¿Hasta cuándo se quedarán? —Quiso saber, Mathilde.

—El domingo regresan a España, supongo que por la tarde. —Me encogí de hombros.

Desayuné en compañía de todos, a pesar de que ellos terminaron cuando yo empecé. Se quedaron conmigo y entre conversaciones y risas, a las que también se unieron Marie, Milo y Jeanne, el tiempo pasó muy rápido y Louis apareció en la cocina.

—¿Ya? ¿Nos vamos? —le pregunté.

—Es la hora —me confirmó sonriente, al verme nerviosa.

—Ay…

Cogí la bandeja para llevarla a la encimera, pero Mathilde me la quitó de las manos y me pidió que me olvidara. Entre todos me echaron casi a empujones y yo lo hice peor, para hacerlos reír.

Después de subir corriendo hasta mi habitación, para ponerme la chaqueta acolchada, coger el bolso y el móvil, me reuní con Louis en la entrada.

—Oh, está lloviendo —dije cerrando la puerta a mi espalda—. ¿Cómo puede ser que no me haya dado cuenta antes? —Me cubrió con el paraguas.

—Ha empezado hace poco, estabais muy entretenidos en la cocina. —Sonrió de medio lado.

—Tengo que decirle a Milo o a Theo que enciendan la chimenea de mi habitación, si el día sigue así, a mis amigas les encantará.

—Y a ti. Ya os estoy viendo frente al fuego, tumbadas sobre cojines en la alfombra.

—Joder, qué plan más bueno —dije animada—. Te ha faltado añadir la comida.

Riendo, de esa forma llegamos hasta el coche. Louis se mantuvo a mi lado protegiéndome de la lluvia, hasta que entré y me senté en el asiento del copiloto.

✣ ✣ ✣

—Míralas, ahí están —le dije a Louis, con los brazos levantados y moviéndolos en el aire.

—Ya las veo, ya.

No lo miré, estaba concentrada en ver a mis amigas avanzar tirando de sus maletas, pero sabía que Louis habló con una gran sonrisa.

—¡Ivy! —gritó Bea, a unos metros de distancia.

Miró a Paula y decidieron ponerse a correr entre risas. Yo hice lo mismo yendo hacia ellas, sin importarme los ojos que nos miraban. No pasábamos desapercibidas, como tampoco cuando nos fundimos en un fuerte abrazo las tres y las maletas de mis amigas cayeron al suelo.

—Síií… ¡Estamos en Bruselas! —dijo en alto Paula, dando saltitos a mi lado.

—Con los días tan buenos que nos has ido diciendo que hacía, es mala suerte que esté tan nublado y lloviendo —soltó un suspiro Bea.

—Hoy nos lo tomaremos con calma. Cuando lleguemos a la casa de mi padre empezamos a ponernos al día. Tengo cosas que contaros, aunque no creo que me dé tiempo a todo. La hora de la comida llegará rápido, pero después tenemos toda la tarde para que descanséis y para disfrutar de un buen fuego, en mi habitación o en el salón. Da igual, si la lluvia se alarga, igualmente saldremos el fin de semana por las calles de Bruselas.

—Casa dice. —Soltó una carcajada Paula.

—Es una forma de hablar. Casa, hogar, yo qué sé. No voy a ir diciendo que es un palacete. —Le saqué la lengua.

—Vale, aceptamos casa. Sigue. —Rio—. Estoy impaciente por saber cómo fue la fiesta de anoche.

—Mmm… aburridísima. —Carraspeé mirando de reojo a Louis.

Él no nos prestaba atención, estaba con el móvil y parecía que escribía en la pantalla, seguramente a mi padre para decirle que ya nos habíamos reunido. Louis también se había encargado de recoger las maletas de mis amigas, las tenía a sus lados para llevarlas hasta el coche.

—¿Y ya está? —se sorprendió Bea.

—No. Hay más, pero hasta que no estemos solas no quiero hablar claro.

—Ah… vale —dijo mirando de reojo a Louis—. ¿Louis…?

—Sí —la interrumpí sonriendo—. Louis —llamé su atención—. Mis amigas, Bea y Paula —las señalé.

Al igual que todos los empleados del palacete, Louis las conocía de hacía unos años, pero no sabía si se acordaba bien de ellas y asociaba sus nombres a sus caras.

—Discúlpenme, señoritas, estaba terminando con un tema de trabajo —se justificó formalmente, guardándose el móvil en un bolsillo—. Es un placer volverlas a ver, ha pasado mucho tiempo.

Paula fue la que dio el primer paso, lo abrazó diciéndole que no pasaba nada. Bea la sustituyó después, y yo me quedé de espectadora viendo cómo él pasaba de unos brazos a otros, un poco ruborizado.

—Ya está, que vais a estresarlo y marearlo —les dije a mis amigas riendo.

Me agarré del brazo de Louis y nuestros ojos se encontraron, en los suyos había agradecimiento. Le hice un guiño y con todos más calmados, recorrimos la terminal para ir hasta el coche.

El recorrido se hizo muy ameno en la parte trasera, en la que íbamos las tres. No dejamos de hablar de todo lo que se nos ocurría, mientras Louis nos escuchaba con una pequeña sonrisa.

Para nuestra sorpresa, cuando llegamos al palacete, mi padre ya había regresado por su cuenta y nos esperaba para recibir a mis amigas y para ir al salón a comer. Después de los saludos y los abrazos, no solo de él, sino de todo el personal que se encontraba bajo el techo de la vivienda, es lo que hicimos, nos dirigimos hacia el salón.

—Papá… hoy estás muy raro —le dije caminando a su lado—. Asistir a las fiestas te sienta muy bien porque te saltas el trabajo y las responsabilidades.

Soltó una carcajada por mi comentario y cuando se calmó, me miró con expresión divertida.

—Por eso no suelo ir. —Me hizo un guiño.

—Jules, tú y yo tenemos que hablar muy seriamente —le dijo Paula a mi padre y fruncí los labios—. Tranquilo —le dio unos golpecitos en el brazo —, llegaremos a un acuerdo.

Él me miró esperando que se lo aclarara, por lo que negué sonriendo. Le quitó importancia enseguida al ver mi gesto y mi expresión, por lo que supo que, fuese lo que fuese lo que le dijese Paula, ella estaría de broma.

Capítulo 19



—Y ese es el resumen de lo que descubrí en la fiesta —les dije a mis amigas.

Nos encontrábamos en mi habitación, donde llevábamos encerradas dos horas. En este momento seguíamos el plan que me había hecho visualizar Louis, estábamos tumbadas en la alfombra, sobre los cojines y muy cerca de la chimenea en la que el fuego ardía con fuerza. Milo se había encargado de encenderlo mientras mi padre, mis amigas y yo comíamos.

Paula y Bea solo habían entrado a sus habitaciones para cambiarse la ropa por una más cómoda, después vinieron rápido a la mía.

—Espera, espera… —dijo Paula, sentándose sobre un cojín— ¿Cómo puede ser? Es muy fuerte. —Agrandó los ojos.

—¡Qué más da! —Bufó Bea—. El problema es que ese hombre le ha dejado claro que es un desconfiado y que no la quiere cerca. —Se cruzó de brazos, indignada.

—Yo tampoco quiero tenerlo cerca, por si sirve de algo. —Levanté una mano, para tranquilizarlas—. Y que sea desconfiado es comprensible, Bea. Por mi padre sé lo que es llevar una vida como la de Lars, así que entiendo perfectamente la precaución y la cautela que lo envuelven. —Me encogí de hombros.

—¿Se lo has contado todo a tu padre? —Quiso saber, Paula.

—Sí. Esta mañana —asentí—. Por cierto, ¡ay, Bea, perdóname, no te he preguntado cómo le fue el médico a tu madre! —Bufé—. ¿Cómo está?

—Tranquila, has tenido muchas cosas en poco tiempo. —Le quitó importancia—. El médico nos dijo que por ahora las pruebas salen bien, pero que debemos estar en alerta. —Se encogió de hombros—. Como le dije a mi madre, vamos a vivir el presente, con la buena noticia, porque si no, no disfrutaremos nada. —Hizo una mueca—.

»Lo importante es que, aunque se encuentra cansada, está bien. Las pruebas así lo indican —asintió, y Paula y yo le dimos nuestro apoyo—. Y volviendo a lo de tu padre, ¿qué te ha dicho él?

—Que no me preocupe, pero, sobre todo, no quiere que sienta que le he fallado —contesté.

—Oh, es adorable —dijo Paula con un suspiro—. ¿Tú crees que se ha tomado en serio lo que le he dicho de mi adopción? —Se quedó pensativa —. También está la opción de convertirme en tu madrastra.

Una sonrisa traviesa fue formándose en sus labios, poco a poco, hasta que Bea y yo soltamos una carcajada, y Paula se unió a nosotras.

—Tienes cada cosa —dijo Bea, negando, mientras se secaba las lágrimas —. Pobre Jules, menos mal que él, tiene respuestas para todo y las da con una elegancia…

—Ya te digo. Me ha hablado con tanta educación, respeto y cariño, que, en resumen, sin darme cuenta, porque no me he enterado hasta el final, me ha dicho que no podía adoptarme porque tenía a mis padres en España. — Abrió la boca al final y volvimos a reírnos.

—Bueno, volviendo al tema de ese hombre, Lars. ¿Se acabó entonces? —Quiso saber, Bea.

—Sí. Está finiquitado, no existe para mí, es como si no lo hubiera visto nunca y…

Me quedé callada de golpe por la interrupción del sonido de una llamada. Bajé la mirada a mi móvil que reposaba a mi lado, sobre la alfombra, para ver en la pantalla un número de teléfono que no tenía grabado, ni me sonaba.

—¿Quién es? —Quiso saber, Bea.

—No lo sé —dije antes del descolgar—. ¿Sí?

—¿Ivy?

—Eh… soy yo. ¿Quién llama? —pregunté con dudas.

—Perdona que te moleste, Ivy. Soy Lars —me confirmó y agrandé los ojos, tragando saliva—. Nos conocimos anoche en la fiesta y bueno, se podría decir que nos vimos con anterioridad en otras ocasiones, pero mejor centrarnos en nuestro encuentro de horas atrás.

No me atreví a interrumpirlo, más que nada, porque no encontré la voz para hablar. La sorpresa había sido muy grande, pero, aun así, no necesitaba su aclaración. Con el «soy Lars» y el sonido de su voz tenía más que suficiente para saber quién estaba al otro lado de la línea.

—¿Ivy?

—Sigo aquí. —Conseguí que me saliera la voz, pero tuve que carraspear.

—Vale —dijo e hizo una pausa—. Sé que estarás preguntándote qué hago llamándote, cómo se me ha ocurrido marcar tu número. Sinceramente, no lo sé, solo me he dejado llevar por un impulso, por la necesidad de disculparme.

—¿Disculparte? —pregunté mirando a mis amigas.

Las dos tenían toda la atención puesta en mí, me observaban con detenimiento y con el ceño ligeramente fruncido. No sabían con quién estaba hablando, pero cuando lo supieran…

—Sí, necesito borrar mi comportamiento de anoche. Lewis me ha facilitado tu número, fue una suerte que te pidiera intercambiarlos. Perdona mi atrevimiento, espero que no…

—No pasa nada —susurré, levantándome despacio de la alfombra.

Empecé a caminar de un lado al otro, inquieta y nerviosa, sin creerme que después de la tensión que se formó entre nosotros anoche, estuviésemos hablando como si nada, como si fuese una costumbre hacerlo.

—No hace falta, pero si te quedas más tranquilo, acepto tus disculpas.

—¿Puedo invitarte a cenar?

Su pregunta me dejó clavada en el suelo. Me tapé la boca por la impresión, aunque no hubiera salido ningún sonido de ella. Paula y Bea apartaron los cojines y se levantaron al verme, pero se mantuvieron alejadas cuando les pedí con la mano que esperaran.

—Lo lamento. —Mi voz salió demasiado débil y carraspeé—. No puedo aceptar, pero te lo agradezco.

—Recibes y estás conforme con mis disculpas, pero no quieres verme.

—No es verdad, es solo que… que hoy han llegado dos amigas de España y se van el domingo. ¿Entiendes? Van a estar muy poco y no voy a dejarlas solas.

—Entiendo… y lo comprendo. Si es así, ¿qué te parece una cena el lunes?

—¿Entre semana?

—El problema lo tendría yo, ¿no?

—Sí. —Me mordí el labio inferior.

—Pues perfecto, porque no es un problema. ¿Qué me dices?

—Yo…

—Quiero que te lleves otra impresión de mí, Ivy. No voy a negar que lo que has conocido es real, pero solo es una parte. Tengo otras que me gustaría enseñarte.

—Acepto —susurré.

—Perfecto. ¿Dónde quieres que te recoja?

—Eh… —Piensa, piensa… me dije— ¿Nos vemos en la cafetería Le Grand Café?

—De acuerdo, allí estaré.

—La hora te toca a ti decidirla, de los dos eres el que está ocupado.

—A las siete en la cafetería.

—Vale. —Solté el aire despacio.

—Nos vemos el lunes a las siete, que no se te olvide. Hasta pronto, Ivy.

La piel se me erizó al escuchar cómo pronunciaba mi nombre, alargándolo.

—Hasta el lunes.

Me quedé como una tonta observando la pantalla del teléfono.

—Madre mía… —dije— Madre mía —repetí, levantando la mirada hacia mis amigas—. ¡Qué he quedado! —Jadeé.

—Mmm… eso lo tenemos claro, lo que no sabemos es con quién —comentó Paula.

—No lo os lo vais a creer —negué varias veces—. Era Lars.

—Lars, Lars… ¿Larsss…? —gritó Bea.

Se quedó con la boca abierta, mientras que a Paula le sobresalían los ojos.

—Nos estás diciendo que mientras nosotras estábamos tan tranquilas tumbadas en la alfombra, te ha llamado el Lars del que estábamos hablando y... ¿Y qué? Mierda, ¿qué te ha dicho? —Alzó la voz Paula.

—Quería invitarme esta noche a cenar —miré hacia el fuego—, pero le he dicho que no. —Me mordí el labio inferior.

—Con dos ovarios. —Soltó una carcajada, Paula.

—¿Qué pasa? Me da igual cómo se lo haya tomado, él es un desconocido, vosotras mis mejores amigas. Sobra decir que vais por delante de él en todo.

—Me encogí de hombros—.

»Si estuvierais más días aquí lo habría hablado con vosotras, pero el domingo llegará pronto y voy a aprovechar todo el tiempo que podamos estar juntas. Todavía no sé cuándo regresaré a España, me apetece quedarme aquí un poco más. La verdad es que mañana hace una semana que llegué y se me ha hecho muy corto.

—Lo que Paula quiere decir es que no creemos que, aparte de ti, exista otra mujer capaz de rechazarlo. —Rio Bea—. Joder, tú lo has hecho y encima has conseguido quedar con él otro día. —Se tapó la boca.

—Como has dicho antes —continuó Paula—, es un hombre muy importante de este país. Gracias a su dinero y su poder, ese tío tiene a todos comiendo de su mano. Imagínate la cantidad de mujeres que besan el suelo por el que pisa, al igual que algunas personas de su entorno. —Me hizo un guiño.

—Me importa una mierda las personas que hagan eso. Mi cuenta bancaria es para echarse a llorar en comparación con la suya, pero no por ello me siento menos. Estoy orgullosa de todo lo que he conseguido, de mis esfuerzos, de mis triunfos y caídas.

»Soy feliz con mucho menos, joder. —Bufé— No, él no es más que yo, así sude billetes. Así que. —Me puse las manos en la cadera—. Yo también me merezco que besen el suelo por el que camino. —Elevé las dos cejas.

La habitación se quedó tan en silencio que no tuve problema en escuchar una voz, y justo en ese momento quise desaparecer.

—¿Ivy?

Mis amigas jadearon y se taparon las bocas, yo cerré los ojos, antes de comprobar que la llamada de Lars seguía activa. Maldije entre susurros, presionándome la frente.

¿Por qué no me había asegurado de que la llamada se había cortado? Había dado por hecho que Lars colgaría, yo me quedé mirando como una tonta la pantalla y después nerviosa, solo quise hablar con mis amigas… pues ese era el resultado: Lars había escuchado perfectamente nuestra conversación. Recé para que no tuviera tan buen oído o que al menos algunas partes se le hubiesen pasado.

—¿Sí? —dije con mi voz más dulce.

—Ahora que por fin tengo tu atención, ya que he estado llamándote desde que me has dicho hasta el lunes, cuelga y asegúrate de que desaparezco por hoy de tu vida.

—¿Por qué no has colgado tú? Es lo más normal si una persona…

—No iba a colgar, la conversación sobre mí era muy entretenida, interesante y esclarecedora —dijo y me mordí el labio inferior.

Intenté hacer un repaso rápido a lo que habíamos dicho, pero me puse tan nerviosa que se me quedó la mente en blanco. ¿Habíamos dicho alguna barbaridad? ¿A mí se me había soltado la lengua?

—Ivy…

—¿Sí? —susurré.

—Tienes razón, no soy más que tú ni que nadie. Quería que supieras que pienso lo mismo, que el poder y el dinero no han conseguido cambiar mi forma de ser, mi esencia. Y por supuesto, me alegro de que hayas luchado por tener una vida que te hace feliz.

»Esa es la única meta importante en la vida. Hay gente que va dejando pasar los años con la idea de llegar al final de lo que considera la felicidad, la que conlleva más y más, sin límites.

»Y cuando deciden que lo han logrado se dan cuenta de todo lo que han perdido por el camino: la capacidad de encontrar la felicidad en las pequeñas cosas, las ilusiones que no tienen nada que ver con lo material, la edad que no se puede recuperar, algunas pérdidas de personas importantes que querían y que descuidaron en su afán, la salud… —Hizo una pausa—. Lo tendré en cuenta.

—¿El qué? —Tragué saliva.

—Besar el suelo por el que caminas. Sería muy fácil perder la cabeza por ti —dijo y contuve la respiración.

Por suerte, esta vez sí que colgó. Mis amigas, que se habían acercado hasta mí para escuchar la conversación, me agarraron del cuello y se pusieron a saltar.

—¡¡Qué fuerteee…!! —gritaron al mismo tiempo.

Capítulo 20



—¿Qué tal? —le pregunté a mis amigas.

No podía tenerlas conmigo como me gustaría, me estaban viendo por la cámara. Hacía media hora que estábamos en una videollamada, el mismo tiempo que había empezado a prepararme y que intentaba decidir qué ropa ponerme para mi cita con Lars.

Ya era lunes, las cinco y media de la tarde. Todavía tenía una hora porque el taxi llegaría a las seis y media. Mi padre y Louis habían intentado hacerme cambiar de opinión, pero me había negado. El taxi me recogería en la entrada del palacete, frente a la puerta de hierro de acceso a la propiedad. Aquel no era el día para arriesgarme a que me vieran con Louis, porque él iba asociado a mi padre.

De Paula y Bea me despedí el día anterior en el aeropuerto a las siete y media de la tarde. Habíamos disfrutado de un fin de semana fantástico, el sábado fue pasado por agua. Recorrimos las calles sin importarnos si nos mojábamos o no. El domingo hizo un día estupendo de sol, aunque muy frío. También lo exprimimos al máximo, hasta que llegó la hora de que Louis nos llevara al aeropuerto.

—Estás preciosa —me dijo Bea, sacándome de mis pensamientos.

—¿Sí? ¿De verdad os gusta? —insistí, mirándome indecisa.

—Claro. Vas elegante y te da carácter.

—Pues como le dé más de lo último se come al tal Lars. —Rio Paula.

—No me pongáis más nerviosa. —Bufé.

Llevaba un pantalón de vestir; la caída de la tela era una pasada y se ajustaba a la forma de mis caderas. En la parte de arriba me había puesto un jersey de punto cruzado por el pecho, que se ataba en el costado, a la altura de la cintura. El tejido era muy suave, con mangas que, conforme caían de los hombros, se iban haciendo más anchas hasta cerrarse en puños estrechos. La verdad es que el conjunto quedaba bien.

—A la mierda. ¡Qué más da! —dije— Estoy perfecta. —Me encogí de hombros.

—Menos mal que te has dado cuenta —dijo con humor Paula.

—Voy a maquillarme un poco y ya está.

Cogí el móvil y las llevé conmigo al baño.

—¿Has visto a tu padre hoy? —Quiso saber, Bea.

—Todavía no —le respondí entretenida con la brocha—. Se fue muy temprano a la empresa y no ha podido venir a comer. Supongo que ya habrá llegado y lo veré cuando baje, antes de irme. ¿Alguna de las dos irá a ver a mi madre?

Antes de que se fueran, les pedí que me hicieran el favor de pasar de vez en cuando a verla, aunque fuese una visita muy breve.

—Yo me pasaré mañana —me confirmó Paula—. Deja de preocuparte.

—Vale —solté un suspiro—. ¿Cómo me veis? —Me alejé de la cámara.

—Divina —contestó Bea, dando una palmada.

—Te has propuesto que hoy ese hombre te bese los zapatos, como mínimo —habló Paula y soltamos una carcajada las tres.

Lo metí todo dentro del neceser, me cepillé la melena, me eché perfume y salimos las tres del baño.

—Os dejo ya. Mañana hablamos.

—¿Esta noche no? ¿A qué hora piensas llegar, petarda? —Quiso saber Paula.

—¿Cómo quieres que lo sepa? Lars me dijo de ir a cenar, pero no creo que vayamos a las siete de la tarde. Vamos, digo yo. Supongo que tomaremos algo, hablaremos, o hablará él y yo me dedicaré a escucharlo y a asentir porque como me quede en blanco… y cuando llegue la hora iremos a cenar. No tengo ni idea de cuánto tardaré.

—Bueno, al menos cuando estés en la cama, envíanos un mensaje con un: «¡He triunfado!» Con eso me basta y me alegrarás el martes de trabajo. —Me hizo un guiño.

—A ver si no se me olvida. —Me reí.

—Joder, ten, amigas para esto. —Puso los ojos en blanco.

—Os dejo ya. Os quiero.

—Y nosotrasss… —dijeron al mismo tiempo.

—Cariño, disfruta mucho, de todooo lo que se te presente. Olvídate de los nervios y los bloqueos —me pidió Bea.

—No es tan fácil. Si hasta se me había olvidado el motivo por el que quería acercarme a él en la fiesta. —Hice un puchero.

—Pues sigue así, a la mierda, el resto. Vive tu vida y que los demás se apañen con las suyas. Te lo mereces. —Paula me lanzó un beso.

Nos despedimos y colgué. Fui hacia el vestidor para ponerme el abrigo y cogí una bufanda de color tostado con la que me cubrí el cuello y los hombros. Era muy bonita y combinaba perfectamente con la ropa que me había puesto. Por último, me colgué el bolso en el que ya había guardado todo lo que iba a necesitar.

Me miré en el espejo y me sonreí. Me daba igual si mi aspecto gustaba o no, a mí me encantaba. Con ese pensamiento, uno muy importante, dejé atrás el vestidor y mi habitación, para bajar la escalera. Lo mejor de todo era que mis pies estaban descansados y cómodos, llevaba unos botines de piel que tenían una cuña mediana.

—Marie, ¿mi padre ha llegado? —le pregunté al verla cruzar hacia uno de los salones.

—Oh, estás preciosa, Ivy. —Me dedicó una gran sonrisa.

—Gracias. —Le devolví el gesto.

—Tu padre llegó hará unos veinte minutos —asintió—. Iba a verlo al salón.

—Ah… —Dirigí la vista hacia la puerta—. Voy yo un momento, para despedirme.

—Tranquila. —Me hizo un guiño.

Tomó otra dirección, pero no sin antes acercarse a mí y darme un abrazo y un beso en la mejilla.

Caminé hasta el salón y me apoyé en el marco de la puerta, viendo a mi padre sentado en el sofá con la vista fija en el fuego que ardía a unos metros de él.

—Pagaría mucho dinero para saber lo que piensas —le dije, llamando su atención.

—Entonces te quedarías sin dinero y decepcionada. —Me sonrió, con la cabeza girada hacia mí.

—¿Cómo ha ido el día? —Me incliné sobre el respaldo y le rodeé el cuello por detrás.

—Por este momento han merecido todos los calentamientos de cabeza —me dijo y sonreí.

—Te los has ganado. —Le di varios besos en la mejilla.

—¿Ya estás preparada para irte?

—Sí.

—Ven aquí —me pidió que diera la vuelta y me pusiera a su lado en el sofá—. Quiero que te olvides de lo que te pedí, ¿de acuerdo? —me dijo cuando me senté junto a él.

—Pero… la cita que voy a tener es por…

—No, la cita que vas a tener dentro de un rato es por motivos muy diferentes a lo que yo te pedí.

—¿Cómo?

—Lo único que quiero es que disfrutes, que te olvides de todo lo que no seáis, Lars y tú. Si no lo haces, no estarás cómoda y receptiva. Lo demás ya llegará si tiene que llegar.

Lo miré con el ceño ligeramente fruncido, sin comprender que quisiera dejar de lado algo que supuestamente era muy importante para él.

—¿Te has rendido en la negociación y en la lucha con Lars por conseguirla? —pregunté en tono bajo.

—No. —Me miró con expresión divertida y eso me relajó—. Pero eres mi hija y eso está por encima de todo lo demás. ¿De acuerdo?

—Bueno, igualmente no se me olvidará lo que me pediste.

—Eso está bien, cuanto más tiempo pases con él, y más cercanía tengáis…

—Mmm… Tú tampoco me pongas más nerviosa. —Bufé y rio.

—Vamos a buscar a Louis, te llevará hasta la puerta de hierro.

—Vale.

Nos levantamos y me agarré de su brazo, de esa forma salimos del salón.

—Estás preciosa, cariño. Soy un padre muy orgulloso de su hija.

—Para que lo sepas, el maquillaje se me correrá si me haces llorar. —Me señalé la cara, haciendo un puchero.

Terminamos riendo, así nos encontró un sonriente Louis, el que me ofreció el brazo y cambié a mi padre por él, después de abrazarlo y darle un beso sonoro en la mejilla como despedida. Se quedó sonriendo fuera del palacete, en la entrada, viendo como Louis y yo nos alejábamos hasta el coche.

Louis, durante el recorrido del camino hasta la puerta de hierro, se encargó de remarcarme que para cualquier cosa lo llamara, sin importar la hora que fuera. Para que se quedara tranquilo, le dije que lo haría. Cuando paró a un lado de la puerta de hierro, el taxista ya estaba esperándome al otro lado.

—Sabes que tu padre estará pendiente del teléfono hasta que regreses —me comentó—. Así que, cuando el taxi te deje de vuelta aquí mismo, ni se te ocurra recorrer el camino caminando de noche. Yo estaré despierto, no tiene sentido que te canses de esa manera. Avísame cuando el taxi esté cerca y saldré a buscarte, así estaré aquí cuando llegues. Seguramente tu padre y yo nos quedaremos tomándonos unas copas.

—A ver si llego muy tarde y os encuentro borrachos. —Fruncí los labios.

—Bueno, lo único que puede pasar es que tengas que llevarme tú en coche hasta el palacete. —Me hizo un guiño.

Me despedí de Louis con un abrazo y me bajé, yendo directamente hacia la puerta de hierro. A unos pasos de ella empezó a abrirse despacio, por lo que me giré hacia Louis para darle las gracias lanzándole un beso.

Me monté en el taxi, le dije al hombre el sitio donde quería ir, a Le Grand Café, y me puse cómoda en el asiento, intentando controlar los nervios.

Capítulo 21



Lars

Ignoré los sonidos de los mensajes que estaban llegándome. Sabía que eran mis amigos, entre Charlie y Lewis, y por lo visto no se daban por vencidos. Ya debían saber que no iba a entrar en la conversación.

Hacía unos minutos que había ocupado una mesa en la terraza de Le Grand Café. Estaba tomándome una cerveza mientras esperaba a Ivy, observando el movimiento que había en la plaza de la Bolsa, una de las más emblemáticas de Bruselas.

Que no os confunda la palabra café. En ese lugar sí que preparaban todo tipo de ellos, había una gran variedad, pero no era un negocio dedicado exclusivamente a ese tipo de bebidas, sino que aquí podías beberte cualquier otra gran variedad de cervezas, como también ginebras, aguardientes, bebidas cremosas… así como tenían una amplia carta de comidas.

Al cabo de pocos minutos un taxi paró justo enfrente de mí, a unos metros de distancia. Captó por completo mi atención porque en el interior iba Ivy. Ella giró la cabeza hacia el local y recorrió con la vista la fachada y la terraza, hasta que sus ojos se quedaron parados en mí. Desvió la mirada para atender al taxista, a quien le pagó.

En cuanto se bajó, no pude evitar observarla detenidamente, haciéndole un buen análisis. La ropa que llevaba de más era lo de menos, no importaba, como tampoco me impedía saber lo que escondía el abrigo.

—Hola, Lars —me saludó parada al otro lado de la mesa.

No pude contener el inicio de una sonrisa, tampoco quise porque el rubor que cubría su cara era encantador. Me levanté despacio y rodeé la mesa.

—Hola, Ivy. —Le devolví el saludo, colocando una mano en su espalda.

Sin apartar los ojos de los suyos, me incliné hacia ella, para darle un beso en la mejilla. Su piel todavía no estaba fría por la baja temperatura, era muy suave y olía de maravilla. Alargué el contacto con los labios, satisfecho al notar que se estremecía. Cuando me aparté, sus ojos brillaban más.

—Por favor —le dije, retirándole la silla.

—Gracias —dijo sonriéndome, mientras se sentaba.

—¿Te apetece tomar algo o prefieres ir a otro lugar? —le pregunté ocupando mi silla, a su derecha.

Miró mi jarra de cerveza y observó las mesas de alrededor.

—La verdad es que te dije este café, pero nunca había venido.

—Sirven todo lo que te apetezca y te venga a la imaginación, tanto de bebidas como de comidas.

—Mmm…

—¿Tienes frío? Podemos entrar. Ha refrescado desde que me senté en la terraza.

—Te lo agradezco, pero estoy bien. —Se ajustó la bufanda al cuello—. Me gusta ver pasar a la gente, en mi país tengo la misma costumbre, menos los días en los que me castañean los dientes. —Sonrió.

—¿Llega a hacer tanto frío? —Arqueé una ceja.

—La verdad es que en los últimos años, no. Sí que hace frío, pero no tan exageradamente. Aunque como el clima cambia tan rápido…

—En eso tienes razón —asentí—. Entonces, ¿quieres tomar algo aquí?

—Sí. Una cerveza. —Señaló la mía.

Llamé la atención de uno de los camareros y se la pedí.

—Gracias.

—No hay de qué.

—¿Has venido solo? —Miró disimuladamente hacia los lados.

—Que yo recuerde, mi proposición para ir a cenar era solo para ti.

—Eh… claro, pero como tus amigos parecen inseparables…

—Ese sería Finn: mi chófer, el encargado de mi seguridad y mi amigo. Lo conoces de vista, es el que estaba en el *pub* de España, cuando saludaste a Lewis.

—Ah, sí. Aunque en realidad no me fijé mucho, por la poca luz que había —comentó y asentí—. ¿Y Finn está por aquí?

—Le he dado el resto del día libre. Estoy solo, contigo.

Me acerqué la jarra a los labios, justo cuando el camarero le trajo a Ivy la suya. Bebí un sorbo sin apartar los ojos de ella.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión sobre mí? —me preguntó con un tono más bajo—. En la fiesta me dejaste claro que no te hacía gracia que estuviera cerca, al menos eso me pareció. Y al día siguiente recibo una llamada tuya, puedes imaginar cómo me quedé.

—Me hago una idea, pero como tú misma me dijiste cuando te pregunté si podía confiar en ti, para saberlo necesitamos conocernos. Aparte de eso, como te comenté el viernes cuando te llamé, tenía la necesidad de disculparme.

»En la fiesta te mostré una pequeña parte de mi peor versión, después me sentí culpable cuando no regresaste a la fiesta al salir del baño. Cuando Lewis me dijo que te había visto indecisa en la puerta y que le habías dicho que te ibas porque estabas cansada… puede que fuese así, pero yo sabía que ese no era el motivo real por el que decidiste terminar la noche.

»Me disculpo, Ivy, no tenía ningún derecho a acorralarte como lo hice. Ni siquiera te di un voto de confianza, una mínima posibilidad.

—Bueno, estoy aquí. —Carraspeó—. Es obvio que he aceptado tus disculpas porque créeme. Si hubieses hecho algo realmente grave, te habría colgado enseguida y este momento nunca hubiera existido. Sí, en la fiesta me sentí mal y conseguiste que me sintiera fuera de lugar, pero también comprendo por qué actuaste como lo hiciste.

»Querías conseguir respuestas, las necesitabas. No lo hiciste de la mejor forma, pero lo hecho, hecho está. Si te sirve de algo, mi sorpresa fue enorme cuando me di cuenta de quiénes eran tus amigos: Charlie y Lewis. Hasta la noche de la fiesta no sabía sus nombres, pero sí conocía sus caras, por los tropiezos o choques que tuve con ellos, como quieras llamarlo. —Hizo una pausa para beber un sorbo de cerveza—.

»Yo también quería disculparme. —El rubor de sus mejillas me indicó qué iba a decir a continuación—. Por lo que pudiste escuchar el viernes,

cuando no colgué —negó—. Creo que mis amigas y yo… no dijimos nada grave, pero, aun así…

—Todo lo que escuché me gustó —la interrumpí, consiguiendo que sus mejillas se pusieran al rojo vivo—. Y me ayudó a saber más de ti.

—Me… alegro —soltó un suspiro, antes de coger la jarra de cerveza.

—Entonces tenemos una segunda oportunidad…

—Eso parece. —Me sonrió.

—¿Sabes cuándo vuelves a España? Lewis me dijo que estabas dudando.

—La verdad es que no lo sé.

—¿No tienes que trabajar?

—Llevo el trabajo a cuestas. —Fruncí el ceño—. Mi portátil —me aclaró —. Es lo único que necesito para poder trabajar en cualquier parte, no importa cuál, siempre que tenga conexión. —Se encogió de hombros.

—Suena bien y ahora entiendo que no tengas prisa por regresar. Estás trabajando desde aquí.

—Sí —asintió.

—¿Qué tal con tus amigas? ¿Se fueron ayer?

—Genial. La lluvia del sábado no impidió que nos lo pasáramos igual de bien que el domingo con sol. Se fueron muy contentas de Bruselas, aunque ya habían estado aquí hace algunos años. —Se encogió de hombros—. Lo importante era vernos las tres, pero ha pasado tan rápido… —Dirigió la mirada a su copa.

—Las echas de menos.

—Sí, aunque hace muy poco que las he visto por videollamada. —Sonrió —. ¿Vamos a cenar aquí?

—No. Cuando nos cansemos iremos al restaurante que he reservado. Me ha venido bien quedar en este lugar, podemos ir dando un paseo porque está a cuatro calles de aquí.

—De acuerdo. No me importa caminar.

—¿Te quedas en un hotel, en una casa…?

—En una casa.

—Tranquila, no voy a preguntarte dónde —le aclaré, al notar una chispa de nerviosismo.

—Yo… te lo agradezco.

—Ivy, quiero conocerte a ti —le dije apoyando los brazos en la mesa—. Yo también tengo que conseguir tu confianza, y me gusta que quieras reservarte ese dato tan importante.

—Vas por buen camino, por lo de la confianza. —Me sonrió con timidez.

—Puedo decir lo mismo de ti.

Levanté mi jarra de cerveza y ella hizo lo mismo, para después beber los dos sin apartar los ojos del otro.

No sabía cómo había podido desconfiar de ella, Ivy tenía una mirada limpia y a estas alturas de mi vida, por suerte o por desgracia, sabía

perfectamente diferenciarlas. Bien es cierto que las situaciones habían ido en nuestra contra, como también que por mi parte, no le había dado oportunidad a un acercamiento antes de esta noche.

Mientras nos tomábamos las bebidas, compartimos algunos momentos de silencio cómodos que se alargaron, como también conversamos sobre nuestras profesiones. Me encantó escuchar el entusiasmo con el que me habló de su trabajo, aunque para ser sincero, me quedaba atrapado por ella, dijera lo que dijera.

—¿Vamos al restaurante? —le pregunté al cabo de un rato.

—Claro —asintió.

Llamé la atención del camarero para pagar y cuando lo hice, nos levantamos para dejar la terraza.

Aguanté el impulso que me nacía de rodearle los hombros con un brazo, para acercarla a mi cuerpo. En cambio, me conformé con meter las manos en los bolsillos del abrigo, mientras veía cómo ella se apretaba la bufanda y se iba encogiendo cada vez más por el frío.

«Si me hubiese dejado llevar habría sido demasiado íntimo», me dije.

Al final, con el segundo encogiéndome de Ivy y el escalofrío que la recorrió, mandé a la mierda la lógica y terminé levantando el brazo para rodearle los hombros y atraerla hacia mí.

—Perdona, pero te estoy viendo y…

—No pasa nada. Te lo agradezco —soltó un suspiro.

—Ya mismo llegamos, tendría que haber pedido un taxi. —Sacudí la cabeza.

—Ahora estoy mucho mejor —susurró—. Así podría caminar todo el tiempo que hiciese falta.

La miré con atención y al fijarme en ella, acurrucada en mi costado, me hizo sentir de una forma que no supe interpretar. Pero me gustó mucho y era algo a lo que no estaba acostumbrado.

Capítulo 22



Ivy

—Menos mal. —Cerré los ojos al notar el agua caliente en las manos.

Nada más entrar en el restaurante había necesitado ir al baño para varias cosas, una de ellas era para lavarme las manos con agua caliente, aunque fuese como si me clavasen agujas al tenerlas congeladas. Casi había perdido la sensibilidad de los dedos.

Levanté la mirada para mirarme en el espejo. Tenía la nariz, las orejas y las mejillas rojas. Me recorrió un escalofrío al recordar el aire que se había levantado en el último momento. Para eliminar todos los restos, encendí el secador de manos y estuve un rato disfrutando de la sensación de calor.

Cuando estuve más o menos bien, salí del baño, directa al salón donde me esperaba Lars. No tuve que ir muy lejos, primero porque el baño era privado, segundo porque este estaba dentro del reservado al que nos había traído el hombre que nos había atendido nada más llegar.

Cuando vi que íbamos a estar los dos solos, me entraron más temblores de los que ya tenía.

Caminé con decisión hasta la mesa, la única que había. Mi bolso estaba sobre el asiento de la silla, donde lo dejé para ir al baño. Lo colgué del

respaldo y tuve la intención de sentarme, pero Lars se levantó y cuando me di cuenta, estaba separando mi silla para que me sentara.

—Gracias. —Le sonreí.

Observé de reojo que mi abrigo y la bufanda estaban colocados en un perchero que había en una esquina. La ropa de abrigo de Lars también estaba ahí.

—¿Mejor? —me preguntó volviendo a su silla.

—Sí —solté un suspiro—. Me han entrado ganas de llorar al encender el secador de manos. —Fruncí los labios. Los suyos se curvaron un poco.

—Me alegro de la primera parte —asintió—. He pedido vino, no sé si te apetece. Si quieres cualquier otra cosa, pídela cuando vengan a traerlo.

—El vino está bien —le confirmé.

—Espero que sea de tu agrado, entonces.

—Seguro que sí, aunque te confieso que no soy una entendida. —Me encogí de hombros—. Si me gusta al paladar, para mí es el mejor; ahora, como sea al revés, ya puede costar la botella un dineral que dejaré la copa llena.

—Está bien saberlo. Lo probarás la primera.

—No —negué—. Tú bebe el que te guste, por mí no…

—Por esta vez me voy a dejar llevar por tu paladar. Confiar, ¿recuerdas?

—Mmm… vale. —Carraspeé.

La puerta se abrió y un camarero entró con un carrito. En él traía la bebida, una cubitera, un cuenco con gambas peladas hechas que se parecían a las que yo preparaba al ajillo o al pilpil. También había otro cuenco con mejillones.

El camarero lo colocó todo sobre la mesa y como si Lars lo esperara, el hombre me ofreció el primer vino que sirvió.

—Gracias —le dije aceptando la copa.

Con las miradas de las dos puestas en mí, me la llevé a los labios.

—Mmm… sabe bien —confirmé y asentí cuando Lars arqueó una ceja, como diciéndome, ¿estás segura?

—Perfecto, entonces —le dijo al camarero.

El hombre terminó de servir el vino y se fue, dejándonos solos de nuevo.

—Adelante —me pidió.

—¿Tú no quieres? —le pregunté.

—Por ahora prefiero verte comer a ti —dijo y arqueé una ceja.

—Te advierto que después no quiero quejas.

—¿Y eso?

—Porque como tardes mucho en decidirte, las gambas y los mejillones han desaparecido. —Sonreí inocentemente.

—Siempre puedo pedir más. —Sonrió de medio lado.

—Tienes razón. —Puse los ojos en blanco.

No esperé más, cogí el tenedor y pinché las primeras gambas, utilizando un poco de pan para acompañarlas hasta mi boca.

—Joder, parece que las he hecho yo. —Jadeé. Poco me faltó para relamerme.

—En la cocina hay trabajando un cocinero español, cuando llamé para reservar, pedí expresamente que algunas comidas las preparara él.

—Ah… —Bajé la mirada al plato—. Gracias.

—No me las des, Ivy. Antes no lo sabía, pero quería conseguirlo. Ahora lo sé y me he dado cuenta de que quiero seguir disfrutando de ello.

—¿Qué quieres decir?

—Que me gusta el entusiasmo que le pones a todo, hasta al más mínimo detalle.

—Todo es importante —susurré, notando el calor de nuevo en las mejillas.

—Estoy de acuerdo —asintió—. Pero por desgracia se nos olvida muchas veces y en muchos momentos.

—Correcto. Me sucede hasta a mí, aunque no lo parezca.

—¿Qué te apetece cenar?

—Me imagino que sueles venir mucho a este restaurante, ¿no?

—Así es.

—¿Qué me aconsejas? Esta noche no tengo ninguna predilección por nada. —Me encogí de hombros.

—¿Me dejas que pida para los dos? Si compartimos los platos, podrás probar más variedad.

—Me parece bien. —Me mordí el labio inferior, pero lo solté de golpe cuando los ojos de Lars se dirigieron a mi boca.

Al final me ayudó con los mejillones y las gambas, los que estaban de vicio. Por lo visto, acerté con el vino porque a Lars también le pareció una excelente opción. Bueno, para mí con decir que estaba rico me bastaba, lo de excelente ya lo dejaba para los entendidos.

Cuando el camarero regresó, Lars le pidió un buen surtido de platos, yo perdí el hilo al escuchar el tercero. Dejé que se encargara de todo y me entretuve en beber sorbos pequeños de vino y en observar las paredes. Me parecía curioso que hubiese poca decoración, teniendo en cuenta toda la que había por los salones que habíamos recorrido.

—¿Te gusta?

—Eh… sí, claro.

—Pero hubieras preferido estar con más gente —dijo apoyando los brazos en la mesa.

—Yo… no estoy acostumbrada a tanta privacidad y sí a lo que has dicho. Pero no pasa nada. —Levanté las manos—. Está bien, es una experiencia.

—A ver qué te parece esta experiencia.

—¿Cuál? —Lo miré con…

Con nada, porque me quedé boquiabierta y con los ojos abiertos al máximo.

—Pero… —Jadeé, girándome en la silla.

Daba igual hacia donde mirara, cada pared del reservado que antes era oscura, en este instante se había convertido en cristal. Se veían a todas las personas que había al otro lado, pero continuaba aquí dentro a solas con Lars.

Me levanté despacio, alucinada. No esperaba que algo así fuese posible. Las personas comían, reían, hablaban y bebían, los escuchaba perfectamente, como si estuviese al lado de ellas. Mientras que los camareros iban de un lado al otro en los varios salones que había.

—Ven —me pidió Lars y me dejé guiar cuando me agarró de una mano.

Me encantó sentir su calor y el roce de su piel.

—¿Qué te parece? —me preguntó a mi espalda, parados.

—Es… una pasada. ¿Ellos pueden vernos? Nadie mira hacia nosotros.

—¿Una pasada? —Noté el tono de diversión—. No, la vista solo es de dentro hacia fuera. Nosotros continuamos siendo invisibles para todos.

—Vaya… y sí, es una pasada. —Sonreí.

Nos quedamos en silencio, observando hacia el lado en el que nos habíamos quedado. Me estremecí cuando deslizó los dedos desde mi hombro hasta la muñeca, a pesar del jersey lo sentí como si lo traspasara. Me agarró de la mano y me dirigió el brazo hacia delante.

—Oh… —dije cuando nuestras manos hicieron contacto con la pared del reservado. Esta volvió a ser oscura en la zona que tocamos, pero al retirar las manos se puso de nuevo transparente.

—¿Se pone de esta forma a la mitad de la comida o algo así? —le pregunté con curiosidad.

Me sorprendió tanto escucharlo reír que me giré y fue peor, porque de sentir el calor de su pecho en la espalda y su respiración pausada sobre mi cabeza, ahora tenía que aguantar verlo de frente, con su cara tan perfecta, su mirada intensa y…

Contuve el aire cuando con el pulgar me acarició los labios.

—No —susurró, mirándome a los ojos mientras continuaba acariciándomelos—. Podemos ver lo de fuera porque yo he pulsado un botón.

—Ah… —dije y aproveché para respirar.

—¿Te ha gustado?

—Sí. —Sonreí.

Inconscientemente, me pegué más a su cuerpo. Sentí las mejillas arder cuando el camarero volvió a entrar con la cena, pero, por otra parte, agradecí que Lars no se moviera y me mantuviera escondida para el hombre.

—Lars… —murmuré y la punta del pulgar se coló entre mis labios.

Sus ojos se quedaron fijos en mi boca y no pude controlar el jadeo que me provocó que me agarrara de la cadera y pegara mi espalda la pared del

reservado, con su pecho alzándose frente a mí. Por suerte lo hizo cuando volvíamos a estar solos en el reservado.

La zona en la que me apoyé se puso oscura, lo que agradecí porque ya me sentía flotando demasiado, como para tener la sensación de que en cualquier momento me caería de espaldas y aparecería en el otro salón.

—No sé qué me pasa contigo desde el principio, Ivy. —Su voz sonó ronca, afectada.

Solté un pequeño gemido cuando colocó una de sus piernas entre las mías. Me dejó inmovilizada completamente a la pared.

—Puede… puede entrar otra vez el camarero.

—No volverá.

Cerré los ojos al sentir sus labios en el cuello.

—Dime que pare, Ivy. Dime que me he vuelto loco y que lo mejor es que cenemos. Dime cualquier cosa para que pueda quitarte las manos de encima. —Me miró con la mandíbula apretada.

—Es que no quiero que apartes las manos de mí. —Me mordí el labio inferior—. Yo… ya sé que suena a locura, pero la verdad es que… joder ni yo lo sé. —Cerré los ojos un instante.

—Necesito saber qué es lo que deseas ahora mismo, sin pensar en que es nuestra primera cita y que hace pocas horas que hemos empezado a conocernos. Desde el principio lo nuestro nunca ha sido común, esto ya nos ha sobrepasado.

—Dios… —Apreté los párpados cuando ejerció presión entre mis piernas.

—Quiero que sepas algo.

Abrí los ojos cuando me agarró de la nuca.

—Nunca he hecho esto. Me refiero a exactamente así. Jamás he interrumpido una comida o una cena, para… pero es que contigo no puedo, y menos notando el calor que desprendes. —Soltó una especie de gruñido.

¿Calor? Estaba ardiendo entre las piernas y lo estaba notando perfectamente a través de mi pantalón y el suyo, directamente sobre su muslo.

Capítulo 23



—Me has pedido que no piense en nada, ni en esta primera cita, ni en las horas que hace que hemos empezado a hablarnos con normalidad —le dije agarrándolo de la nuca—. Haz lo mismo. Este calor es por tu culpa, me pones así, y joder, ahora mismo todo en lo que pienso termina igual. —Cerré los ojos.

Casi me echo a llorar cuando dejó sus dudas y me cubrió la boca con la suya. El primer contacto de nuestros labios intensificó todas mis sensaciones, pero cuando su lengua se abrió paso buscando la mía, sus manos se apretaron en mi cadera y su cuerpo buscó el mío…

Gemí perdida en las emociones fuertes que sentía en este momento, mientras su boca no me daba tregua.

—No entiendo lo que me has hecho —dijo jadeante, con la frente apoyada en la mía.

—No eres el único que se siente así. —Le besé la mandíbula, provocando que cerrara los ojos con fuerza.

—Tendré que invitarte a otra cena, esta no la vas a disfrutar. —Apretó la mandíbula cuando le pasé las manos por encima del jersey.

Me encantaba que hubiese venido a la cita vestido informal, nada de trajes.

—¿Y se puede saber por qué? La estoy disfrutando mucho. —Metí las manos por debajo de la cinturilla del jersey.

Me había vuelto loca, definitivamente. Miré hacia donde creía que estaba la puerta porque no se veía, las paredes continuaban siendo de cristal. Durante unos segundos esperé a que el camarero entrara, pero fui tranquilizándome al pensar que teníamos tiempo. Los platos de comida estaban todos en la mesa, así que tardaría en regresar.

—Vas a comerte la comida fría. —Buscó mis ojos.

—Creo que no me he quejado. —Ladeé la cabeza.

—Eres preciosa, Ivy. —Me acarició la cara—. Cuando te vi en la fiesta… en ese momento me hubiese gustado hacerte de todo, incluyendo sacarte del salón para que dejaran de mirarte los babosos. —Sacudió la cabeza—. No te imaginas lo que tuve que luchar conmigo mismo para solo tocarte un mechón de pelo cuando saliste del baño. —Cogió una bocanada de aire—. Y esto también me parece increíble.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté acariciándole la barriga.

—Lo que me impulsas a hacer. —Sacudió la cabeza.

—Has empezado tú. —Arqueé una ceja.

—Toda la razón, el tema es, ¿quieres terminar o prefieres volver a la silla?

—Volveré a la silla si es únicamente para sentarme sobre ti. —Le dejé claro.

Me sorprendí a mí misma, por lo directa que fui y lo necesitada que soné. No iba a ocultarme a estas alturas y pareció que surtió efecto con Lars. Me

cogió en brazos y caminó conmigo hasta la mesa.

—Lars… la puerta. —Me preocupé.

Se desvió para ir hacia ella y me sorprendí cuando encontró un pestillo y lo echó. Yo ni me había dado cuenta cuando era una puerta visible, imposible hacerlo en este instante en el que parecía que no había nada.

Después de darnos más privacidad, caminó hasta la mesa y esta vez sí, se sentó en su silla. Me dejó de pie entre sus piernas, pero me frenó cuando hice el intento de ponerme encima.

Me mordí el labio inferior cuando sus manos cubrieron el botón del pantalón y se encargaron de desabrocharlo. La prenda se deslizó por mis piernas, hasta que se quedó enrollada en los botines. Sus ojos, y como me observaron, me calentaron más. Toda mi necesidad se concentró en una zona muy concreta.

Lars abrió más las piernas y me agarró de las caderas, para ponerme entre sus ellas. Me pidió que separara las mías y gemí echando la cabeza hacia atrás, cuando varios de sus dedos me rozaron el clítoris por encima de la braga. Estaba tan sensible, tan excitada, que ese simple roce estuvo a punto de provocar que cayera por el precipicio del placer.

—Como ya suponía… estás chorreando.

—Más —le pedí sin vergüenza, con mucha necesidad.

Le agarré la muñeca para profundizar las caricias, pero no entraba en los planes de Lars provocarme el orgasmo y terminar rápido. Se separó un poco de mí y me deslizó hacia abajo la braga. Me dejó desnuda de cintura para abajo, a falta de quitarme los botines y de liberarme una pierna de la ropa. Solo una se quedó fuera, pero era más que suficiente.

Lars me hizo sentarme sobre sus piernas abiertas, por lo que me quedé completamente abierta y expuesta para sus dedos juguetones que no tardaron en volver a acariciar mi zona íntima.

Jadeé conteniéndome, agarrándome de sus hombros, mientras balanceaba las caderas para buscar mi propio placer.

—Lars… —gemí y me mordí el labio inferior, para no hacer mucho ruido.

—Quiero ver cómo te corres, quiero sentir tu orgasmo como mío. Dámelo. —Aumentó la velocidad de sus dedos y yo la igualé con la cadera —. Eso es, mírate, estás preciosa, tan apetecible… Fóllate mis dedos —me pidió y fue mi perdición.

Los colocó en posición y lo hice, entraban y salían sin dificultad por lo mojada que estaba. No quería pensar lo que estaba haciendo en un restaurante lleno de personas, en un puñetero reservado transparente para nosotros, por suerte para nadie más. Solo de pensar en las preguntas que me harían mi padre y Louis… Dios, me iba a dar algo en ese momento, pero ahora, en este…

Grité su nombre cuando un orgasmo intenso arrasó conmigo. Caí sobre el hombro de Lars, sin fuerzas y deliciosamente saciada.

—No he acabado contigo —me susurró al oído y me estremecí.

Me levantó la cabeza para buscar mis labios en un beso mucho más calmado que los anteriores, pero igualmente intenso y con mucha intención. Cuando nos separamos, metió una mano en un bolsillo del pantalón, para sacar el envoltorio de la protección.

Me mordí el labio inferior, viendo cómo se desabrochaba el pantalón. Contuve la respiración cuando se bajó el bóxer, lo necesario para que su

miembro erecto encontrara la liberación. Mirándome a los ojos, rasgó en envoltorio y se colocó la protección.

Antes de que pudiera moverme, me acarició el sexo con los dedos, con los mismos que después se tocó para humedecer el material. Volvió a sorprenderme cuando me agarró de los muslos y me giró, de tal forma que continué sentada sobre sus piernas, con las mías abiertas, pero en esta ocasión dándole la espalda.

Apoyé las manos en el borde de la mesa y giré la cabeza hacia atrás.

—Déjame a mí —me pidió, o más bien sonó a exigencia.

Daba igual, fuese una cosa u otra, iba a dársela igualmente. Dejé que me manejara como quisiera, y mis jadeos volvieron a escucharse dentro del reservado, cuando deslizó su miembro cubierto una y otra vez por mi humedad.

—Lars… —gemí elevando el trasero.

Como respuesta, me acarició las nalgas. Cuando me las abrió y pegó mi espalda a su pecho, supe que no nos haría esperar más. Y así fue, controlando el movimiento y soportando mi peso, dejó bajar a mi cuerpo poco a poco sobre su miembro. Lo fui cubriendo muy lentamente, fue una agonía deliciosa en la que sentí como con cada centímetro que entraba la tensión en mi interior aumentaba.

Cuando se quedó encajado dentro de mí, durante unos segundos ninguno de los dos se movió, disfrutando de las sensaciones.

—Apoya las manos en la mesa y no te sueltes en ningún momento.

Obedecí al instante, desesperada y necesitada. Me pareció que la puerta quedó frente a mí, difícil saberlo porque ya me había desorientado. Cuando

Lars me agarró de la cadera y me elevó despacio, para entrar de una embestida fuerte. Ese fue el comienzo de un baile en el que solo pude colaborar con sonidos de placer, mientras observaba cómo fuera del reservado las personas continuaban comiendo, riendo y hablando.

Llegó un punto en el que mi respiración estaba alterada completamente y mis jadeos eran constantes, al igual que las embestidas fuertes de Lars, cuando gemí al ver al camarero parado frente a la puerta. Contuve la respiración al escuchar los golpes en la puerta, después de que se encontrara la puerta cerrada.

Uno, dos, tres, cuatro…

—¿Paro? —me preguntó Lars, con la voz entrecortada.

—Ni se te ocurra —gemí, agarrándome con más fuerza al borde de la mesa.

—Eso pensaba, no iba a hacerlo por el camarero, aunque me lo hubieras pedido.

De repente mis pies volvieron a tocar el suelo. Lars se levantó de la silla sin salir de mi interior y me hizo inclinarme el cuerpo sobre la mesa. En cuanto me tuvo en la posición que quería, el ritmo frenético que tomó me dejó sin respiración y me llevó de cabeza a otro orgasmo con el que grité sin control, sin poder controlarlo.

Unos minutos después, Lars rugió a mi espalda y se vació.

—¿Cómo estás? —me preguntó cuando las respiraciones de los dos se normalizaron.

Todavía continuaba dentro de mí, con la frente apoyada en mi cabeza, la que había colocado de lado para poder estar más cómoda.

—Perfectamente —solté un suspiro.

—¿No he sido muy brusco?

Noté la indecisión en su voz y me levanté despacio. Al hacerlo, lo obligué a salir de interior, pero necesitaba girarme hacia él.

—Has sido todo lo brusco que necesitaba —le aseguré, acariciándole la mandíbula—. ¿De acuerdo? No soy de cristal, como parecen estas paredes.

—Está bien —soltó un suspiro—. Entra al baño primero.

Lo hice con todo mi empeño para asearme y vestirme bien, y cuando terminé y salí, Lars me sustituyó para encargarse de sus cosas.

Una vez volvimos a estar frente a los platos, pero enfocados en cenar, y con el pestillo de la puerta quitado, empezamos a comer. Por suerte, algunos platos todavía mantenían la temperatura. Entre el vino, el buen sexo, y la comida, pasamos una noche extraordinaria y muy, muy relajada.

Quién me lo iba a decir, pero así fue. Cuando me despedí de Lars, casi tres horas y media después de llegar al restaurante, lo hice con la promesa de que volveríamos a quedar. Nos dimos un beso largo antes de que me montara en el taxi y este pusiera rumbo a una calle que le dije para no mencionar delante de Lars la dirección buena.

En cuanto nos alejamos le pedí al taxista que rectificara la ruta y me llevara a la nueva dirección que le di, y tal y como quedé con Louis, cuando calculé que faltaban unos cinco minutos para llegar a la puerta de hierro, le envié un mensaje que vio enseguida. Sonreí al ver su «ok» y solo entonces me permití cerrar un poco los ojos.

Capítulo 24



Sonreí incluso antes de abrir los ojos. Me sentía feliz, pero cuando conseguí levantar los párpados, un sentimiento de traición se apoderó de mí.

Me quedé con la vista fija en la corredera de la terraza, pensando que ahora más que nunca me pesaba el engaño hacia Lars. A ver, no es que continuara con lo que fui a buscar a la fiesta de empresarios, mi padre me había dicho que me olvidara de ese asunto.

Pero ahora que había logrado mi propósito, ¿mi padre esperaría que le consiguiera algún tipo de información?

—Tengo que hablar con él —susurré.

Me incorporé para quedarme sentada en la cama y doblé las piernas por debajo de la colcha, para rodeármelas con los brazos.

Al cabo de unos minutos giré la cabeza hacia la puerta, al escuchar unos golpes en la madera.

—Adelante.

—Buenos días, Ivy. —Apareció Marie, sonriente como siempre.

—Buenos días, Marie.

—¿Qué pasa? —me preguntó colocando las manos en las caderas.

—Que yo sepa nada —respondí y frunció el ceño.

—¿Seguro? Tienes una cara…

—Sí. No te preocupes, me he levantado con el día tonto. —Me encogí de hombros.

—¿Y eso? —se preocupó, acercándose a la cama.

—Hace poco que me he despertado y ya he sonreído y he tenido ganas de llorar, con unos segundos de diferencia. Así que imagínate —negué.

—Vaya. —Hizo una mueca—. Voy a decirle a Lily que te prepare un buen desayuno y ya verás como todo lo ves muy diferente cuando termines. —Me hizo un guiño—. ¿Te vas a duchar?

—Lo haré más tarde, ahora no me apetece.

—De acuerdo —asintió—. Pues venga, arriba el cuerpo y el ánimo. —Me agarró de las manos y tiró de mí, haciéndome reír—. Así me gusta. —Sonrió satisfecha.

—No he mirado la hora que es —dije, volviéndome hacia la mesita de noche.

—Son las nueve y media.

—Es más tarde de lo que pensaba. —Agrandé los ojos.

—Tampoco tanto. —Movió una mano, quitándole importancia.

—Yo también tengo que trabajar, Marie.

—Lo sé, hija, pero porque te levantes un poquito más tarde, supongo que no significará mucho. ¿No?

—En realidad, no. —Arrugué la nariz, haciéndola reír.

—Anda, entra al baño. Te esperamos en la cocina.

—Mi padre tan tarde no está.

—Se fue a las siete.

—Vale. Ahora bajo —solté un suspiro, yendo al baño.

Me lavé la cara, me cepillé el pelo para recogérmelo en un moño mal hecho, y fui al vestidor para ponerme por encima del pijama una sudadera de pelito.

Bajé la escalera pensando que necesitaba hablar con mi padre, pero hasta el mediodía no podría, y dependiendo de lo agobiado que lo viera, no sacaría hasta la noche el tema que necesitaba hablar con él.

—Voy a tu habitación, para que después puedas trabajar tranquila —me dijo Alice, pasando por mi lado a la carrera.

—Buenos días —la saludé con humor.

—Ay, Ivy. ¡Buenos días, preciosa!

El «preciosa» lo escuché lejano porque se perdió por la planta superior. Negué y continué mi camino hasta la cocina.

—Hola —saludé a Lily, solo estaba ella.

—Buenos días, Ivy —me dijo.

—¿Y Mathilde?

—Está haciendo inventario de la despensa.

—¿Más compras? —le pregunté sonriendo.

—Oh, sí. El señor ha organizado una fiesta para dentro de unos días.

—¿Una fiesta? ¿Mi padre?

—Sí, por el cumpleaños de un amigo suyo. Quiere darle una sorpresa.

—Ah, ya decía. —Sonreí.

—Pero igualmente asistirán bastantes personas. Aún no nos lo ha confirmado, pero tenemos que estar preparadas. Tampoco sabemos cuándo será, el señor no nos ha dicho la fecha, ni si será para comer, para cenar, o todo seguido.

—Suena bien. A ver si la celebra antes de que me vaya.

—No me digas que ya has comprado el vuelo a España. —Se giró hacia mí, con cara de sorpresa.

—No. —Me reí—. Pero lo he dicho, porque como mucho me quedaré una semana y media más, como máximo dos.

—Vaya, después pasaremos demasiado tiempo sin verte. —Hizo una mueca—. Esta casa es muy aburrida sin ti, el señor volverá a estar triste —soltó un suspiro.

—¿Mi padre estaba triste antes de que yo llegara?

—Lo siento, no quería preocuparte.

—Tranquila, solo quiero estar bien informada.

—Entre tú y yo —me dijo hablando muy flojito—. Tu padre lleva un tiempo que no levanta cabeza. Hace esfuerzos por aparentar normalidad, pero sea lo que sea lo que lo entristece, cada vez es más pesado y difícil de soportar.

—¿Has notado cambio desde que estoy aquí?

—Claro. —Se le iluminaron los ojos—. Por eso he dicho que cuando te vayas todo volverá a ser como antes —soltó un suspiro—. No quiero condicionarte, Ivy, tú tienes tu vida, tu trabajo, tu madre y tus amigas están en España. Allí está tu vida.

—Más o menos, porque aquí también, Lily. —Tragué saliva—. No quiero que mi padre enferme de pena. ¿Tú crees que es posible?

—¿Por qué no hablas con Marie? Ella, al igual que Louis, pasa buenos momentos con tu padre. Los tres son buenos amigos.

—¿Qué pasa conmigo? —preguntó Marie, al escuchar su nombre.

—Ivy está preocupándose por su padre cuando se vaya —le respondió Lily.

—Tómate el desayuno y damos un paseo por los jardines —asintió e imité su gesto.

Lily me puso la bandeja enfrente y no tardé en beberme el zumo. Continué con las tostadas y el café, mientras Marie iba a hacer no sé qué en

la planta principal.

Quince minutos después, conseguí ganarle a Lily y salirme con la mía. Me estoy refiriendo a que fregué lo de mi desayuno, escuchando sus quejas y soportando los pequeños empujones que me dio para apartarme. Al final, terminamos los dos riendo.

Cuando salí de la cocina, fui a mi habitación para ponerme una chaqueta acolchada y bajé para buscar a Marie. La encontré en una de las estancias hablando con Rosie. Saludé a la última y esperé a que terminaran sus cosas del trabajo. Me quedé en el pasillo.

—Ya podemos ir —dijo Marie.

—¿No tendrás frío así?

—Estoy acostumbrada —negó—. Y si estamos mucho tiempo, entraré.

—De acuerdo —asentí.

Salimos a los jardines por la corredera de uno de los salones, la que daba al porche. Empezamos a caminar por la hierba y durante unos minutos ninguna de las dos rompió el silencio, hasta que empecé yo.

—¿Tengo que preocuparme por mi padre? —le pregunté siendo directa.

—¿Por qué tienes esa duda? —Me miró con curiosidad.

—Porque cuando llegué noté una gran diferencia a cómo está desde hace unos días. No sé, me da miedo que la tristeza lo consuma. —Baje la mirada a la hierba y me paré—. Tú estás muy pendiente de él, ¿has notado cambios drásticos?

—Los que puede tener cualquier persona, Ivy. —Se agarró de mi brazo y volvimos a caminar—. Tu padre se siente muy solo cuando no estás, a pesar de que nos tiene a Louis y a mí en más confianza, y al resto de sus trabajadores que harían cualquier cosa por él. —Hizo una pausa—.

»Tú no puedes hacer nada y tu padre jamás te pediría que dejaras tu vida en España para que te vinieras una temporada aquí. Él te valora mucho, Ivy, ten claro que está muy orgulloso de ti.

—Lo sé —susurré—. Pero ¿por qué se siente tan solo ahora? ¿O le lleva pasando tiempo?

—La verdad es que no te sabría decir —dijo pensativa—. La tristeza no aparece todos los días, a veces avanza terreno sin que nos demos cuenta. En esas ocasiones en las que se esconde y llega de golpe, cuando menos lo esperas, provoca un efecto más devastador.

»Solo puedo decirte para que te quedes tranquila, que Louis y yo no vamos a dejarlo solo cuando esté aquí, en su hogar. Todos sus trabajadores lo adoran y le tienen mucho respeto, también harían cualquier cosa por él.

—Me da miedo irme a España.

—¿Por qué no hablas con él? Es el que mejor puede aclararte todas las dudas.

—Sí, ya tengo varios temas aquí. —Me señalé la cabeza.

—Pide audiencia —me dijo y reímos.

Estuvimos un rato más dando un paseo, hasta que se levantó aire y entramos para protegernos del frío y del temporal.

Me despedí de Marie para ir a mi habitación, con la intención de ponerme a trabajar y en algún pequeño descanso a lo largo de la mañana, aprovecharía para darme una ducha calentita.

Cuando me senté en el escritorio, mientras se encendía el ordenador, llamé a mi madre. Mis amigas ya tuvieron un pequeño adelanto de cómo me fue la cita con Lars. No entré en detalles, pero por las pocas palabras que les escribí y el «¡He triunfado!», ya les dio bastantes pistas para saber lo que sucedió.

—Ivy, hija, ¿cómo va?

—Hola, mamá. —Sonreí al escuchar su voz—. Muy bien. Ahora voy a ponerme a trabajar hasta el mediodía.

—Muy bien.

—¿Cómo estás?

—Yo como siempre, cariño. No quiero que te preocupes por mí.

—Mamá…

—¿Sí?

—¿Alguna vez te has sentido tan triste que se te han quitado las ganas de todo?

—¡No me has dicho que estás bien!

—Sí, sí, tranquila. —Fruncí los labios.

—¿Entonces…?

—Déjalo, era una tontería.

—¿Seguro?

—Sí.

—De acuerdo. Ayer estuve con Bea. Cada dos días, Paula y ella se turnan. Gracias, ya sé que es cosa tuya, pero no hacía falta.

—Las muestras de cariño siempre hacen falta y vivir solo no es fácil, aunque parezca que sí.

—Estoy de acuerdo. ¿Sabes cuándo vuelves?

—Precisamente he estado pensando en eso hoy, pero no tengo nada claro.

—Al final, le vas a coger el gusto, a estar ahí.

—Podrías venir un fin de semana. Oye, me encanta mi propia idea. —Me reí—. Piénsalo, te reservo una habitación en un hotel y hacemos turismo las dos. ¿Qué me dices?

—¿Yo en Bruselas?

—¡Síii…! Tengo muchas ganas de verte. Vamos a hacer una cosa.

—¿El qué? —dijo dubitativa.

—Voy a mirarlo todo. El vuelo de Paula y Bea les costó muy bien de precio. Por lo del hotel, tampoco creo que haya problema, buscaré uno que esté apartado de la zona más céntrica. Da igual que tengamos que movernos en taxi.

—¿Y no sería más fácil que volvieras tú?

—Mamá, no tienes nada que hacer y te vendrá bien viajar. ¿Cuándo fue la última vez? Por la señora Antonia no te preocupes, al ser tan pocos días su

amiga puede ir a verla, viven en la planta de arriba.

—Bueno, tú dame opciones y vamos viendo, ¿de acuerdo?

—Estupendo. Te quiero.

—Te quiero, cariño. Creo que acabas de liarme.

Solté una carcajada, después estuve hablando un rato más con mi madre, hasta que colgué para centrarme en el trabajo, para adelantar lo máximo posible.

Capítulo 25



Lars

—Te invito a comer —le dije a Ivy por el teléfono.

—Mmm… me encanta como suena eso.

—¿Has suspirado?

—Sí —me confirmó riendo—, y algunas cositas más que no vas a saber ahora mismo.

—Me las estoy imaginando y te advierto que no es bueno que vaya a la cita de la forma en la que me estás poniendo.

—Tentador…

—Dame una dirección y voy a buscarte.

—No hace falta, estoy por el centro de Bruselas —comentó y caminé más despacio por el despacho de mi empresa—. ¿Nos vemos en Le Grand Café otra vez? ¿A qué hora?

—¿Todavía no confías en mí? —Miré por el ventanal.

—No se trata de eso, Lars —soltó un suspiro—. Es verdad que estoy comprando algunas cosas. ¿Sabes? Si hoy consigo convencer a mi madre, tal vez viaje hasta aquí el próximo fin de semana.

—Vaya, eso suena muy bien. Me alegro por las dos.

—Gracias —dijo animada y me la imaginé sonriendo.

—Entonces, nos vemos en el café dentro de una hora. ¿Te va bien?

—Me va perfecto. Terminaré rápido, solo me falta comprar una cosilla.

—Ten cuidado y asegúrate de mirar por dónde vas por las calles —le pedí y sonreí al escuchar de nuevo sus risas.

—Muy gracioso —se quejó.

—Realista. —La rectifiqué.

Colgué la llamada después de despedirnos, pero sustituí el móvil por el fijo.

—Sí —dije al descolgar.

—Señor Maes, tiene una gran visita —me comunicó la recepcionista.

—¿Gran visita? —Fruncí el ceño—. Que yo sepa, tengo el día libre de ellas, no espero a nadie.

—Es su padre, ha venido a verlo.

—La próxima vez empieza por ese detalle tan grande. —Le recordé para la próxima vez, remarcando las últimas palabras.

—De acuerdo, jefe —dijo con humor.

—Que suba —le pedí.

—Ya está en el ascensor.

Sacudí la cabeza sonriendo. Fui hacia la puerta y la abrí, para esperar ver aparecer a mi padre. Hacía un mes que me despedí de él, aproximadamente. Más concretamente, desde que decidió hacer un viaje que lo había mantenido entretenido durante mucho tiempo, en el que empezó a enlazar uno con otro hasta tal punto que ya había perdido la cuenta de cuántos había hecho al final.

No podía decir que no se había tomado bien su jubilación y mi madre por partida doble.

—Papá —le dije a modo de saludo.

Me aparté de la puerta para dejarlo entrar y en cuanto cerré, me agarró del brazo y tiró de mí.

—¿Cómo estás? ¿Y mamá? —le pregunté abrazándolo— La última vez que os llamé hace unos días me dijisteis que todavía tardaríais en regresar.

—Estamos perfectamente, Lars. —Me dio una palmada en el hombro—. Me siento revitalizado, echo un chaval hormonado.

—Vale, lo pillo. Por favor, no hace falta que me des los detalles.

—¿Estás seguro? Mira que lo mismo aprendes algo, hijo —dijo con humor y arqueé una ceja—. Tu madre está encantada, cuando la veas te darás cuenta del brillo que tiene en la piel y en los ojos.

—Vale. —Levanté las manos—. No me cuentes vuestras aventuritas. —Sacudí la cabeza—. ¿Bajamos a tomarnos un café?

—Me encantaría.

Asentí y me dirigí al armario que estaba situado hacia el lado izquierdo. Saqué el abrigo, me lo puse, comprobé que llevaba la cartera en el bolsillo interno, y me dirigí hacia mi padre para salir del despacho, de la oficina y del edificio.

Salimos y a una calle de distancia ocupamos una mesa en el interior de una cafetería.

—¿Los viajes bien? ¿Volvisteis ayer? —Me interesé.

—Los viajes de lujo, nos han encantado. Sí, llegamos anoche.

—Me alegro. ¿Cuánto tiempo tardaréis en iros de nuevo?

—El tiempo que tu madre y Millie me den para tener toda la ropa limpia —me dijo con un guiño y me reí.

—Hacéis bien. Ahora es el momento para que disfrutéis.

—¿Cómo te va a ti, hijo? ¿El día a día?

—Como siempre te digo cuando hablamos por teléfono: todo en orden —asintió—. Aunque tengo una novedad que contarte.

—Qué interesante… Sorpréndeme —me pidió apoyando los brazos en la mesa, con una sonrisa de medio lado.

—Aunque te resulte raro, he conocido a alguien —le dije sin rodeos.

—¿Qué tipo de conocimiento?

—Del mismo del que no quiero escuchar hablar de mi madre y de ti —sacudí la cabeza.

—Vaya… —Se echó hacia atrás.

—No pareces muy sorprendido. —Fruncí el ceño.

—Lo estoy procesando todavía. —Se frotó la barbilla—. ¿Cómo se llama?

—Ivy. He quedado con ella para comer.

—¿Y cómo la conociste?

—¿Vas a hacerme un interrogatorio? —Arqueé una ceja—. Porque te advierto de que hay muchas cosas que no sé de ella, pero me da igual, las iré descubriendo poco a poco.

—Nunca te había visto tan confiado. —Ladeó la cabeza.

—Créeme, me ha costado —negué—. Hasta que me di cuenta de que para mí es muy importante que con Ivy salga todo bien.

—Te escucho y no me lo creo. —Sonrió con picardía—. Mi hijo enamorado de una muchacha que ha conseguido lo impensable —habló pensativo, mirándome fijamente—. Estoy deseando conocerla, no hace falta que te diga lo que me dirá tu madre cuando le cuente el bombazo.

—Tampoco es para tanto. —Puse los ojos en blanco—. Yo no… hablaría de enamoramiento tan pronto. Solo hace unos días que nos estamos viendo y sobre lo de que la conozcáis, no voy a asustarla ya. —Le dejé claro.

—Interesante. —Se frotó la barbilla.

—¿Qué? —Fruncí el ceño.

—Que lo que quieres es protegerla y retrasarlo hasta que ella se sienta más segura y a gusto. En ningún momento has tenido la intención de decirme que ya hablaremos en un futuro si es que la relación evoluciona, como sueles hacer. Bueno, más bien solías hacer, porque ya no me acuerdo de la vez anterior que te interesaste por alguien más allá de una noche.

—Vamos a dejar el tema —dije.

Llamé la atención del camarero para pedir dos cafés bien cargados y cuando nos los trajo, nos los tomamos con calma. Escuché entretenido muchas de las anécdotas que les habían pasado a mis padres en los viajes, tanto juntos como por separado.

Estuve media hora con él, hasta que le dije que tenía que irme para no hacer esperar a Ivy. Nos despedimos con un fuerte abrazo fuera de la cafetería, y diciéndonos que nos veríamos pronto. Cada uno tomó una dirección, yo me dirigí al estacionamiento de la empresa, para ir directo a mi coche.

En quince minutos estaba buscando aparcamiento y en unos pocos más caminaba por la acera dirección al café. Sonreí al ver a Ivy sentada en la terraza, me daba la espalda. Tenía sobre una silla varias bolsas, al final sí que le había cundido la mañana.

Me paré detrás y me incliné despacio hacia ella.

—Hola, preciosa —le susurré al oído y sonreí cuando se sobresaltó.

—Me has asustado. —Giró la cabeza hacia mí—. Hola.

—Lo siento —murmuré sobre sus labios.

—Si esta es la recompensa, puedes volver a hacerlo cuando quieras.

Me reí, pero cuando la boca de Ivy cubrió la mía, me olvidé de todo, incluso de que estábamos en la calle.

—Lo mismo digo —le dije al separarnos—. ¿Me siento hasta que termines el refresco?

—No. Tengo hambre —dijo haciéndome un guiño—. Vamos, he pagado ya —me informó.

La seguí por la terraza, observándola por la espalda, recreándome con cada uno de sus movimientos al caminar. Cuando llegamos a la acera, le quité las bolsas de las manos y le comenté que lo mejor era dejarlas en el maletero de mi coche. Es lo que hicimos y una vez tuvimos las manos libres, caminamos sin prisa para buscar un restaurante que a los dos nos llamara la atención.

—¿Has trabajado mucho? —le pregunté.

—Sí, a pesar de que he salido a comprar, me ha dado tiempo a adelantar. He madrugado bastante.

—¿Y eso? ¿Ha sido a propósito?

—No, me he desvelado. —Se encogió de hombros.

—Después de comer podemos ir a mi casa —le propuse susurrándole al oído—. Te sentaría genial ponerte cómoda, una siesta, tú y yo desnudos bajo una manta, al calor del fuego… ¿Qué me dices?

—Que se me ha quitado el hambre y quiero que me lleves ya —dijo haciendo un puchero y solté una carcajada.

—¿Qué? —le pregunté.

—Es que me encanta ver cómo te ríes. Tendrías que hacerlo más a menudo, convertirlo en una costumbre.

—Voy bien así, me estás haciendo practicar. —Le hice un guiño.

—Oye. —Se paró de repente y se puso frente a mí—. ¿Por qué no compramos la comida para llevar y comemos cómodos en tu casa?

—Mmm… Ivy.

—¿Qué?

—Creo que se te ha olvidado que tengo en mi casa personal a mi cargo, y entre ellos está la cocinera. Te hablé de todos —asintió—. Cuando conozcas a Lucie ni se te ocurra decirle que no te has acordado de ella —le pedí con diversión.

—Era para no darle trabajo —soltó un suspiro.

—¿Qué te apetece? —le pregunté agarrando su abrigo, del que tiré hacia mí.

—Se me ha antojado un menú de hamburguesa. —Se mordió el labio inferior y arqueé una ceja.

—Muy bien, señorita, pues vamos a por dos menús completos para comérnoslos en mi casa.

—¿De verdad? —Se le iluminó la cara.

—Ya lo verás. —Le hice un guiño.

La guie para cambiar la dirección, para ir de vuelta hasta mi coche. Lo mejor era acercarnos con el vehículo al tipo de restaurante de comida rápida que se le había antojado.

—¿Lucie se lo tomará mal? —me preguntó sentada en el asiento del copiloto.

—No —sonreí de medio lado—, pero no te asustes si empieza a tocarme la cara y a palparme el cuerpo. Pensará que tengo fiebre, que estoy muy grave. —La miré de reojo.

—¿Por qué? —Arrugó la nariz—. ¿No sueles comer ese tipo de menús?

—Ni esos ni ningunos, a no ser que sea el que ofrece los mediodías el restaurante que está cerca de mi empresa. Aunque para ser fiel a la verdad, en la carta pone menú, pero no se parece en nada a lo que te puedes imaginar con la palabra menú. —Sacudí la cabeza.

—¿En serio nunca has comido ese tipo de comida? —Agrandó los ojos.

—¿Tan raro es? —La miré con una sonrisa pícara.

—Mmm… supongo que para ti no, pero para mí sí. Mucho, muchísimo. —Hizo una pausa y terminó riendo—. Tú tranquilo, le diré a Lucie y a quien haga falta que estás estupendamente.

Capítulo 26



Ivy

—No puedes decir que no ha merecido la pena —le dije con humor—. Esto no. —Me reí, dándole un golpe en la mano.

Soltó la manta que nos tapaba los cuerpos desnudos, la que había querido levantar para ver el mío.

Era la primera vez que iba a la casa de Lars, si es que se puede llamar de esa forma. La construcción era inmensa, aunque mucho más moderna y funcional que el palacete de mi padre. También variaba en dimensiones. La vivienda de Lars, como he dicho, era enorme, pero a pesar de ello cada zona estaba cuidadamente pensada para utilizarla. Había mucha amplitud, varias plantas, ascensor, estancias de todo tipo, pero siempre siguiendo una lógica.

Ya conocía a todas las personas que compartían el día a día con Lars. Odette nos había recibido y si ella había abierto los ojos al ver las bolsas con los menús, a Lucie casi se le salen los ojos. La escena fue muy graciosa, me adelanté para decirles que Lars estaba perfectamente y que los menús eran un capricho mío.

Después, Lars me llevó a uno de los salones que tenía la chimenea encendida y le pidió a Odette que no quería interrupciones de ningún tipo.

Hacía una hora y media estábamos allí, como ya he dicho, desnudos porque nos sobró la ropa, tapados con una manta grande, sentados sobre cojines en la alfombra, y con el fuego ardiendo. Antes de probar los menús, terminamos enredados sobre la alfombra, mientras el calor de las llamas calentaba nuestras pieles.

El sexo fue increíble, como todas las veces que lo había tenido con Lars, y cuando nos quedamos saciados nos dedicamos a comer, sin molestarnos en vestirnos. Ya hacía tiempo que teníamos los estómagos llenos, pero continuábamos con los cuerpos enredados bajo la protección de la manta.

—Me encanta estar así —susurré.

—Y a mí. —Me dio un beso en la cabeza.

—Lars…

—¿Sí?

—¿Qué pasará cuando vuelva a España?

Levanté la cabeza al sentir cómo se ponía rígido debajo de mí. Apoyé la barbilla sobre su pecho y le acaricié la mandíbula de forma distraída.

—No quiero hablar de eso ahora —dijo con voz ronca.

—Pero es inevitable, en algún momento llegará el día y…

—Llegará si tú quieres que llegue. —Buscó mis ojos—. El trabajo no te fuerza a nada, eres libre en ese sentido.

—Pero mi madre vive en España, y no voy a dejarla sola.

Deslicé las caricias de mis dedos por su cuello, siguiendo con los ojos el recorrido.

—No he dicho eso. —Soltó el aire despacio—. Ivy, ahora que te he encontrado no quiero perderte. —Tragué saliva.

—Yo tampoco quiero perderte —susurré.

—¿No hay ninguna posibilidad de que tu madre se traslade aquí?

—Cuando la conozcas, el fin de semana que venga te darás cuenta. —Cerré los ojos.

—¿Me las vas a presentar?

Al notar la sorpresa en su voz, abrí los ojos despacio.

—Pues claro. A no ser que… a no ser que no quieras.

—Sería un honor para mí conocerla.

—Ah, pues perfecto. —Le sonreí.

—Esta mañana he estado con mi padre, él y mi madre llegaron anoche de viaje después de bastante tiempo. Precisamente le he hablado de ti y le he quitado la intención porque querían conocerte.

—¿Por qué? —le pregunté en un susurro— Yo…

—No pienses en cosas raras. —Me colocó el pelo detrás de las orejas—. Solo lo he hecho porque no quería que te agobiaras, no sabía que podía hacerte ilusión tan pronto.

—Me gusta conocer a la gente de tu vida. —Me mordí el labio inferior.

—Pues la conocerás. Así de fácil. —Sonrió de medio lado.

—Vamos a dejar de hablar de mi regreso —le pedí incorporándome.

La manta cayó enrollada en mi cintura y los ojos de Lars me quemaron allá hacia donde los dirigía.

—Prefiero esto, muchísimo más —dije subiéndome encima de él. Me quedé a horcajadas sentada sobre su cadera—. ¿No te parece?

Me incliné para lamerle los labios, pero gemí antes de llegar a tocárselos. Me agarró de las nalgas para abrírmelas y paseó el glande por todo mi sexo, recorriendo cada pliegue y rincón húmedo y preparado.

—Esto es el puñetero paraíso, Ivy —dijo con voz rasgada, al introducir unos centímetros de la punta—. Dios… Te follaría de tantas maneras —siseó.

—Hazlo. —Jadeé moviéndome, necesitando que me llenara por completo. Pero se contuvo.

—No me des ideas, si lo hago todo el mundo te escuchará gritar y después no podrás mirarlos a la cara.

—Joder… —gemí balanceando la cadera— Lars…

—Es para ti —gruñó cuando aflojó la fuerza con la que me sujetaba las nalgas y me dejó deslizarme hacia abajo.

Cuando la mitad del miembro quedaba oculto, me dejé caer de golpe, hasta que nos quedamos encajados y nos los sexos en contacto. Soltamos un gemido sincronizado y me agarré con fuerza de sus hombros.

—Muévete. Fóllame duro —me pidió con la voz ronca.

Es lo único que deseaba hacer y es lo que hice. Me incorporé poniendo la espalda recta y Lars aprovechó para cubrirme los pechos con las manos. Empecé a moverme encima de él, ayudándome con el borde del asiento del sofá, donde apoyé las manos para tener un mejor punto de apoyo. Nuestras respiraciones se descontrolaron, el fuego parecía quemar mi piel por el calor interno que sentía.

Cada subida y bajada, cada estiramiento, cada roce y fricción, cada embestida hasta lo más hondo… durante unos minutos mi búsqueda de placer se volvió frenética, pero agradecí la pequeña tregua que me dio Lars, cuando giró nuestros cuerpos para quedarse él encima de mí.

Me subió una pierna a su espalda y fue justo en ese momento cuando perdí la noción de todo, con la fuerza y el ímpetu de Lars, llenándome incansablemente. Gemí y jadeé sin vergüenza, no podía contenerme. El orgasmo llegó arrasando de una forma tan intensa que grité su nombre al liberarme.

Por suerte, mi voz quedó amortiguada en su boca, me la cubrió anticipándose. Al cabo de unos minutos se dejó llevar él con varios gruñidos, abrazado a mí.

—¿Estás bien? —me preguntó por su peso.

Se había dejado caer sobre mí y tenía la cara escondida en la curva de mi cuello.

—Sí. —Le acaricié la espalda.

Igualmente, salió de mi interior y se puso al lado. Me rodeó con un brazo y acercó mi cuerpo al suyo.

—Así mejor —murmuró.

—Si insistes… —dije y sonrió.

Apoyé la mejilla en su pecho y cerré los ojos, sintiéndome plena.

No quería pensar en el mañana, no quería plantearme qué sucedería cuando tuviese que irme. Porque llegaría y tenía la sensación de que sería pronto.

Sobre las seis de la tarde me despedí de Lars, quien me acompañó hasta el taxi que llamó para que viniera a recogerme. Me monté después de un último beso y le dije adiós desde el interior del vehículo.

Tenía muchísimas ganas de sincerarme con él, no me gustaba ocultarle cosas tan importantes como quién era mi padre. Pero me daba miedo porque no sabía cómo iba a tomarse la noticia. ¿Cómo podía hablar con él? Lo necesitaba, pero también necesitaba tener una conversación con mi padre.

Con ese último pensamiento hice el trayecto hasta el palacete. El taxi me dejó en la puerta de hierro y después de pagarle con la tarjeta, le di las gracias y me bajé.

—Hola —saludé a Louis, cuando activó la puerta para que se abriera.

Me esperaba al otro lado de la puerta, en una pequeña parte del jardín.

—Hola, Ivy. —Me devolvió el saludo y nos sonreímos.

—¿Mi padre ha llegado de la empresa o tienes que ir a por él? —le pregunté cuando nos montamos.

—Hace unos minutos que llegamos —me confirmó.

—Perfecto —asentí.

—Está con un amigo —me informó—. Lo digo porque estoy viendo tu expresión y siempre la pones cuando tienes un objetivo y vas en busca de tu padre. Más que nada para que no sientas vergüenza. —Me miró de reojo, sonriendo.

—Gracias. ¿Qué amigo es?

—Emiel, se conocen desde hace muchos años —me explicó y asentí encantada porque mi padre tuviera más amigos.

—Nunca he escuchado su nombre, pero ya me gusta.

—Enseguida lo conocerás. Tanto tu padre como él, suelen pasar mucho tiempo juntos cuando está en Bruselas, comparten negocios y también una buena amistad —añadió Louis.

Cuando llegamos a la entrada del palacete, Louis se bajó para acompañarme al interior, a pesar de que le dije que no hacía falta.

—Hola, chicos —dijo Marie, coincidiendo con nosotros saliendo de la cocina. Llevaba una bandeja con vasos anchos que contenían hielo y varios dedos de ginebra. Al menos eso me pareció.

—Yo me encargo —le pedí alargando las manos.

—¿Estás segura? ¿No quieres ir a cambiarte y ponerte cómoda?

—Estoy bien así —le confirmé—. En cuanto salude a mi padre y a su amigo, subiré a mi habitación a descansar hasta la cena.

—De acuerdo.

Le hice un guiño y me despedí de ella, antes de que Louis me siguiera hasta uno de los salones. Al entrar, me encontré con mi padre sentado en un sillón y al otro hombre, el tal Emiel, frente a él.

—Hija —dijo en cuanto me vio.

Se levantó sonriéndome y me pidió con un gesto que me acercara. Cuando llegué a su lado, me quitó la bandeja de las manos.

—Te presento a mi gran amigo Emiel. Quédate bien con su cara porque siempre está muy ocupado —dijo con humor mi padre.

—No le hagas caso, la envidia puede con él. —Me hizo un guiño—. Es un placer conocerte al fin en persona, Ivy, tu padre me ha hablado mucho de ti.

—Gracias, el placer es mío. —Le sonreí—. Solo me he pasado a presentarme, acabo de llegar y quiero darme una ducha para ponerme cómoda.

—Claro, cariño. —Me acarició la mejilla, mi padre—. Tómatelo con calma, todavía queda para la cena.

—Sí. —Le hice un guiño.

Louis, que se había quedado en un segundo plano, aprovechó cuando salí del salón para acercarse a mi padre y a Emiel. Sonreí cuando los vi sonriéndose y dándose la mano.

Capítulo 27



—¡¡Mamá!! —grité saltando, como si no me hubiese visto ya.

Me reí cuando intentó ocultar la cara porque muchas personas nos miraban a nosotras.

—Por Dios, Ivy, ¿por qué gritas? —me preguntó agobiada cuando se paró frente a mí.

Solté una carcajada por su bochorno y la abracé con fuerza.

—Te he echado mucho de menos, mamá. —Cerré los ojos.

—Yo también, cariño. —Me apretó con fuerza, con la voz temblorosa.

—Gracias por venir. —Le di varios besos, mientras le sujetaba la cara con las manos.

—No todos los días mi hija me dice que se ha enamorado. —Me sonrió —. No podía dejarlo pasar, tengo que conocer a mi yerno. —Me hizo un guiño.

—Tranquila, estoy sola —le dije al ver que se le iba la mirada alrededor.

—Gracias —soltó un suspiro.

—No querías ver a nadie y así será. Louis me ha dejado hace un rato en la terminal y se ha ido, así que iremos en taxi al hotel que te he reservado.

—Estupendo cariño.

—Dame. —Le quité la maleta.

—Ya puedo yo —se quejó.

—Y yo. —Le hice un guiño—. ¿Qué tal el vuelo?

—He venido dormida todo el trayecto.

—Tú sí que sabes. —Reímos.

Nos montamos en el primer taxi que esperaba a los clientes y le di la dirección del hotel.

—Espero que te guste. No está en el mismo centro, pero no lo tienes lejos. Con un paseíto llegas.

—Me encantará, seguro. Sabes que con que tenga un baño y una cama, ambas cosas limpias, todo me parece maravilloso. —Sonrió.

—Mañana por la noche tendré que estar durante un rato en la fiesta que organiza mi padre, me enteré ayer de cuándo sería y tu viaje ya estaba en marcha.

—No te preocupes. Ve y diviértete. —Me agarró una mano—. Nosotras podemos estar por la mañana juntas y el domingo todo el día. Hasta el lunes no me voy.

—Y lo que queda de hoy también —añadí.

—Claro.

El resto del recorrido fuimos comentando todas las esculturas que veíamos y las zonas por las que pasábamos.

—Ya estamos —dije mirando por la ventanilla la fachada.

—Se ve muy bonito —comentó mi madre.

Le quité el bolso directamente, para que no le pagara ella al taxista. Cuando estuvimos en la acera y con su maleta al lado, nos dirigimos hacia la entrada. El hotel ocupaba un edificio antiguo precioso, pero estaba perfectamente cuidado.

A mi madre le encantó, tanto el exterior como el interior. En su habitación tenía una cama de matrimonio, un baño monísimo en el que había muchos detalles, y daba a un balcón en el que había sillas y una mesa para pasar el rato fuera.

—¿Qué tal? —le pregunté.

—Estupendo. —Sonrió, colocando la maleta sobre la cama.

—Deja eso para después, Lars está abajo.

—¿Ya? —Se sorprendió.

—Sí. —Sonreí.

Me había enviado un mensaje mientras subíamos a la habitación, para avisarme de que había llegado.

—Mamá, si le estuvieras ocultando algo a tu pareja, algo que sabes que le hará daño, ¿tú se lo dirías? —le pregunté saliendo al pasillo.

—¿Qué pregunta es esa, Ivy?

—Yo… joder, ya lo sé. —Bufé.

—¿Qué pasa, hija? En España no me habrías hecho esa pregunta porque sabes la respuesta correcta.

—No le conté una cosa a Lars la primera vez que quedamos y ahora me da miedo que pueda perjudicarme o…

—¿Dejarte? —asentí— No sé de lo que estamos hablando, pero independientemente de lo que sea, del daño que pueda provocarle a Lars lo que ocultas y de las repercusiones que tenga en vuestra relación, sabes perfectamente cuál es el camino correcto. Tienes que sincerarte con él porque iniciar una relación con algún tipo de engaño para lo único que vale es para quebrar los cimientos y las bases, cariño.

—Pero y si no me perdona. —Tragué saliva y presioné su mano.

—Si no te perdona es porque no es el hombre adecuado para ti. —Me sonrió con cariño, retirándome un mechón de pelo—. Ivy, debes tener claro que el amor es la fuerza que todo lo puede. Si existe el amor, existe el perdón, es y será siempre así. Si Lars te ama, ten por seguro que te entenderá y te perdonará. ¿De acuerdo?

—Vale —susurré.

—Pero no tengas miedo de hablar, ni lo retrases, porque entonces cuando te decidas puede ser demasiado tarde.

—Cuánto te necesitaba. —La abracé.

—Y no sabes cuánto necesitaba yo que me necesitaras.

Nos reímos por tanta necesidad y salimos del hotel agarradas de las manos.

—Ahí está —le dije a mi madre, mientras le sonreí a Lars.

—Ahora entiendo tus miedos, ¡menudo yerno! —Agrandó los ojos.

A pesar de que tenía los nervios cogidos al estómago, solté una carcajada por su reacción. Lars sonrió desde su coche, estaba apoyado en un lateral. Se separó de él y caminó hasta nosotras.

—Amaia, es un placer conocerte al fin. Tu hija me ha hablado mucho de ti.

—Gracias, Lars. El placer es mío. —Se llevó una mano al pecho.

—Puedes abrazarlo, mamá. Aunque lo veas serio, es un trocito de nube —dije y fruncí los labios, al ver la ceja arqueada de Lars.

Mi madre no se lo pensó dos veces, se lanzó a abrazarlo riendo. Lars recibió el gesto de cariño encantado.

—No podéis decir que no sois madre e hija, ¿eh? —comentó observándonos con más calma.

—Nos parecemos mucho, sí —dijo animada mi madre.

—¿Os apetece ir a comer ya? Hay un restaurante que si no se va pronto, es imposible coger mesa y hoy es la hora perfecta. Llegaremos bien —propuso Lars—. Aún queda una hora para que todos entren en los restaurantes, lo que nos beneficia porque serán más rápidos.

—Por mí perfecto, tengo hambre —le confirmó mi madre.

Yo también acepté, porque teniendo en cuenta que del desayuno ya habían pasado horas… Aprovechamos para caminar por las calles de la ciudad. Mi madre hacía muchísimos años que no estaba allí, por lo que algunas cosas le sonaban al mantenerse, pero otras o no estaban tiempo atrás, o las habían sustituido por otras más modernas. Se quedó maravillada con todo.

Comimos tranquilamente en un restaurante con unas vistas impresionantes, mientras mi madre y Lars se conocían un poco más. Yo me dediqué a observar cómo hablaban entre sí, más que encantada y emocionada.

Cuando terminamos, decidimos dar otro paseo, pero por otras calles diferentes a las anteriores. La tarde transcurrió parándonos en una chocolatería, en una crepería y haciéndonos muchas fotografías para el recuerdo.

Desde que salimos del hotel de mi madre, hasta que regresamos de noche y ya cenados los tres, nos lo pasamos genial e hicimos del día uno inolvidable.

—Descansa —le susurré a Lars, sobre los labios.

—Igualmente, preciosa.

Atrapó mis labios entre los suyos y ya no hubo marcha atrás. Nos dimos un beso que pareció interminable, pero a la vez demasiado breve.

—Continuad disfrutando.

—Sí. Ahora nos pondremos cómodas y nos tumbaremos en la cama. —Le acaricié la cara.

Volvimos a besarnos, pero esta vez fue un beso más corto.

—Nos vemos mañana —me dijo besándome la frente.

—Sí —asentí—. Mañana te escribo y ya me dices si podré llamarte.

Me giré para ir hacia el ascensor, para subir a la habitación en la que me esperaba mi madre. Ese día y al día siguiente, tocaba noche de chicas, aunque lo del día siguiente estaba por verse como terminaría.

✣ ✣ ✣

Estaba bajando la escalera cuando escuché mi nombre.

—Ivy.

—Papá. —Me asomé por el hueco de la puerta de la sala de estar—. Pensaba que con la organización de la fiesta de esta noche habrías salido a por cosas de última hora.

—Pues ya ves, todavía no me he movido de casa.

—Dime.

—Quería preguntarte por tu madre. —Carraspeó—. ¿El vuelo bien? ¿Cómo se encuentra ella?

Conforme me hacía las preguntas, caminé hasta un sillón y me senté en un brazo.

—Se encuentra perfectamente, igual que fue el vuelo. Está contenta de verme y de poder pasar unos días juntas. Ayer le presenté a Lars, estuvimos desde el mediodía los tres juntos —le comenté.

—Al parecer, la lección me la has dado tú con Lars, ¿eh? —Sonrió de medio lado.

—No sé cómo decirle la verdad, papá.

—¿Qué quieres decir? —Arqueó una ceja.

—Me refiero a Lars y a que quiero que sepa el pequeño engaño por el que quise acercarme a él, después solo tendré que decirle que me enamoró. No quiero comenzar la relación con mentiras, papá. ¿Y si algún día se me escapa?

—Es algo personal tuyo, hija, pero te honra y una vez más me siento muy orgulloso de ti. Si quieres mi consejo, espera un poco más.

—¿Hasta cuándo? Me da miedo alargarlo.

—Al menos hasta que se vaya tu madre el lunes, deja pasar este fin de semana —me pidió.

—Está bien —solté un suspiro—. ¿A qué hora empieza la fiesta esta noche?

—A las ocho.

—Yo estaré un rato, ¿vale? También quiero estar con mi madre.

—No tienes ni que decírmelo, lo sé. —Me hizo un guiño—. Yo estaré bien si vosotras dos estáis bien.

—Eres el mejor. —Le regalé una sonrisa de oreja a oreja.

Me levanté del brazo del sofá y fui hasta él. Estaba sentado en un sofá de dos plazas y le rodeé el cuello para abrazarlo con fuerza.

—Te quiero —le dije, con un beso en la mejilla—. ¿Sabes una cosa?

—Si no me lo dices…

—Que si no te has dado cuenta, estoy aquí. —Me señalé—. Y mi madre está por allí —dirigí un dedo hacia alguna parte—, en su hotel, sola. —Elevé las dos cejas, varias veces—. No sé, yo solo lo comento porque, como estoy aquí y tardaré un poco en ir. —Remarqué las palabras clave en la última frase.

En los ojos de mi padre brilló la determinación y yo no pude sentirme más satisfecha. No tenía ni idea de cómo saldría, pero hay cosas que no se pueden dejar pasar, por lo que es necesario hacer un último intento.

Me despedí de él con un guiño y salí de la sala de estar para ir hacia la escalera. La subí corriendo y me encerré en mi habitación para hablar con Paula y Bea.

Capítulo 28



—Joder, ¡qué vestido más bonito! —dijo Paula.

—En cuanto lo vi en el maniquí, le dije, tú eres para mí. —Hice como si disparara y soplara a la punta de los dedos.

Soltamos una carcajada las tres. Estaba en videollamada con Bea y Paula.

—Bea, cariño, antes de que me acuerde más tarde. ¿Cómo va tu madre?

—Tranquila y estable —respondió con calma y una sonrisa. Todo en ella transmitía paz.

—No sabes cómo me alegro. —Me froté el pecho.

—Lo sé. —Me lanzó un beso—. El tema es que vuelves a estar preciosa, pero cuando salgas de la fiesta irás vestida con vaqueros y un jersey.

—Por supuesto. —Me reí—. Hace muchísimo frío. —Bufé.

—Qué guay, cómo me gustaría estar ahí —soltó un suspiro Paula.

—Y a mí. —La imitó Bea.

—Yo estoy igual. Me vais a hacer llorar. —Les di la espalda.

—¿Qué haces? —Quiso saber, Paula.

—No quiero veros porque ya estoy llorando y no podré parar. Estoy muy sensible.

—Ay, la madre que… —Rio Paula.

—No digas nada más que ya se ha maquillado —comentó Bea.

—Sí, y no es resistente. —Sorbí por la nariz.

—A ver, a ver, gírate —me pidió Paula y lo hice, aunque me tomé mi tiempo—. ¿Qué te pasa?

—Que todo es una mierda, pero a la vez es muy bonito —dije cerrando los ojos. Mis amigas se miraron entre ellas.

—Ivy, cariño, puedes explicarte mejor —me pidió Bea.

—Mis padres llevan muchos años separados, sufriendo en silencio la soledad y el dolor, porque sé que siempre se han querido. Por desgracia, en el pasado tuvieron otras cosas más peso que el amor y así terminaron —negué—.

»Mi padre está feliz por tenerme a mí aquí, pero cuando le dije que mi madre venía este fin de semana… la ilusión y algo más irradia de él —solté un suspiro—. Después estoy yo, que quise hacerle un pequeñín engaño a Lars por ayudar a mi padre y me enamoré tan rápido de él… —Me mordí el labio.

»Me hace muy feliz, me siento como nunca porque no he vivido algo igual y, y, no sé por qué tengo la necesidad de decirle a Lars que quise acercarme a él en la fiesta para decirle una pequeña mentirijilla. Pero es que ahora estoy enamorada, y si se enfada y me deja, yo, yo…

—Para hablar de eso necesitamos un día entero, como mínimo, y palomitas, gominolas y muchos pañuelos, frente a la chimenea de tu habitación. Cariño, vas a llegar llorosa a la fiesta que ha organizado tu padre y todos se van a dar cuenta.

—¿Y qué quieres que haga con mis sentimientos? —Lloré con más ganas —. Si pudiera meter todas las puñeteras emociones en una caja, no me permitiría sentir nada, porque cuando sientes te duele. —Me tapé la cara.

—Ay, ay… ¿qué hacemos? —le preguntó Bea a Paula.

—¿Pasar al plan «B»? —dijo Paula, indecisa.

—¿Y ese qué plan es? —Hipé, mirándolas.

—Pues precisamente este —me señaló—, que empieces a tranquilizarte. No queremos verte así y menos esta noche.

—¿Qué tiene de especial esta noche? —Me retiré las lágrimas de la cara.

—Yo qué sé, ¿hazlo por tu padre?

—Sí, es verdad —solté un suspiro y mis amigas me imitaron—. Tengo que retocarme el maquillaje, ya es tarde.

Eran las siete y media, faltaba media hora para que empezara la fiesta. Ya había escuchado varias veces el timbre, así que los invitados habían ido llegando.

—¿Qué ha sido eso? —le pregunté a Paula.

—¡Joder, el puñetero vecino nuevo! —gritó mirando al techo.

—Mmm… vas a estar muy entretenida.

—No lo sabes bien —soltó un suspiro—. A ese lo tumbo yo, y espero que sea en horizontal. —Soltó una carcajada.

—Tienes que enviarle una foto a Ivy, no se imagina cómo es.

—Sí, porque con ella no hay peligro. Tiene a Lars —asintió, hablándose a ella misma.

—Me parece que me he perdido mucho —comenté.

—Más tarde lo verás, ahora a lo que importa: retócate el maquillaje y ve a la fiesta.

—Qué pocas ganas tengo de salir de la habitación —solté un suspiro.

—Una cosa detrás de otra —me pidió Bea—. ¿Qué sabes de Lars?

—Hoy todavía no lo he visto, cuando esté por el hotel de mi madre quedaré con él.

—Venga, que seguro que te da un buen meneo de los suyos y te deja una sonrisa tonta en los labios que te dura una semana entera. —Rio Paula.

—Hasta que se entere de que lo quería engañar, y ya cuando sepa quién es mi padre… joder, que son enemigos en los negocios, que se odian, que si pueden se pisotean. —Volví a taparme la cara.

—Ni plan «B» ni mierda —dijo cabreada Paula.

En un segundo las caras de mis amigas estaban en la pantalla de mi móvil, y al otro ellas al completo entraban en mi habitación. Agrandé los ojos sin respiración, mirándolas atónita.

—¿Qué… qué es esto? —grité.

—Éramos una sorpresa que quería darte tu padre —dijo Bea, sonriéndome con cariño—. Hemos aterrizado hace una hora, Louis vino a por nosotras. Tu padre quería que estuviéramos más tiempo juntas y bueno, cuando nos dijo que nos enviaba los billetes del vuelo si podíamos disponer del fin de semana y de unos días más de la semana que viene…

—Lógicamente, le dijimos que sí, después de pedir los días en los trabajos —comentó Paula.

—Habéis venido para estar conmigo. —Me temblaron los labios.

—No, si te parece, para estar con Melo o Milo. Ya no me acuerdo. —Bufó Paula.

—Milo —le aclaré riendo.

Corrí hasta ellas y las abracé con fuerza.

—No me puedo creer que llevemos casi una hora hablando por videollamada y estabais aquí al lado. —Reí con ganas.

—Ya ves. —Sonrió con picardía Paula—. Por cierto, lo de mi vecino es verdad, ¿eh? Se mudó hace una semana y media. Se llama Álex, el tío está cañón, pero continúa en España llorando hasta que regrese. —Sonrió con malicia—. Lo que se ha escuchado en la videollamada debe ser que se ha caído algo en la planta de abajo. —Se encogió de hombros.

—Ya me contarás bien lo de tu vecino. Quiero verlo. —Reí muy feliz otra vez.

—Voy a buscar a tu padre para explicarle el giro de los acontecimientos —dijo Paula, caminando hacia la puerta, riendo—. Ya verás, la sorpresa se

la va a llevar él. Esta noche quería que fuese especial para ti —negó.

—Hablaré con él. Lo está siendo, da igual en el orden que se dé —le aclaré sonriendo.

Se paró bajo el marco de la puerta y se giró hacia mí guiñándome el ojo, después desapareció.

—¡Bea! —Me lancé a su cuello y terminamos riendo las dos.

Cuando Paula apareció, después de hablar con mi padre, salimos de mi habitación y bajamos la escalera para ir al salón más grande. La música se escuchaba perfectamente, envolviendo toda la planta.

La siguiente sorpresa que me dejó impactada fue la de ver a mi madre entrar por la puerta, acompañada por Louis. Me quedé boquiabierta, sin saber reaccionar.

—Mamá… —Mi voz salió ronca.

Empecé a caminar despacio hacia ella, hasta que la última distancia la acorté casi corriendo.

—¡Mamá! ¿Qué estás haciendo aquí?

—Ivy… yo. —Tragó saliva—. Tu padre me ha buscado esta mañana y, aunque no se lo he puesto fácil, al final nos hemos sentado a hablar. —Se frotó nerviosa las manos.

—No me lo puedo creer. —Solté una carcajada abrazándola por el cuello —. Dios, mamá…

—Es solo un paso, no significa…

—Da igual lo que signifique, lo importante es que estás aquí, bajo este techo, con nosotros, aunque no te acerques mucho a papá. —Le di otro abrazo—. Gracias —susurré con un nudo en la garganta.

—Te quiero, cariño. Los dos te queremos, eres nuestra vida.

—Lo sé. —Me retiré las lágrimas de la cara—. Jo… primero, Paula y Bea, ahora tú. —Sacudí la cabeza—. Cuando tenga a mi padre delante, me subo encima de él. —Soltamos una carcajada las cuatro, mis amigas, mi madre y yo.

Y fue la voz de mi padre precisamente la que se escuchó a continuación.

—Atención —dijo para todos los presentes.

Nosotras nos pusimos debajo del marco de la puerta doble del salón. En ese momento me di cuenta de que había bastantes invitados, aunque a mí me daban igual porque no conocía a nadie.

Rectifico, sí que conocía, como por el ejemplo al homenajeado que … Entró … Justo … Puerta …

Me faltó la respiración y empecé a ver borroso cuando el amigo de mi padre, Emiel, entró por una puerta lateral. El gran problema no era él, sino que no lo hizo solo. Lars iba a su lado y agrandé los ojos, sin comprender qué hacía allí si se llevaba tan mal con mi padre. ¿Cómo lo había invitado mi padre, con qué propósito? ¿Lo había hecho también por mí?

No pude reaccionar, y mucho menos cuando me encontré con los ojos de Lars desde la otra punta del salón. Tenía las manos en los bolsillos, su expresión era seria, pero no supe interpretar si debajo de esa seriedad había algo más. Tragué saliva. ¿Este era nuestro final?

—Ivy, hija, ven conmigo —me pidió mi padre y lo miré como si no fuese él.

—Cariño. —Escuché la voz de mi madre para animarme a moverme.

Lo hice con pasos cortos e inseguros. Lo que no esperaba era volver a sorprenderme de nuevo al encontrarme de frente con Lewis y Charlie, ambos levantando sus copas hacia mí. No entendía nada.

—Papá…

—¿Estás feliz? —Me acarició la mejilla.

—¿Qué? Yo… Lars… —Tragué saliva—. No lo entiendo.

—Enseguida, pero espero que te haya gustado tener aquí a tus amigas y a tu madre.

—Gracias. —Apoyé la mano en su brazo, olvidándome de todo lo demás —. Sé lo que ha significado para ti, lo de mi madre —susurré. Él miró por encima de mi cabeza y no me hizo falta girarme para saber que la estaba observando—. Gracias, papá. —Lo abracé con fuerza.

—Te quiero, hija. Estoy intentando arreglar algunos de los errores que cometí con tu madre —me dijo, antes de darme un beso en la cabeza.

—Nadie está libre de culpas, papá. Todos nos equivocamos —asintió retirándome la humedad de la cara—. Papá… ¿qué hace aquí Lars?

—Ahora —me rodeó los hombros con un brazo—, amigo, es tu turno.

—Gracias por querer celebrar conmigo mi cumpleaños —habló Emiel—. Esta noche es especial porque también vamos a celebrar los frutos de lo que mi querido amigo Jules y yo tramamos de la forma más cariñosa posible.

Ivy, primero de todo quiero pedirte perdón porque tu padre te hizo creer cosas sobre Lars, mi hijo, que no son verdad.

—¿Tu hijo? ¿Lars? —Entreabrí los labios.

—No somos enemigos. —Sonrió—. En cierta forma, sí que somos competencia, pero los piques sanos siempre son buenos para mejorar y avanzar. Hace muchos años que Jules y yo nos movemos en los negocios y si algo tuvimos claro desde el principio, es que nada tenía más valor que nuestra amistad y unión.

»Lars no sabía nada, al igual que tú, Ivy. Se lo he contado esta mañana y puedes hacerte una idea de cómo se ha quedado. —Frunció los labios, conteniéndose para no reír—. Resulta que estos dos viejos. —Señaló a mi padre y a sí mismo.

—Habla por ti amigo. —Carraspeó mi padre, haciendo reír a algunos invitados.

—Asúmelo, ya somos viejos. —Le hizo un guiño Emiel, antes de continuar—. Como decía, resulta que nosotros dos lo organizamos todo para cruzar vuestros caminos. Os prometemos que solo fuimos culpables de eso. —Levantó las manos—.

»Ivy, tu padre únicamente utilizó la excusa de lo de la fiesta para que vinieras de España, fiesta en la que tenías que intentar acercarte a mi hijo Lars. Él no fue consciente de nada y tú no estabas preparada a hacer algo que no encajaba contigo.

»El tema es que no pudiste ni dar un paso para lo que te llevó a la fiesta, aunque se te presentó una oportunidad sorprendente. No actuaste por cómo eres, lo que dice muchísimo de ti como persona. —Me sonrió con cariño—.

»Nosotros solo dimos un pequeño impulso. Lo que ha nacido entre vosotros es cosa vuestra, solo queríamos que lo supierais, y, sobre todo, que sois libres de amaros. Mi amigo Jules y yo somos unos padres felices por el resultado. Por cierto, Ivy, me siento muy honrado por tener una nuera como tú. Mi hijo no podría haber elegido una mejor compañera de vida.

—Yo… yo… —Tragué saliva, sin poder apartar la mirada de Lars.

Cuando él la desvió para encontrarse con sus amigos, bajé la cabeza y sentí que me desmoronaba.

Me moví por inercia, con la necesidad de salir de la casa. De repente me faltaba el aire y, a pesar de que me parecía escuchar mi nombre, no supe diferenciarlo mientras caminaba hacia la puerta principal.

Louis estaba esperándome y me abrió en silencio. Agradecí su presencia porque salió del palacete conmigo.

—La he cagado, Louis —susurré, sentándome en uno de los escalones.

—No has hecho tal cosa, Ivy —aseguró, frotándome la espalda.

Se quitó su chaqueta del traje y me la puso sobre los hombros.

—Gracias —susurré.

Me encogí haciéndome una bola con mis piernas. No podía creerme lo que habían hecho nuestros padres, pero el caso era que solo yo salía perjudicada por querer acercarme a Lars desde el principio, motivada por ayudar a mi padre. Me tapé la cara queriendo desaparecer.

—Es una pena que una cara tan bonita esté afectada por el llanto, señorita Janssens.

Me sobresalté al escuchar la voz de Lars, a pesar de que no noté ningún reproche al decir el apellido de mi padre. Levanté la cabeza de golpe y me giré un poco hacia él, sentada en el escalón. Estaba a mi lado, con la camisa arremangada en los antebrazos.

—Lo siento mucho —susurró—. Yo…

—La culpa es de esos ancianos que están muy aburridos —me interrumpió serio y fruncí el ceño.

—Como escuchen lo de ancianos…

—Tengo preparados más. —Sonrió de medio lado.

—¿No estás enfadado conmigo? —Tragué saliva—. ¿Continuamos… quiero decir…?

—¿Qué si seguimos juntos? —Hizo la pregunta por mí y asentí—. ¿Acaso piensas que voy a dejarte escapar por un pequeño malentendido? —Arqueó una ceja.

—En la fiesta, cuando me conociste, dudaste de mí por querer acercarme a ti —susurré.

—Y por lo visto tenía mis motivos. —Sonrió de medio lado—. Pero ya no me importa. —Se giró hacia mí—. Ahora mismo, lo único que tiene valor para mí eres tú. —Me mordí el labio inferior y cerré los ojos—. Estás preciosa, Ivy.

Entreabrí los labios al notar su respiración cálida, chocar con mis labios.

—Te aseguro que a estas alturas, pocas cosas conseguirían separarme de ti, Ivy. —Me acarició el cuello con el pulgar.

—Pensé que…

—No pienses, siente y tendrás la respuesta.

Con esas palabras me agarró por detrás de la cabeza y unió sus labios a los míos, en un beso que empezó tranquilo, calmado y con el que

necesitamos encontrarnos, pero pronto terminó convirtiéndose en un rápido, desesperado, jadeante y ansioso que prendió nuestro deseo.

Epílogo



Doce años después…

Lars

—Hasta mañana, señor Maes. —Se despidió Roos de mí, la recepcionista de mi empresa.

—Hasta mañana. Vete ya a descansar, Roos.

—Enseguida, señor. —Se puso en pie.

Continué mi camino hacia la entrada, para ir directamente en busca de Finn. Me esperaba dentro del coche, en la plaza donde estaba estacionado. Iba a llevarme a casa, de la que no tenía intención de salir hasta al día siguiente, como mínimo hasta media tarde.

Eran las cinco y media y mi mujer, Ivy, estaba esperándome para empezar con nuestra celebración del aniversario de nuestra boda. Hoy hacía once años que nos casamos y en cada uno de los que pasaban hacíamos algo especial para nosotros. La gran mayoría de las veces lo único que implicaba era estar juntos, solos ella y yo.

Este año habíamos decidido encerrarnos en nuestra casa. Les habíamos dado fiesta a todos los trabajadores, para tener intimidad. No queríamos

saber nada de nadie, hasta pasadas muchas horas.

Los orgullosos abuelos se turnarían para ocuparse de sus nietos, de mis hijos con Ivy. Teníamos a Theo y a Ona, de nueve y cinco años, respectivamente.

Mis padres y mis suegros estaban encantados de ejercer de canguros, lo más normal es que cada que vez que nos hacían el favor, aprovechaban para reunirse en una casa y disfrutaban todos en familia.

Jules, el padre de Ivy, y el mío, Emiel, continuaban siendo amigos inseparables. Menudos estaban hechos, tenían cada aventura por contar…

Cuando he mencionado a mis suegros, seguramente habéis acertado al pensar en ellos. Estoy hablando de que Amaia y Jules están juntos, y de esto hace ya años. Un buen resumen podría ser: cuando existe amor, este siempre gana. Es lo que los define como pareja, por todo lo que tuvieron que pasar.

Todo se reactivó a partir de la fiesta en la casa de mi suegro, por el cumpleaños de mi padre. Desde aquel momento, Jules fue jugando muy bien sus cartas, dando los espacios necesarios y sabiendo cuándo actuar y hacerse presente. Amaia no se lo puso fácil, ni un poco; él tuvo que luchar por ella y demostrarle sus sentimientos.

Al final, después de muchas conversaciones claras, en las que se abrieron el uno al otro, de perdonarse mutuamente y de muchas miradas cargadas de significado, retomaron la relación que los unió siendo jóvenes. Son felices, se aman y lo demuestran al mundo entero porque, como dicen, ya perdieron demasiado tiempo.

Viven en el palacete, acompañados de todos los inseparables empleados de Jules. El piso en el que vivía Amaia en España lo vendió.

Mi mujer hizo lo mismo con el suyo, lo puso a la venta y en cuestión de pocos meses su cuenta bancaria se engrosó. Nosotros vivimos en la que conocisteis como mi casa. Ivy se hizo enseguida con la vivienda, pero,

sobre todo, con todos los trabajadores. Adoraron a mi mujer enseguida, pero es que lo complicado hubiese sido no hacerlo.

Referente a nuestros trabajos, para Ivy no ha habido ningún cambio. Sigue trabajando desde casa, en un despacho que compartimos, aunque durante la semana es íntegro para ella, porque yo estoy en la empresa. En cambio, yo vi bastante ampliado lo que ya conocía. Me refiero a que Jules, mi suegro, hacía años que estaba jubilado y, cuando eso sucedió, fusionó su empresa con la mía. Así que os podéis imaginar el imperio en el que se convirtió la unión de dos titanes empresariales.

Jules todavía participa en alguna junta por entretenimiento, pero cuando tomó la decisión de retirarse, le dejó a su hija todos los poderes sobre su empresa, por lo que, al final, me hice cargo yo y, con el consentimiento de todos, mi empresa y la de Jules se unieron. Fue una locura a la que, poco a poco, había ido adaptándome.

Nuestra boda la celebramos en la intimidad, los únicos que asistieron fueron nuestros amigos, familias y todos los trabajadores que formaban parte de nuestras vidas. Nos dimos el «sí, quiero» en los jardines del palacete, Jules nos lo propuso y a nosotros nos pareció una idea estupenda.

Mi inseparable Finn continúa trabajando para mí y su matrimonio con Renée va como siempre: estupendamente. Tienen dos hijos, Lukas y Cas, de diez y ocho años, respectivamente.

Sobre mi amigo Lewis, os comento que conoció a una chica, Liv, y que hoy día son marido y mujer. Llevan juntos diez años, casados ocho. Tienen dos hijos, Bas y Mats, de ocho y seis años, respectivamente.

El amor de la pareja fue como un flechazo, pero no directo al corazón, no. Me explico, porque Lewis recibió un flechazo en toda regla. Años atrás, al grupo de amigos se nos ocurrió ir a un nuevo centro que habían abierto de entretenimiento, donde hacían competiciones y ofrecían nuevas experiencias. Pues resulta que una de las pruebas consistía en que varios equipos tenían que darse caza con unas flechas con puntas de ventosas. No

hacían daño, pero claro, eso dependía de en qué parte del cuerpo se recibiera el golpe.

El caso es que Liv participaba con uno de los grupos a los que nos enfrentábamos nosotros, y fue ella la que le lanzó una flecha muy certera a Lewis, descalificándolo al instante. La flecha impactó en uno de los ojos de mi amigo y se le quedó enganchada. A partir de ahí, cuando él pudo ver bien, descubrió a una chica preocupada por haber podido lesionarlo. Liv se encargó de informarse de si Lewis había salido perjudicado y de cómo evolucionaba, por su puntería. Ese fue el comienzo de un amor certero.

Charlie, por ahora, no quiere pensar en enamorarse. Tres años atrás rompió con Stella, con la que estuvo siete años, hasta que ella le fue infiel, dándole un final que ninguno esperábamos. Fue un golpe muy duro para Charlie; poco a poco ha ido volviendo a ser él, pero le ha costado mucho remontar. No tuvieron hijos, por lo que Charlie vive centrado en su vida, en su empresa y en su familia, en la que estamos incluidos todos los que he mencionado. Tiempo al tiempo, nunca se sabe en qué momento puede cambiarte la vida. Por mi parte, solo quiero que mi amigo sea feliz, y si elige serlo solo, tendrá mi apoyo siempre.

Bea conoció a su marido en el hospital; por aquel entonces, él era el médico que llevaba la enfermedad de su madre. Por desgracia, Clara nos dejó hace siete años. La historia de Bea y Miguel fue cociéndose a fuego lento: el amor fue surgiendo poco a poco, aunque la situación era complicada, porque siempre que se veían era en el hospital. Hasta que él decidió invitarla a cenar una noche de verano.

Tienen tres hijos: Lara, Pablo y Diego, de diez, siete y cinco años, respectivamente. Ellos viven en España, pero las videollamadas son diarias y los viajes no fallan cada mes. A veces solo viene Bea, porque Miguel no puede combinárselo con el trabajo; en las demás ocasiones, viaja la familia al completo.

Paula, al final, consiguió al vecino de arriba. Entre escobazos al techo y gritos pidiendo un poco de silencio, surgió la chispa que llevó a Álex y a Paula a dejarse llevar por la pasión. Los primeros meses el deseo ardió entre

ellos, pero conforme fue pasando el tiempo, se volvieron cada vez más inseparables, y sus sentimientos evolucionaron hasta querer compartir sus vidas al completo, no solo a ratos.

Están casados, también viven en España, pero, como ya he dicho, eso no ha sido impedimento para que tanto Bea como Paula estén muy presentes en nuestro día a día. Álex y Paula tienen dos niñas mellizas de nueve años, Olaya y Aura.

Indiscutiblemente, para Ivy y para mí, disfrutar es sinónimo de reuniones interminables con nuestros amigos —sin que falte ninguno—; concentraciones en nuestra casa que duran semanas, risas por los jardines, juegos en los que al final muchos terminamos enfadados, pero qué bien sienta cuando nos reconciliamos… En definitiva, los largos días y noches en las mejores compañías.

RRSS:

Facebook: Carlota Manzano
Instagram: @carlotamanzanoautora
Página de autora: relinks.me/CarlotaManzano
Twitter: @ChicasTribu